

UN MES DE PERMISO

NOVELA

POR

PAULA CONTRERAS

UN MES DE PERMISO.

I-UN HOMBRE ESPERA.

II-UNA MUJER AGUARDA.

III-UNA MUJER LLEGA.

UN HOMBRE ESPERA

Todo dispuesto ya, en su punto,
para la eternidad.

.....
...!qué trabajo tan largo-dices tú-
para un solo momento!

J.R.J.

I

Un hombre espera, sentado en un ribazo, junto a la cuneta, de espaldas al monte, al sol que intenta desaparecer, y a la casita blanca y menuda, como una mujercita curiosa que se empinase agilmente, prara ver el pueblo en la hondonada salvaje y ~~peña~~.

Un hombre espera. Pacientemente. Entornando los ojos de vez en cuando. Inclinando la cabeza atento a algun ruido conocido y esperado. La tarde se desliza plácida y dorada. El cielo es pálido; los cuervos lo cruzan oriosos y seguros, dejando sobre la tierra, momentáneamente, la sombra de sus alas abiertas, tan anchas y poderosas, que apenas se advierte el pasear retozón de los insignificantes pajarillos.

La tarde parece embevida del zumo denso y azucarado de una fruta pasada. El sol quiere desaparecer tras el monte de olivos; se enreda en ellos y su luz se derrama en gotas. La casita blanca, casi se pone de ~~redilla para~~ puntillas para ver. Las campanas suenan lentas, graves, sentenciosas.

El hombre ~~que espera~~, está muy impaciente. Estira una pierna y aplasta nerviosamente con la punta del zapato a una yerbita que habia crecido con goe

entre dos ~~rasas~~ y ~~aguadas~~ piedras. Enciende un cigarrillo y se retrepa en la tierra, intentando calmar de algun modo su intranquilidad.

Una bocina ~~ruidosa~~ rompe la paz de la tarde; como si antes hubiese reinado un silencio augusto; como si el aleteo de los negros pajarracos, el tanido de las campanas, el cacareo incesante de las gallinas de la casita, los arrumacos de los palomos, los gritos lejanos de la chiquillería, el paso de las bestias, los ladridos de las jaurias, y los muchísimos ruidos en aquella hora solemne del campo, no hubiesen existido. Los bocinazos estridentes y hasta angustiosos, son como un ~~alarín de guerra~~; el brochazo que emborrona la nitidez del paisaje; el ~~desacorde que rompe la sinfonía majestuosa~~.

Por el recodo, avanza valiente el autobús. Es el correo que llega de la capital. La novedad de cada día, con sus ~~nuevos~~ viajeros; la sorpresa esperada cada tarde. Se acerca el autobús ~~plumado de verde, lleno de personas que miran al paisaje, cansados y aburridos~~. Por una ventanilla asoma la cara de una mujer joven, que mira curiosa a la cuneta, y al divisar al hombre, agita una mano y le sonrío largamente.

El coche pasó dejando por un momento el olor de gasolina, y ~~la imagen de un monstruoso gusano verde~~, rodando por la oscura y pendiente carretera.

El hombre ha reconocido a la viajera.

-Es Julia, - dice en voz alta.

Y se sorprende al escucharse a ~~si mismo~~.

Porque lleva demasiado tiempo callado. Porque el atardecer, con una melancolía suave y extraña, le ha penetrado. Porque siente, que es quizá un momento en su vida, único; tal vez, se revolucionan sus recuerdos con crueldad; aunque los recuerdos son agradables, amables, voluptuosos; pero tiene la hora una angustia inefable; un perfume litúrgico; una luz de hadones. Algo misterioso que le oprime el corazón. Y cierra los ojos. Y tuerce el cuello queriendo oír el ruido conocido y esperado. O la voz áspera e inquietante que le llame abietamente diciendole, como otras veces:

-¡Ramón! ¡Ramón!

Pero no suena la voz. Y él no puede fingir sorpresa, buscando morbosamente la caricia agria, que roe hasta su piel, al oír su nombre en boca de ella:

-Ramón..., Ramón...

Lleva demasiado tiempo callado. Demasiado tiempo esperando sentado al borde del camino. Pisoteando yerbitas incautas. Tirando sin consumir los cigarrillos. Viendo el torpe ~~xxxxx~~ rodar de la pelota estercolera que empuja el escarabajo; mas de una vez se inclinó para admirar la negrura charolada y la tozudez del animal; mas de una vez, ~~se~~ interpuso en su camino una varilla, desna-ciendo su trabajo; mas de una vez, le siguió con la mirada interesado; alguna vez además, sonrío, irónico y burlón; ¿qué hubiera dicho Lola, tan refinada, delicada y sutil, de su entretenimiento aquella tarde con un pichero asqueroso cuando él se reía. De él, ^{del mismo} del pichero, y de aquella mujercita delicada

y pueril, que ocupó su vida tanto tiempo.

Ramón.. Se llama Ramón el hombre que espera junto al ribazo en la carretera. Se llama don Ramón Ruiz. Por el señorito Ramón le conocen en el pueblo.

Hace rato que Ramón está esperando, y se entretiene en las cosas más insospechadas: admirando el afanoso ir y venir de las hormigas, el aletear nervioso de las aviciclas, el temblor de las flores al soplo impertinente del viento, el jugueteo del sol, el silbido misterioso, el afán obrero del escarabajo.

Porque no quiere entretenerse con sus recuerdos que le están asaltando avasaliadores e impetuosos; porque sus recuerdos, aunque amables y voluptuosos, vienen como a zaherirle en la hora presente, en que todo es tan distinto; en que está dispuesto, tanto a la burla como a la compasión.

Porque en esa misma espera de la voz agria de una mujer, que produce en su piel un cosquilleo delicioso, recuerda y compara, la voz de otra, fina, delicada, sedosa, acariciante. Y asoma a sus labios una mueca de ironía.

Porque el aplastar, nervioso e impaciente a la tierna yerbecita, es algo así, como la necesidad de hundir en su cerebro aquellos recuerdos. Y el perseguir con sana y crueldad al animalillo, es el querer acorralarlos o dispersarlos.

¿Qué diría "ola si lo viese entretenido en perseguir a un animalucho insignificante e inofensivo? Sonríe Ramón. Se ablandan los rasgos de su cara; casi se hace dulce su sonrisa. El recuerdo de Lola, se mantiene todavía con los pequeños detalles, con las inflexiones de su voz, con las infantiles manías y las posturas incómodas y deliciosas. Lola necesitaba, al parecer, de ayuda siempre; temerosa, mimosa y dulce.

-¿Qué haría yo sin tí, Ramón? Di: ¿qué haría yo sin tí...?

Y restregaba la cabecita, en su pecho, en sus hombros, en su espalda.

Y él, pasaba las manos, nunciando los dedos, por sus cabellos, y aspiraba su olor con regodeo.

A veces, Lola, protestaba:

-¿Qué haces, Ramón?...¿Qué haces en mi cabeza?...

-Busco..., busco...

-¿Qué buscas? - y al preguntar, ya sabía ella la respuesta; pero también a ella le placía el momento, y las palabras de él.

-Busco las orejitas de mi gata...

Como una gatita era Lola. Como una gatita blanca, de húmedos ojos, y lindo hociquito; como una gatita de panza de nieve adornada de botoncitos rosas; con unas patas blancas, peludas, redondas, de unas escondidas. Como una linda gatita era Lola.

A él le gustaba así. A él, le placía la comodidad, el sosiego, el descanso, la paz. Y la casa de Lola era todo eso. Y aún la misma Lola. Aunque nunca lograra saber, como era posible sentirse seguro junto a aquella mujer, frágil e indecisa, siempre pidiendo amparo con sus grandes ojos dulces y nú-

medos.

-¿qué haría yo sin tí, Ramón?... - decía ella con frecuencia, macncona y hasta pesada, aún teniendo una voz tan dulce.

Y él, la protegía con un gesto duro de posesión, y pensaba entretanto:

-¿qué haría yo sin ella?...?Cómo podría valerme sin ella?...?Como viviría sin ella?...

La casa de Lola, era suya. Como suya era la mujer. Pero Ramón, nunca dijo "mi casa", ni siquiera "nuestra casa". Ramón, al llamar en la puerta, siempre decía:

-¿quieres darme de cenar en tu casa, Lola?

Era como un remanso. No por la riqueza de los muebles, de los cortinajes, de las alfombras; no por la pulcritud y completo servicio; no por la elegancia de la mujer. Era por el silencio absoluto que se guardaba al llegar él. Ni voces, ni timbres, ni música.

Que Lola se quedaba junto a él, fumando callada. Que, Lola, entornaba previamente el ventanal. Que, Lola, desaparecía, se esfumaba como una sombra amable. Y a Ramón le gustaba la soledad; le gustaba cerrar los ojos y recorrer sus noras cercanas, o las más antiguas; y todo, al recordarlo, le parecía nuevo y agradable; hasta el recuerdo de sus padres, ya fallecidos; el de su hermana, a quien sabía desgraciada en su matrimonio; el de su hermano, adusto, grave, acusador: -"Ese no es el camino, Ramón - le decía juntando las espesas cejas y apuntándole con el dedo índice, recto y puntiagudo, al pecho. Ese no es el camino; perderás la juventud y arruinarás tu salud..." También recordaba a sus amigos, aunque no todos merecieran serlo; y a las amigas, porque también en el pueblo había dejado amistades fe eninas; pensaba en ellas con dulzura y agradecimiento; solo le rondaba la inquietud, pero levemente, al pensar en María. De todas guardaba un recuerdo bueno, menos de ella; a todas tenía algo que agradecer, menos a ella; pensar en Quitita, en Lolín, en Consuelo, en Paz, en Milagros, en tantas, - ¡qué lista tan larga! - era un deleite, una sonrisa, un suspiro. ¡Mujeres! ¡Mujeres! La osadía de Quitita, el apasionamiento de Lolín, el ardor de Consuelo, la coquetería de Paz... Se recreaba con los recuerdos; los revivía; podría escribir sobre ellas cosas saorosísimas. Se habían casado casi todas. Asistió a casi todas las bodas de ellas. Las obsequió a todas con esplendidez. Pudo con una sola palabra haber deshecho más de un casamiento.

Como un remanso era la casa de Lola: solo y callado en el gabinete en penumbra. Recordando; reviviendo. A veces, encendía de pronto la luz, o abría el ventanal, y escribía. Al terminar guardaba las cuartillas en una carpeta. Solo entonces entraba ella. Y era como un torbellino de movimiento:

-¿Has escrito algo?...Yo lo pasaré a máquina... Anora, cielo, nos vamos por ahí, a divertirnos...

~~Como~~ siempre se dejaba llevar. ~~Sasi~~ siempre era ella la que elegía los

sitios de diversión; ~~y era ella, ya que al amanecer~~^y disponía el regreso a la casa. Casi siempre se quedaba con ella, y despertaba bien entrada la tarde. Le gustaba seguir en la cama; estirar sus piernas y sus brazos, y oler el perfume de Lola impregnado en las ropas y en todo el cuarto; admiraba el buen gusto de la muchacha en los menores detalles; agradecía la copa de coñac en la mesita de noche, y las zapatillas y el patín preparados; y el baño a punto y luego ella, silenciosa, felina, suave y mansa.

-¿Qué haría yo sin tí, Ramón? Di: ¿qué haría yo sin tí?

Y la besaba casi fraternal y agradecido.

Vida tranquila y sosegada. Sin inquietudes. Sin hijos. Sin preocupaciones económicas. A veces, ella suspiraba lánguida y decía:

-¡Cuando esto nuestro acabe....!

Y lo decía con tal acento de pesadumbre, que él corría a su lado y le prodigaba mil consuelos todos falsos. Una vez, - solo una vez - él, propuso:

-¿Quieres que nos casemos?

Se asombró la muchacha. Abrió desmesuradamente sus ojos; luego, los bajó confundida.

-¡Qué bromista eres, Ramón!

-¿Quieres que nos casemos, gatita?

Palmeó ella y dijo que sí, que era su mayor ilusión.

...y luego, Ramón, iremos a tu pueblo; conoceré a tu familia... Al principio me miraran con ojos atravesados, pero luego, cuando vean lo que nos queremos, ¿verdad?...Luego, nos quedaremos a vivir allí...; ¡me encantan los pueblos, Ramón!..Son aburridos, pero tan tranquilos...Yo sería una señora de lo mejor ¿verdad? me dedicaría a hacer obras de caridad...

-¡Cállate, loca!

-¡AY, que bien! Yo seré una señora de lo más fino...¿Te ibas a sentir orgulloso de mí; y tu hermana...oye, Ramón, ¿tu hermana como se llama?

-Isabel.

-¡Ah! pues Isabel sería la primera en ponerme en lo más alto...Tu hermana ¿como es?

-Muy guapa.

-Me lo figuro. Pregunto que si es muy estirada.

-No digas majaderías, gatita.

Le molestaba que hablase de la familia. Se figuraba a Isabel y a Lola frente a frente; aquella altiva, inflexible, enérgica; esta, casquivana, voluble, frágil.

A Lola le gustaba hacer planes familiares; apenas le prestaba él atención y de vez en cuando sonreía por costumbre. Su sonrisa exasperaba a Lola.

-¿Por qué te ríes, Ramón?

-Me figuro a mi hermano don Miguel, apuntandote con el dedo, diciendote:

"Llevas mal camino, Lola".

-¿Por qué le llamas don Miguel?

-Porque así le conocen.

-¿Y a tí?

-Yo soy el señorito Ramón.

A Lola le encantaba hablar del pueblo y de la familia.

-¿Cuándo nos casaremos?

Hacía la pregunta muchas veces. Siempre la respuesta fué una sonrisa burlesca. Pero ella aguardaba incansable y sumisa. Copiando a máquina las cuartillas que a veces él escribía. Cuidando de que la casa siguiese en orden y en silencio. Acechando una ocasión. La ocasión que nunca habría de llegar.

Toda ella era fina, delicada y grácil. ¿Qué hubiera dicho al saber que él andaba persiguiendo aquella tarde a un humilde escarabajo?

-¡Que porquería! ¡Qué bichejo asqueroso!

¿Qué hubiera dicho al saber que él estaba allí esperando el momento propicio para entrar en la casita de Punta Alegre?

-¿Punta Alegre, Ramón? - había preguntado un día - ¡Qué nombre tan bonito! Dime como es aquello.

Y é le describió el lugar de una manera muy somera:

-...el pueblo está en lo hondo, como en un hoyo..; la carretera viene entre los montes dando vueltas y al llegar a ese sitio, que es como un balcón, se vuelve loca de alegría y baja al pueblo en zig zag; en la punta del monte está la casita y se llama Punta Alegre; es chiquita; delante tiene una vinya y detrás un olivar... Allí me salvaron la vida cuando el movimiento...

-¿Y cómo? ¿como fué?

-Que me escondieron allí.

-Pero, cuenta, cuenta...

-Eso; que me escondieron.

Nunca explicó a nadie como había ocurrido aquello. Ni siquiera le gustaba recordar aquel episodio de su vida. ¿Para qué? Todo fué tremendamente trágico y solemne. Él, echó a correr. Se asustaba morir cazado como un animal. Salíó de madrugada, agazapado por entre corrales y callejuelas. Casi a ras de tierra atravesó el campo hasta llegar a Punta Alegre. En la puerta estaba Domingo.

-Acércate sin miedo, Ramón...

Y él entró en la casita, pálido y sudoroso.

-¡Ay, como viene el señorito!.. - exclamó Vicenta.

Y Domingo ordenó a la mujer:

-Prepara el café mientras yo ordeno la cabra.

Y fué preparado el café y ordenada la cabra. Amanecía y crecía la luz suavemente. Desde Punta Alegre, se veía el pueblo como un revoltijo de cales, tejas y árboles, porque una débil niebla lo envolvía. Ninguna chimenea respiraba en aquella hora; ningún ~~pasajero~~ ^{barco} cruzaba el espacio; la aguja de la torre de la parroquia, parecía desafiar a pájaros, chimeneas y nieblas, pero sus

sus campanas ~~permanecían~~ mudas. Y el silencio de ellas le atenazaba el corazón y comenzó a sudar copiosamente. Desfilaron por su mente todos los seres queridos: Isabel, su hermana recién casada; los parientes; los amigos; María. Por su hermano Miguel no sintió inquietud porque lo sabía en Sevilla con la familia. Desfilaron los días felices de su infancia; las vacaciones estivales ~~cuando aún vivían sus padres.~~

El pueblo ^{estaba} ~~parecía~~ encogido y atemorizado.

-Ya está el café señorito Ramón.

Se sobresaltó al sentir que le nauaban y se volvió rápidamente.

Vicenta, las manos en las caderas, jadeaba, porque sin duda tuvo que esforzarse mucho para encender la chimenea. Vicenta, arrebolada el rostro, brillantes los ojos, elevado el vientre ampuloso y maternal, tirante la piel de su cara, hinchados los labios...

Lo advirtió enseguida, al volverse:

-¿Qué te pasa en la boca? Tienes los labios hinchados...

Y ella contestó, indicando, con un movimiento delator, la curva ancha de su vientre:

-Es de lo mismo... - y sonrió bonachona.

-¡Ah!... - y él intentó sonreír comprensivo.

La miró entonces con curiosidad; a pesar de la deformidad de su cuerpo, estaba hermosa. Siempre le había parecido una mujer espléndida, y demasiado exquisita para que la gustase el bárbaro de Domingo. Para Domingo era excesivo el encanto de aquella mujer. Y ella no podría estar enamorada del marido. ¿Como pudieron sus manazas ásperas y duras y apestosas de él, posarse en la suavidad y ~~mirra~~ tersura de aquella carne de alabastro? ¿Cómo la norriole bocaza pudo babear en el rostro fino, delicado y pícaro de la muchacha? ¡Ah! pero sí fué; y allí estaba la prueba: en el arco que formaban sus caderas y ocultaba su cintura; fué una profanación a su belleza.

~~Le~~ seguía riendo bonachona. Ramón volvió a mirar al pueblo, que parecía desperezarse y desprenderse de la niebla. Ya apuntaba tímidamente el nudo en algunas chimeneas; pronto estaría el pueblo despierto.

Sonrió con amargura, porque se dió cuenta que el pueblo entero habíase mantenido en vela toda la noche; que, muchos como él, habían intentado escapar; que muchos habían estado despiertos planeando hazanas y venganzas; que, pronto, quizá en aquellos momentos, estaría algún grupo llamando en su casa para llevarselo a la cárcel como hicieron con otros; que, llegarían llamando imperiosos; que les abriría Catalina, toda temerosa, asustada, musitando oraciones:

-¿El señorito Ramón? Se fué ayer...

-¡Mentira, beata de los demonios, mentira! Lo tienes escondido...

Y la apartarían a un lado, y entrarían como una jauría enloquecida y salvaje, destrozando todo al paso. Quedaría sin recuerdos familiares; sin libros sin libros. Le apenas esta idea más que todas las otras. Le danaba sa-

ber que los robarían y los destrozarían; aquella noche había pasado sus dedos por los lomos de ellos y había acariciado sus nojas; luego, rebuscó cartas y retratos y fué a la cocina para quemarlos. La vieja Catalina llegó asustada; venía en paños menores; una camisa larga y blanca, que no cubría por completo el armazón sarmentoso de su cuerpo; una cabellera rala y canosa; un rosario de gruesas cuentas arrollado en la muñeca temblorosa; tembloroso todo su ser; su cabeza como un péndulo extraño; su pecho en donde sobresalía agudo el costillar; sus piernas que se arrastraban torpes.

-¿Qué haces, niño?

-Nada. Acuéstate, Catalina.

-¿Qué haces?

-Ya lo ves: quemo retratos, cartas y periódicos.

-¿por si registran?

-Eso es. Guarda tú si puedes las cosas de la vitrina del salón.

-Descuida, niño....¿Y que vas a hacer mañana si vienen a por tí?... Hace un rato se llevaron a Manolo, ¿no has sentido el llanto de su mujer y el de la madre?

Podrían llamar en su casa de un momento a otro. Tal vez estuviesen ya llegando a la puerta. Se asustó.

-Oye, Catalina: me voy enseguida; a mí no me cogerán..

-¿podrás hacerlo sin que te vean?...Puedes atravesar el huerto de Frasquito, y salir a la trocha y pasar por el molino de la Cruz...podrías llegar a punta Alegre. Allí estarás seguro porque Domingo te quiere como un verdadero hermano; y su mujer, la Vicenta, sabrá callar...

Como un verdadero hermano le quería él Domingo. Siempre lo había pensado y creído así. Era un cariño mantenido desde la niñez. Cuando Domingo, con pocos años más que él, se le acercaba sumiso y se complacía en hacerle compañía, en enseñarle los caminos por los campos para mejor realizar sus inocentes fechorías. En la niñez todo es sencillo; y el sacrificio de un niño puede no tener importancia; ni la amistad; ni siquiera el cariño. Porque el cariño que Domingo demostraba, puso confundirse con la admiración; admiración por todo lo que le rodeó siempre: sus padres, su familia, su casa, ~~estas~~ sus juguetes...

Ramón medita en aquella lejana infancia feliz y despreocupada. Ramón recuerda su mocedad. Y en ella luce también la figura de Domingo, feo, desgarrado, tosco y torpe; sin triunfos amorosos; sin holgura económica. Pero como un perrazo fiel y agresivo.

Fiel. Siempre fiel. Hasta en aquella mañana, cuando era comprometedora su compañía:

-Acércate sin miedo, Ramón... - le había dicho, y luego le ordenó a Vicenta: - prepárale el café mientras yo ordeno la cabra...

En aquel saludo se reveló como un perfecto señor. Ofreció su casa, su

comida y sus servicios. Él lo aceptó todo sin humillación, pero vencido, acobardado, por lo que dejaba atrás y por lo que adivinaba llegar. Se reprochó sus pensamientos nada caritativos para el amigo; porque sus pensamientos fueron excesivamente crueles, al considerar la hermosura de aquella sencilla mujer y la fealdad de Domingo.

-Está la cosa que arde... - comentó la mujer.

-Vá a correr mucha sangre - sentenció el hombre.

Y él, Ramón, volvió a mirar el pueblo que parecía querer despertar de aquel sopor.

Todo fué rápido y tremendo; solo habían pasado unos minutos; aún no había terminado de tomar el café que tan solícitamente le habían preparado. Domingo miraba también a la carretera con el semblante descompuesto.

-¿Qué pasa? - preguntó la mujer alarmada.

Domingo la quiso tranquilizar,

-Todavía no pasa nada...

Entonces Ramón alzó la cabeza y le interrogó con los ojos,

-¿Vienen?

-Vienen.

Ramón sintió un impulso muy grande de salir corriendo huyendo a campo abierto. Pero bajó la cabeza ante lo inevitable.

-Hay que hacer algo - apremió Vicenta, mirando a la carretera.

También miró Ramón y los vió venir; subían en grupo y llevaban armas; ~~parecían seguros~~ y miraban con insistencia a Punta Alegre.

Ramón sudaba copiosamente.

-Hay que hacer algo, Domingo - insistía la mujer.

-Hay que hacer... hay que hacer ¡claro, que hay que hacer!... - y Domingo, colocado en el escalón de la casa, metía las manos en los bolsillos del pantalón y parecía esperar con tranquila parsimonia.

por eso dudó Ramón. por eso pensó que su siempre fiel amigo ya no lo era; que también a él llegó el veneno; que estaba en sus manos; que él mismo lo entregaría a sus perseguidores; que Domingo era un enemigo más; el peor. Y volvió su mirada a la mujer que nerviosamente se movía jadeante de lado para otro a punto de llorar.

-Escóndase ¡por Dios! señorito Ramón... - le decía suplicante.

Entonces fué cuando Domingo se volvió y ordenó a la mujer, apremiante

-Tú métete en la cama ¡hala!..

Los nombres se acercaban ya y sentíanse sus voces, sus juramentos, sus blasfemias.

Vicenta había desaparecido y se la oyó acostarse apresurada. Domingo liaba con aparente tranquilidad un cigarro sin dejar su puesto de observación.

-¿Estás ya en la cama, Vicenta? - preguntó sin volver la cabeza.

Y ella contestó afirmativa con su voz llorosa. Domingo se volvió; imperiosamente dijo:

-Corre, Ramón; escóndete dentro de la cama; con mi mujer...

Ramón quedó atónito.

-¡Mala! ¡Mala! Métete en la cama si quieres salvar el pellejo...

En la cama estaba ella; tenía la cara enrojecida y respiraba con dificultad. Él entró, empujado por las palabras del marido y empujado por el pavor que sentía con la proximidad del grupo que sin duda alguna venían en su busca. Habían llegado a la pequeña explanada y ~~sentíanse conversas con Domingo~~.

-Venimos a por el canalla que está ahí dentro.

Tembló y quedó junto a la puerta. Ella le hacía señas con la mano llamándolo. Y él obedeció. Y no supo de qué manera pudo entrar en la cama y ovillar-se de tal forma que no se notara el bulto que hiciera su cuerpo. Ella misma le ayudó a colocarse. La mujer tenía las rodillas levantadas; dentro de la cama, cubiertos con la colcha, hacía un calor asfixiante; el cuerpo de ella despedía un fuerte olor a sudor aunque su piel que rozó al acomodarse, estaba fría como un trozo de mármol.

Los hombres discutían en la puerta con Domingo. Y la voz de Domingo se levantaba fiera y dominante, dando explicaciones:

-...que os digo que por aquí no ha llegado el señorito Ramón...

-Lo han visto subir por la trocha.

-que aquí no ha llegado.

-pues tú estás una mijita nervioso.

-Estoy nervioso, no lo puedo negar; porque resulta que a mi mujer le han entrado unos dolores, y ahí dentro está en la cama queriendo parir, y yo aquí en la puerta por si veo a alguien que pueda avisar a mi suegra y a la comadrona...

No parecían convencidos los del grupo, porque uno dijo:

-que tu mujer esté de parto no quiere decir que el otro no haya venido por aquí...

-¡Maldita sea! Entra el hombre; entrar y registrar toda la casa... ¡Mala, entrar!... ¡Mala!... ¡Maldita sea!...

Los hombres parecieron quedar quietos, porque Domingo, envalentonado, había dado unos pasos y entraba en el dormitorio. Vicenta empezó a quejarse como si realmente sufriese un profundo dolor.

-¿Estáis oyendo?... Pasar..., pasar... Entra tú, Juan; entra y mira debajo de la cama y dentro de la alacena y dentro del arca, que aquí no hay más escondites....

Sin duda que los hombres se agolparon en la puerta y se empujaron para ver a la Vicenta que seguía quejándose debilmente. Sin duda que los hombres recorrieron la casa en todas sus piezas. Y que luego, en la explanada estarían despidiéndose desorientados, y prometiendo avisar a la madre de la Vicenta pa-

ra que subiera pronto.

La mujer habia quedado quieta y una mano apretada nerviosamente debajo de la colcha.

-Señorito, señorito Ramón... - musitó.

Él no pudo contestar con palabras pero sus manos acariciaron agradecidas el cuerpo de la mujer y se estremeció al sentir en su tacto el movimiento de un bulto en el vientre maternal, e instintivamente la retiró y quiso salir de la cama.

Domingo entraba muy pálido y desencajado.

Vicenta se habia sentado en el filo del lecho y murmuraba:

-¡Qué susto!...!que susto!....

Domingo se acercó al amigo; se acercó fiero y amenazador; le puso la manaza en un hombro y le dijo mirandole con fijeza:

-¡Te salvé!..Pero si alguna vez cuentas a alguien como fué esto, te juro que te mato como a un gusano asqueroso....

-Dios te lo pague, Domingo - contestó emocionado.

-Vete ahora; bébete antes el café aunque esté frio... Vete por ahí, por el camino de la cañada mientras ellos te estan buscando por otra parte... Y ya sabes; ¡ni una palabra de esto! ¡que te juro que te mato!

Tomó un sorbo de café; puso sus manos sobre las manazas del otro; no miró al pueblo; bajó la cabeza y salió murmurando:

-Hasta que Dios quiera, Domingo...

Y Domingo dijo;

-Suerte...

Y él, se volvió para mirarle y decirle;

-Algún dia podré pagarte lo que has hecho por mí.

Eso dijo. Eso prometió. Eso pensó cumplir.

Sin embargo...

A Ramón le escocía la piel de su cara cada vez que recordaba estas palabras. Y más aún le escuece esta tarde, tan invitadora a la meditación y al recuerdo. Porque aquellas palabras pronunciadas en la mañana inolvidable, se quedaron solo en palabras sin valor, en promesa incumplida.

Ramón no quiere pensar en la acción de Domingo, porque Domingo se arrepintió inmediatamente y juró matarle si alguien se enteraba de aquello. A nadie se lo contó nunca e hizo cuanto pudo por olvidarlo. Hasta cuando alguien refería en su presencia hechos y casos de otras personas libradas de la cárcel y de la muerte de forma extraña o providencial o novelesca, él rehuía el recuerdo, y cuando se veía asediado por la curiosidad de los demás, se evadía diciendo:

-¿De qué sirve atormentarse? Aquello pasó....

Y cuando Lola, insistía curiosa e impertinente:

-¿Cómo fué? ¿Cómo fué...?

-Que me escondieron allí.

-pero cuenta, cuenta...

-Eso; que me escondieron.

Pero entonces, cuando Lola e sus amigos le lanzaban la pregunta, él podría recordar aunque no hablase; él, recordó más de una vez, todos los detalles y le parecía revivir la escena, y hasta le pareció percibir el olor del campo, y el de punta Alegre, y el del dormitorio y hasta el de la mujer; y más de una vez, se preguntó como pudo penetrar en la cama; y le parecía escuchar la respiración de Vicenta que era anhelante y llena de angustia; y su voz temblorosa; y su llamada desesperada con la mano; y la frialdad de su carne, que él rozó sin proponerselo; y el movimiento del hijo en el vientre deforme. Todo podría recordarlo; hasta sus pensamientos; hasta sus juicios maliciosos sobre la belleza rústica de la hembra y la fealdad repelente del amigo. Porque todavía, en aquella época, antes del retorno al pueblo, cuando con él vivía una mujer y le acompañaban unos amigos, saboreaba las frases que pronunció al despedirse de su salvador:

-¡Dios te lo pague, Domingo!.. - se lo dijo lleno de emoción, conteniendo sus deseos de arrodillarse y abrazarle las piernas.

-Hasta que Dios quiera, Domingo... - le dijo saliendo de la casa.

-Suerte. - le deseó el amigo.

Decidió seguir adelante sin volver la cara; sin volver a hablar. pero no lo hizo así. Se volvió, le miró a los ojos donde resplandecía un fuego extraño, y le prometió:

-Algún día podré pagarte lo que has hecho por mí...

En aquella época, antes de su retorno al pueblo, sentíase hasta orgulloso de su promesa, y hasta deseaba tener ocasión de poder cumplirla.

Después...

Después...

Él no tuvo la culpa. Él no había ido a punta Alegre abrigando la traición. La traición surgió de pronto; fué como una bestia que le lanzó su zarpazo y lo aprisionó por los hombros.

Él, había llegado al pueblo, una tarde, anocheciendo, en primavera; volvía sin saber por qué; cansado de la vida de la ciudad. Volvió sin despedirse de los conocidos, sin comunicárselo siquiera a Lola. Antes estuvo unos días en Sevilla. Y allí hubiera permanecido mucho tiempo si nó hubiera sentido añoranza de su tierra al pasar por la Estación de Autobuses y al entrar y ver el nombre de su pueblo.

Lo hizo como él acostumbraba: sin meditarlo; sin pensar en el equipaje o en la cita con algún amigo o amiga. El coche estaba allí con sus puertas abiertas e invitadoras. ¿Qué tenía que hacer? Sacar el billete y montarse en el coche. Lo hizo. Y dentro, miraba cada rostro queriendo reconocer rasgos; y escuchaba atento trozos de conversación. No conocía a nadie. Tampoco lo conocían a él. Era una curiosa experiencia la de sentirse extraño entre sus paisanos y luego forastero en su propio pueblo. Todo el trayecto mantuvo la imaginación excitada forjando encuentros y recordando tiempos pasados. ¿Desde cuando no iba al pueblo? Desde que salió una madrugada de él huyendo de la muerte.

Pensaba buscar a Domingo, a Vicenta, y al hijo o a los hijos de ambos. ¿Y si preguntara a su compañera de viaje? ¿Y si le dijera a la mujer que estaba junto a su asiento:

-¿Usted no me conoce?

¿qué pensaría ella? ¿qué diría ella? Le malagó la idea y la puso inmediatamente en práctica. La mujer tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta y en su falda apretaba fuertemente un negro e hinchado bolso. Adecó su despertar en una brusca sacudida del coche.

-¡Ojú!... - se quejó moviéndose en el asiento.

Entonces él la miró de frente y le hizo la pregunta:

-¿Usted no me conoce a mí?

Y sonrió ella, sarcástica, con una mueca de suficiencia:

-Desde que puso usted los pies en el coche me dije: "Ese es el señorito

Ramón... "No se ha despintado usted nada..."

-Algunas canas en mi cabeza... - apuntó él.

-?Y quien no las tiene a cierta edad? Mire usted, yo; mire usted, yo... y le señalaba la invasión blanca en sus cabellos que fueron negros.

Y Ramón, mientras, pensaba: -?Quién será esta mujer? ?Como se llamará? Parecía que ella adivinó su pensamiento, al preguntarle muy risueña:

-?A que usted no se acuerda de mí? Una ha sufrido mucho; ha bregado mucho... Se estropea una enseguida... Usted, no; usted está muy nuevo; casi no ha pasado el tiempo por usted. En cambio, una, ...?quien diría que yo soy aquella Teresita que vivía junto a su casa? ?Se acuerda usted cuando le hacía los mandados a Catalina?...!qué vieja está la pobrecita!...!Y que sigue cuidando de la casa, que parece que viven dentro los señores!

A Ramón le gustó la convers de la mujer, y no le importó que de lo que ellos decían estuviesen pendientes los demás viajeros. A Ramón le gustó saber, que, aquella mujer gruesa, de curtida piel y vestida de toscas telas, era la muchachita pizpireta que cada mañana entraba en su casa a la hora del almuerzo, contoneándose, haciéndole exclamar a Catalina:

-!Siempre provocativa y pidiendo guerra!

Él fingía no escucharla y disimulaba el gusto que le producía la presencia de Teresita en la casa, con el solo deseo de inspirar confianza a la vieja y no dejar de ver a la joven, que continuamente daba pruebas de ser muy lista, ¡aquella vez...!

Y Ramón sonrió al recordario e instintivamente la miró a los ojos; ella pareció que recordaba también porque había bajado la cabeza. ?Se acordaría de todo?...?Y si insinuaba aquello?...!Había pasado tanto tiempo! Fué una cosa sin importancia aunque pudo tener mucha, si nó hubiera llegado a tiempo Catalina gritando por el corredor:

-Teresa..., Teresa, ?donde te has metido?

Y Teresa no sabía que hacer; se arrojó precipitadamente y salió a la puerta del cuarto diciendo con su voz de inocencia:

-Me llamó el señorito para un recado...

-?Un recado y estás dentro de su cuarto? !Hala! !A la calle!...!Qué juventud más picardeada, señor!

Y después entró y le zarandó a él por un hombro:

-No te comprometas, chiquillo...; que tú eres muy joven y muy inocente y te vas a ver metido en un lio cuando menos lo pienses... - y luego, juntó fieramente sus cejas para decirle: - que esto no ocurra más...que no te olvides del respeto que debes a tu casa y a mí...

Difícil era recordar en cada momento el respeto debido a la vieja Catalina.

Ya estaría viejísima Catalina, llena de años y de achaques. Durante aque-

tiempo le había escrito con frecuencia; unas cartas muy largas, con su menuda letra, llenas de enormes faltas de ortografía, y la relación de sus cuentos; a veces, no las leía; y siempre le contestaba unas cuantas letras muy grandes, en un grueso papel: "Estoy bueno. pronto iré a verte. Cuidate mucho y cuida mis libros. Un abrazo, Ramón."

periódicamente llegaban las cartas de Catalina. A Lola le intrigaban mucho.

-¿Buenas noticias? - le preguntaba la mujer.

-Sí.

Y las saboreaba: "Antonia, la casera de La Quinta, tuvo mellizos; la cosecha no se dá mala, pero los jornales son cada día más altos; todo está subiendo mucho. A la patrona se hizo una novena preciosa; y acudieron muchos forasteros a la feria..."

-¿Quién te escribe?

Él, le alargó la carta.

-¿Es tu tia? - preguntó al devolverla.

-¿Mi tia...? ¡Ah, pues sí, la tia Catalina.

¿Como estaria ya de vieja?

Teresa, la mujer que estaba sentada junto a él en el coche, seguía hablando sin cesar; le prestó atención:

-... su hermana, la senorita Isabel, como siempre, con su pena viva... Y don Miguel Ruiz, su hermano, tambien lo mismo, como si nó pasaran los años por él; ¡Claro, muy buena vida que se dá! su ratito de casino, su paseo, sus buenas comidas; ¡mucha tranquilidad!.. La niña en el colegio y Mariana a su lado siempre.., ¡como que criadas como la Mariana ya no se encuentran! Y además, tan nueva y tan guapetona y tan dispuesta...

Mientras Teresa hablaba, él sentía renacer una nueva esperanza: la de que a su llegada, despues de unos años de ausencia, todo hubiese cambiado y fuera posible y fácil la reconciliación con la familia; volver a los días en que se reunían los tres hermanos en la casa grande, celebrando cualquier acontecimiento feliz. Se proponía llamarlos a su llegada; visitarlos antes para invitarlos a un almuerzo en aquel comedor que los acogió en la niñez y en la juventud. Iría primero a ver a Isabel y a los sobrinos; los comprometería para almorzar con él, y luego iría a visitar al hermano, dispuesto a aguantar primero el chaparrón de riñas y luego el de consejos, y aquel dedo inexorable apuntándole mientras le dijera:

-Ese no es el camino, Ramón...

Aguantaría las ganas de darle una respuesta adecuada; saludaría respetuosamente a la Mariana; preguntaría con mucho cariño por Julia... ¡Oh, sí! Después de la guerra, despues de la vida disoluta que había llevado en Madrid, estaba dispuesto de muy buena gana a vivir una vida respetable, porque había llegado a la conclusión de que a él le gustaría enormemente pasar sus

días en la soledad del pueblo y en la paz de la familia. Reanudar antiguas amistades.... Entonces se le apareció vivo y casi cruel el recuerdo de María de aquella chiquilla que le inspiró un amor tan casto y tan puro; la única mujer que lo hubiera hecho feliz; la única capaz de atarlo a un sitio; nunca hasta aquella tarde la recordó con ternura y sintió tentaciones de preguntar por ella a Teresa; ¿qué le diría? Le hablaría de su felicidad, de su riqueza de su influencia. Pero eso no le produciría ningún placer; a él, solo podría agradarle todo lo contrario: su fracaso espiritual y su ruina económica.

Cuando pasaba el coche por punta Alegre, preguntó:

-¿quien vive ahí?

-Domingo el de La Jara y Vicenta, su mujer...

¿De modo que no habían cambiado de vivienda? ¿De modo que continuaban en punta Alegre? Alargó su cuello y sacó la cabeza por la ventanilla: la casita se recortaba frágil, respaldada por el olivar; la puerta estaba abierta y sola; sola también, estaba la explanada; no parecía que allí existieron vecinos; pero la chimenea respiraba densamente y el humo se elevaba suave y en la altura tenía transparencia azules y rosadas; atardecía y era un día perfumado de primavera; lo del perfume fué pura intuición al mirar los vallados y cunetas rebosantes de yerbas y flores, porque dentro del coche, el olor de la gasolina, mezclado con el que despedían los viajeros sudorosos, era fétido y repulsivo.

Ni Domingo ni Vicenta estaban a la vista; ni siquiera los hijos de ellos. Fué una primera desilusión.

Cuando el autobús paró y la mujer se despidió y algunos viajeros le dijeron adiós a él, campechanos y amigables, sintióse desosegado; un mozo le preguntó si esperaba su equipaje.

-No - le respondió, y comenzó a andar hacia la plaza. Se había dejado el equipaje en Sevilla; no se había despedido allí, ni había anunciado su llegada al pueblo. Lo primero no tenía importancia; tampoco la tenía lo otro puesto que la única persona que deseaba su vuelta era Catalina y esta lo tenía siempre todo preparado: "... por si un día tienes la voluntad de volver; todo a punto; el cuarto, los libros, la chimenea por si llegas en tiempo de frío..."

Comenzó a andar y a mirar a su paso; la calle seguía pendiente aún después del arreglo de las calles que habían alcantarillado; algunos establecimientos nuevos y muy iluminados; muchachas bonitas y bien vestidas; la casa de María, con su amplio portón y las rejas de la fachada adornadas de flores; y tras las rejas, los visillos; y uno recogido; y seguramente unos ojos curiosos detrás de los cristales. ¿Los de ella? Detuvo un poco el paso, y pensó que tal vez su cabeza no estaría suficientemente bien peinada después de un penoso viaje en autobús, y su corbata ajada...¿pero qué importaba todo aquello? ¿Iba a preocuparse de unas minucias estúpidas? Los ojos que pu-

dieran mirar tras los cristales podrían ser los de alguna sirviente, los de algún niño. Y si eran los de ella, se sobresaltaría al verle:

-Es Ramón...!parece que fué ayer cuando decía quererme!..

!Bañ! Ni siquiera se acordaría ya de aquello. Lo más fácil, era, que ella o cualquier conocido que estuviera allí, dijera al verlo:

-!Cómo! pero si es Ramón; si es Ramón Ruiz....!Valiente pillo está hecho!...Ese sí que la ha corrido bien...

Y este pensamiento lo envalentonó e hizo que ~~muerezzazzasuffiguzayy~~ que un nuevo orío gallardo le acompañara en sus pasos.

Luego, en la esquina, la casa de Isabel. Todas las puertas cerradas, menos la de entrada; austera e inasequible como siempre; fría y dura; en el fondo, buena y hasta carinosa. Paró allí y miró uno por uno los balcones. ¿Estaría allí su cuñado? ¿Y si entrara?

Decidido entró en el portal y llamó. No tardó en abrirle una chiquilla de ~~unos doce años~~.

-¿La señorita Isabel está en casa?

Y la muchacha se le quedó mirando sin saber qué contestar, se puso muy colorada y echó a correr para el interior.

Isabel asomó pálida y apresurada por el ancho corredor; se sorprendió y alegró al verlo en la puerta.

-¿Tú?...¿Tú, Ramón?

La abrazó y ella apoyó la cabeza en su hombro, sollozando.

-Sí, soy yo, Isabel... - y la besó en la frente: - He llegado ahora mismo, en el correo de Sevilla...

Sentáronse allí, junto a la puerta de la sala.

-¿Y los niños?...¿Y Elisita?...¿Y Juanito? No los conozco...Supongo que estarán en el colegio...

-No...

-¿No? Pues ya deben tener edad...¿Cuántos años tiene Elisita?

-Diez ~~y once~~ *son y dieciséis*

-¡Oh, una mujer!...Y será bonita...quiero verla.

Movió Isabel negativamente la cabeza.

-¿No?

-Elisita se fué ~~de~~ *monja. un convento de monjas*

-¡Bañ! ¡Si lo sabía! Me lo dijo Catalina. ¡Si lo sabía!...¿Y como ha sido eso?...Algún desengaño amoroso...

Isabel sonrió tristemente, negando de nuevo.

-Nunca estuvo enamorada.

-pues no me lo explico... - y entonces, se atrevió a insinuar: - Oye, ¿como era?... ¿A quien se parece?...

Isabel cogió de encima de una mesa una amplia fotografía:

-!Qué preciosidad de mujer!...?pero de verdad esta es Elisita?!

Y la madre asentía llena de orgullo.

-Pues no me explico la vocación, la veradd...

Vió despues al muchacho, que no estaba interno desde que su hermana ingresó en el convento.

-Naturalmente para que te sirva de compana...

Y contestó ella:

-No. Es que no se adapta bien; es difícil, y quiero que esté a mi lado para educarlo yo misma; para hacerlo un hombre fuerte y de voluntad.

-Como tú...

-por lo menos, que como yo, intente saber cual es su deber y lo cumpla. Y luego vió a Maria, la niña pequeña.

-?Y Juan?

Isabel bajó la vista para contestar:

-No sé...

Ramón no quiso hablar de Juan; se despidió cariñoso y prometió volver.

Cuando salió de la casa, era de noche. Estaba encendido el alumbrado de las calles y el de los escaparates de las tiendas. Anduvo por la acera muy deprisa; algunas personas pronunciaban su nombre al cruzarse con él.

Cuando llegó a su casa le latía el corazón con apresuramientos. En el portal alumbraba el hermoso farol de hierro forjado y relucía brillante el metal dorado del aldabón.

Lo hizo sonar suavemente, con dos golpecitos. ¿Recordaría Catalina su forma de llamar? ¿No le anunciaría su corazón que allí estaba el amo?

-?Quien llama?... - se oyó la voz gangosa de Catalina - ?Quien llama?..

-Gente de paz.

-!Ay, Dios Santo! - exclamó la vieja - !Ay!..?He oido mal?...?Quien?..

-Abre pronto, Catalina, abre pronto....

-Ave Maria purísima! !El Señor nos ampare!....?Pero de verdad eres tú, Ramoncillo de mi alma?....

Ni aún cuando lo tuvo en sus brazos le parecía cierta tanta dicha.

-Es que estoy sonando...; estoy sonando...; no es verdad esto...

Y él la volvía a abrazar de nuevo. ¿Como pudo dejar de venir tanto al pueblo sabiendo la alegría que iba a proporcionar a la vieja? La alegría de la vieja y la suya propia; porque desde el momento que pisó su casa, le pareció que jamás se había apartado de ella; le llegó primero su olor; olor a cera, a espliego y a toda clase de yerbas aromáticas; a limpieza, a jabón; y el tacto, suave y frio del llamador de la puerta, tan conocido y tan nuevo aquel día. Y al abrir la puerta, el ancho corredor, con su olor especial al cedro de los arcones; aspiró con deleite y dirigió una cariñosa mirada a las paredes donde colgaban un cuadro maravilloso con un paisaje que pintara su madre, lleno de luz y gracia y que él prefería a todos.

-?por qué no está este cuadro en el salon, mamá? - preguntó una vez, de niño; y la madre sonriendo dijo:

-Es un recuerdo de una época muy feliz pero no tiene mérito.

Él no entendía de pinturas pero le gustaba el cuadro y se propuso colgarlo algún día en el sitio preferente de la casa; cuando pudo hacerlo, no lo hizo; respetó la voluntad de su madre, y lo dejó en aquel ~~mito~~ rincón un poco oscuro del corredor, donde el oro de su marco, contrastaba con la sombría madera del sillón antiguo de brazos.

Recorrió la casa en unos momentos. La vieja Catalina se había retirado a la cocina y se la oía conversar nerviosamente con alguien. Él recorría entretanto la casa y se complacía en ser el dueño de ella. En su despacho todo continuaba igual; los libros ordenados en el armario; la ancha butaca y el diván junto al ventanal por el que siempre entró^{ron} las fragancias del jardín y por el que se veían cercanas las piedras grises y blancas de la sierra. Abrió la puerta y acercó su cara a los hierros; el jardín estaba cuajado de flores y sintió una súbita ternura; salió a la puerta y llamó:

-Catalina, Catalina...

-Niño mío, ya voy.

Catalina llegaba con sus pasitos cortos y ligeros, secándose las manos en el blanco delantal.

-Catalina, quiero darte las gracias...

-¿Las gracias?

-Sí, las gracias por todo; por haber cuidado de la casa, de mis habitaciones y del jardín.

-¿Del jardín?...!Ay, si el jardín se cuida solo, alma mía! ¿No ves que tiene muy buena tierra y los aires de este pueblo son muy sanos?

No quería Catalina tener mérito. pero él sabía, cuanto amor ponía ella en todo y más en las flores; quiso halagarla preguntándole:

-¿Tienes claveles?

-¡Uy, los mejores del mundo! Tengo un arriate lleno y muchísimas flores ¡Si me hubieras visto anoche mismo! - y la vieja sonrió enseñando sus rojas desdentadas encías - Anoche se armó una tormenta de las grandes; yo ya estaba en la cama y la Antonia también; la Antonia es una muchacha nieta de mi prima la Melliza, que me ayuda a las faenas... Bueno, yo estaba en la cama cuando empezaron los primeros truenos y pensé: "Ya pasará.." pero, sí ¡al contrario! cada vez tomaba con más coraje y empezaron a caer unos goterones que yo sentía en los cristales de mi ventana como garbanzos de gordos, y a soplar un viento horroroso, y entonces me eché de la cama y me dije preparando la luz: "Catalina, si no aligeras te quedas sin claveles.." y salí al jardín y metí en el cobertizo todas las macetas...

Él la escuchaba emboobado y su ternura se resolvió en un apretado abrazo y en unos fuertes besos dados en los cabellos blancos; la vieja temblaba estremecida de gusto; él le dijo:

-Tú eres el mejor clavel de esta casa.

A ella se le escapó el torrente de su felicidad entre suspiros y lágrima

-Niño! ¡Alegria mia! ¡No te vayas más!

No prometió nada ?Para qué? Pero dijo:

-Busca al cosario y que se traiga mi equipaje de Sevilla; le daré una tarjeta..

Dejó a Catalina hipando y secandose los ojos en el delantal; se entró en el despacho para escribir la tarjeta prometida.

Fué una noche feliz; tranquila, sosegada. Cenó en el comedor con todas las luces encendidas. quedó en él un rato de charla con la vieja; la dejaba hablar; era con el escuchar a un jilguero junto a él. La mujer salpicaba sus pintorescar noticias con un "¿Te acuerdas?" Algunas veces, él asentía con un leve movimiento de cabeza, pero no se enteraba; no le interesaba nada de lo que estaba oyendo. Alguna vez él preguntaba:

-¿Qué suena?...Es como un chorro de agua...

-El grifo de la alberca que la Antonia habrá dejado abierto; voy a decirle que lo cierre...

Y él la detenía con suavidad:

-Déjalo así; me gusta oirlo...

Y al rato, volvía a preguntar:

-¿Qué suena? ...¿es agua?..

-El grifo de la alberca, ya te lo dije antes...Deja, que voy a cerrarlo.

Y la volvía a detener:

-Déjalo, déjalo...; me gusta oirlo....

Catalina lo miró con cierta alarma; y él se gozó en alterarla más diciéndole:

-Dormiré en mi despacho; en el diván.

-¡Que capricho!...!Teniendo una cama como la que tienes!..

-Quiero oler las flores y sentir el chorrito del agua...

-¡Ay, ay, que vuelves igual!...!Los mismos antojos que tenias! ¡Las mismas rarezas! No te vayas a quedar dormido y con el relente te dé una pulmonía...

-No me pasará nada.

-No cierres la puerta del despacho, niño...

No la cerró. Solo se preocupó de apagar la luz cuando estuvo en el diván y abrigado con una buena manta; en el jardín habia un grillo estridente; y un vientecillo que movía las ramas y hojas de los árboles; y el grifo abierto de la alberca; los penascos de la sierra se recortaban audaces sobre un cielo de luz difusa y lechosa.

~~Él estaba boca arriba;~~ Había dejado de fumar y miraba insistente a una estrella montada en un picacho.

Y se durmió en paz.

A la mañana se encontró la ventana cerrada y tuvo que agradecer a Catalina su solicitud maternal.

Fueron unos primeros días de absoluta calma.

-¿No sales a la calle, Ramón?

-¿Qué se me ha perdido a mí en la calle, mujer?

pero la mujer no acababa de comprender sus ansias de soledad y pensó sin duda que él volvía un poco trastornado.

-¿Irás a ver a tu hermana?

-La ví el mismo día que llegué.

-¡Pobrecita!.. Yo, cuando pienso en Juan... ¡ay, que marido tiene!... ¿Lo has visto tú en Sevilla?

-No.

-¿Y a tu hermano Miguel también lo has visto?

-No... pero iré a verlo.

Ciertamente tenía intenciones de hacerlo. Y un día, una mañana, se levantó con ese ~~XXXXXX~~ propósito, porque deseaba charlar con él, sin cuidado de verse interrumpido con los amigos que le visitasen.

La entrevista no fué fácil.

Lo recibieron con solemnidad; con extraña solemnidad. Miguel... don Miguel Ruiz le llamaban todos; don Miguel estaba sentado en su despacho leyendo un periódico; no pareció alegrarse con la visita; enarcó las cejas, apoyó el brazo que sostenía el periódico en la mesa y le alargó la mano. Él se la estrechó conmovido, porque a medida que el tiempo ~~pasaba~~ había pasado, los rasgos y los gestos de su hermano se habían ido pareciendo enormemente a los del padre. Don Miguel Ruiz, sin dejar su adustez, dijo:

-Estás bastante bien.

-Sí. Tú también lo estás.. - y añadió: - te pareces cada vez más a papá.

-Cierto. Y procuro honrar su memoria.

Se cruzaron las miradas de ambos; la de don Miguel Ruiz era dura, cruel y acusadora. Ramón sintió gana de reír y de salir de la casa sin hablar más; pero sus deseos de paz y reconciliación, le mantuvieron quieto delante de la mesa.

-¿Y Julia?

-Mi hija sigue estudiando Filosofía y Letras en Sevilla.

-¿Cuándo viene? ¿En el verano?

-Pues no sé... Ella se busca sus planes de forma que aquí solo viene a lo sumo una semana; las vacaciones las pas en las Universidades de verano, o en el extranjero.

-Es una muchacha moderna.

Don Miguel exclamó:

-pero decente.

Y él se exaltó al decir:

-Lo moderno es compatible con la honradez, tengo presente, Miguel; y piensa, que, una mujer de apariencia tímida y nona puede ser una tunanta...

-Puedes guardarte tus consideraciones, Ramón; y hablemos de otra cosa:
¿cuando has llegado al pueblo?

-Hace cuatro días.

-¿Cuándo te piensas ir?

-No pienso irme por ahora.

-Supongo que vivirás solo.

-Vivo con Catalina.

-Sabes a lo que me refiero...

-Acláralo.

-Sabes qué me refiero a cierta mujer con la que has estado todos estos años...

-¡Ah, te refieres a Lola!

-No me importa como se llame.

-Pues te advierto que estuve a punto de casarme con ella.

-No me extraña. ¿Y...?

-Nada. Agua pasada. Viviré solo; puedes estar tranquilo.

-Solo me importa el escándalo.

-Lo sé. Sé positivamente que no es asunto de conciencia.

Los dos se miraron con fiereza.

Pero Ramón no tenía gana de disgustos ni de discusiones. La vida era demasiado bella y amable y había que disfrutarla. Se despidió rápidamente de su hermano don Miguel Ruiz y salió a la antecámara. En ella sorprendió a una mujer que estuvo escuchando secretamente la conversación; aparentó no verla y salió al corredor.

-¿Estás ahí, Mariana? - era don Miguel llamando a la mujer - Tráeme mi tacaíta de café.

Ramón salió queriendo borrar de su mente la entrevista tan triste y anti-pática. Deseaba dar un paseo por los alrededores. Y hasta anheló tropezar con algún amigo de su mocedad. Pero, ¿cómo? ¿quien era aquella señora, un poco gruesa y bastante canosa que le hacía señas y le sonreía desde la otra acera?

-¿Como estas Ramón? ¿Cuanto tiempo sin vernos! No quieres nada con tu pueblo...

Y él se acercó disimulando la sorpresa y el desencanto. ¿Era posible que aquella mujer, un tanto desaliñada en su atavío, vestida sin elegancia y mal calzada, fuera aquella Consuelo que le hizo cavilar tanto con sus coqueterías y que fué la más bien vestida de todas sus amigas?

-¡Hola, Consuelo! No pasa el tiempo por ti.

-¡Quita, hijo!.. Eso se te puede decir a tí con muchísima razón, ¡pero a una!... ¿Como va a estar una despues de tener y criar a seis hijos?...

-¿Te casaste?

- ¡Qué pregunta!... - y rió muy alborozada; - Ya ni te acuerdas que estuve en mi boda...

-¡Ya...!

-Pues aquí hemos sabido de ti... ¡Ay, hijo que en el mundo todo se sabe!. Por lo que fué notando, esa era una gran verdad; todos sabían sus relaciones con Lola, y parecían conocer todas sus andanzas amorosas. Ya, sonreía a cualquier alusión y se adelantaba al comentario:

-Sí, en Madrid he vivido bien ¿sabes? - y guiñaba un ojo con intención. Le decían:

-Siempre has sabido vivir.

Él meditaba esta frase y le parecía una burla. Más burla, cuando el marido de María se la lanzó en un tono altivo y distante. Y le amargó, suponer, adivinar, la conversación que tuviese el matrimonio al comentar su llegada:

-¿Sabes que ha vuelto Ramón? Lo he visto en el Casino... Es un cínico; viene alardeando de mujeres...

-Fué un fátuo...

-Te pretendió a tí.

-Nunca me hizo gracia... Es un loco y un inmoral...

Aquella salida suya fué como un baño precipitado y urgente; necesitaba ver a todos los paisanos a la vez, para poder salir libremente, sin temor a encuentros y a diálogos. Su llegada y sus paseos levantarían un alboroto en el pueblo y durante algunos días, su presencia sería el tema obligado de todas las conversaciones. Pero luego, se encontraría a gusto y confiado; volvería a pasear por los lugares de su infancia y de su juventud; saldría con un libro para leer o con unas cuartillas para escribir; saldría con un bocadillo en el bolsillo, que cada día le prepararía la previsora Catalina; el bocadillo sería consumido muchos días, y otros volvería intacto a casa; saldría sin saber cuando iba a volver; hasta que un día arrastrase de él algo y no volviese al pueblo. El encanto de todo estaba en eso: en lo imprevisto y en lo impensado.

Su vida se deslizaba como un dulce sueño. Leer y pasear. Apenas hablaba ni escuchaba. Buscaba los sitios menos frecuentados, unas veces distantes y otras cercanos. No tenía más que un deseo, incumplido: el de ver a Domingo.

-Le mandó aviso de su llegada, cuando llevaba en el pueblo una semana. Por la noche, Catalina le dijo:

-Estuvo aquí la Vicenta...

Y él aguzó el oído muy interesado; la Vicenta sacudió sus recuerdos.

-...y dice que Domingo está..., ¿donde me dijo que estaba?... ¡Ay, mira que no me acuerdo! Pero bueno, muy lejos, en un campo de Algeciras; y que cuando vuelva se llegará por aquí... Ella te estuvo aguardando un rato, pero como tardabas se tuvo que volver sin verte.... Y me dejó esto para tí...

-¿Qué...? - y no pudo disimular su curiosidad al ver el pequeño paquete envuelto en papel de periódicos.

-Un café que trasmina, hijo... - y le acercó el envoltorio a la nariz: -

Café, café...

-¡Ah!

Y Catalina pareció molestarse por aquella exclamación que parecía de desencanto.

-Conque, "ah"!... que tú no sabes lo difícil que es poder tomar en estos tiempos un buen café...

pasaron los días plácidos y serenos. ¿Dónde quedaron las impaciencias de su cuerpo? Apenas se acordaba de Lola, ni sentía necesidad del trato con otras mujeres. "Me estoy poniendo viejo" se dijo un día.

porque un día, él no intentó ni siquiera levantarse de la cama. ~~sentíase~~ Sentíase tan a gusto, tan irreal, que temió romper el encanto de aquella molición. La vieja entró cuando le pareció que era demasiado tarde.

-Niño..., niño..., ¿estás malo?

-Déjame dormir.

Y pasaron unas horas. El cuarto guardaba la misma oscuridad y el silencio en la casa era casi absoluto. Varió de postura muchas veces. ¡Qué bien se estaba en la cama, aunque el estómago parecía protestar! Podría comer en la cama. Llamó.

El timbre sonaría en la cocina, estridente y agudo. Se alarmaría la vieja.

-¿Te pasa algo?

-No.

-No me lo niegues... ¡no me lo niegues!.. Yo aviso al médico ahora mismo

-No, Catalina, te lo prohibo.

pero Catalina tenía la tez encendida y los ojos llorosos.

-No te haré caso; eres un niño voluntarioso. No te haré caso...

-¿Qué hora es?

-¡La mar de tarde!.. Van a dar las cinco.

-Traeme la comida porque no me pienso levantar.

Salió la vieja haciendo aspavientos y murmurando palabras incoherentes. Él, estiró su cuerpo y el placer de sentirse solo y descansado fué maravilloso. Luego una voz, la voz de Antonia, la moza que ayudaba a Catalina, sonó detrás de la puerta:

-¿Se puede?

El recuerdo de Lola vini potente e inesperado; Lola nunca llamó en la puerta cuando él descansaba; Lola nunca pidió permiso para entrar, porque su fina intuición le avisaba cuando debía hacerlo sin ocasionarle a él la más insignificante molestia. Realmente, Lola, era sabia en los asuntos aquellos. ¿qué haría sin él? ¿qué rumbo tomaría su vida?

Se rió y casi sonó su risa. Se rió recordando las cosas que entre se decían: "¿qué haré yo sin tí? Di ¿qué haré yo sin tí?" Y se estaba tan ricamente sin el engorro de aquella mujer que últimamente se había vuelto im-

pertinente, demasiado amante del lujo y latosa con el quimérico casamiento.

-¿Se puede? - era la voz de Antonia,

-Pasa.

Entró la muchacha.

Encendió la luz.

La cara de Antonia estaba enrojecida y sus ojos bajos y atemorizados. En las manos traía una bandeja y en ella el cubierto y una servilleta.

-¿Donde pongo esto? - preguntó con un hilo de voz.

La observó con detenimiento: la moza no era gran cosa; cariancha, de ojillos chicos y boca grande, bajita y redondeada. Tal vez en sus curvas existiera algo incitante. O quizá en su pelo que debía ser suavísimo y tenía un delicado color rubio. La muchacha se acercó con la bandeja; él se incorporó un poco hasta quedar sentado. El cuerpo de la moza exhalaba un olor mezcla de sudor, polvos de arroz y colonia barata.

-¿Cuántos años tienes? - preguntó mientras cogía la bandeja.

-Diez y siete.

-¿Donde te has criado, en el pueblo o en el campo?

-En el campo.

-Así estás de hermosa - y le sonrió amable.

Ella salió para traer la comida.

Pero no volvió. En su lugar fué Catalina; sospechó él algo, y cuando hubo terminado de comer preguntó:

-¿Por qué me has servido tú y no la muchacha?

-¡Y me lo preguntas!...!que nunca has de cambiar, Ramón!..?por qué te has metido con la Antonia?

-¿Yo?

-¿Vas a negarlo?...Le has dicho hermosa, ¿verdad?

-Se lo he dicho. ¿Es malo?

-que lo digas tú, sí.

-¡Qué idiotez!... - y se rió con todas sus ganas, - Vete, Catalina, quiero seguir durmiendo...

pero no durmió. Saboreaba la placidez de aquellos momentos inefables. Fumaba un cigarrillo, y en la oscuridad de la habitación, le agradaba ver el disco pequeño de fuego. El balcón tenía las puertas de madera abiertas y los visillos descorridos; la luna aún no andaba por sus caminos y el cielo se veía muy oscuro. pensó en la criada y le producía risa el caso. ¿qué pudo notar en él que la asustase u ofendiese. Todo pudo ser imaginado por la pobre criatura, porque a él, sus exuberancias no le habían producido el menor trastorno; las observó, las catalogó y no las apeteció. A él ninguna mujer le conmovía en aquellas horas; ni siquiera el recuerdo de Lola. ¿Cuántos días llevaba sin ver a una mujer? ¿quince? ¿veinte? Exactamente no lo sabía, pero al pensarlo se turbó su ánimo; ¿qué le estaba ocurriendo a él?... Y apartó inquieto y te-

temeroso la idea nacida de pronto, pero fija y penetrante. No quería creerlo. No quería dar cabida a la idea. Pero volvió a pensar en la maciza joven con propósito decidido de encontrar algo en ella que naciese sentir de algún modo a sus sentidos. En vano. Se afanó en recordar hechos, escenas, palabras, caricias de Lola, para remover de algún modo sus apetitos y también fué en vano. Entonces nació vívido el recuerdo de las palabras de Andresillo, su compinche de Madrid:

-?Inapetencia, Ramón?

Y se dijo al recordarlas:

-Eso es, inapetencia. Me estoy volviendo viejo.

Lo dijo convencido, porque había vivido muy intensamente sus años mozos. El convencimiento le entristeció sobremanera.

?Y se se levantara y saliera a hacer ejercicio? Un paseo por la Fuente o por el Carril, seguramente le ayudaría a hacer la digestión, porque tal vez hubiese comido con exceso.

Se desmereció lánguido. Se estaba bien en la cama. Cogería un libro para pasar las horas. Alargó la mano y tomó uno muy voluminoso; nunca supo con seguridad si llegó a leerlo. Se dedicó con el libro en la mano, a pasear su pensamiento por cosas agradables: sonó despierto: María, lo ocupó todo. ?Como estaría María? Su niñez y su juventud desfilaron en hechos felices y tiernos. !Cuántas cosas agradables recordó!

plácidos, fueron aflojándose más aun sus miembros. Y así, con el pensamiento gozoso, quedó dormido.

El nuevo día fué maravilloso. Abrió el balcón y aspiró la fragancia del jardín. Se entretuvo en seguir con los ojos la huída de una nube vaporosa. Y luego, en observar al pajarillo que cantaba enloquecido de alegría en lo más alto del tejado. Las campanas sonaban también alegres. se oía abrir puertas y ventanas. Rumores de palabras. Saluciones. Risas. El nuevo día se presentaba maravilloso.

-quizá no esté tan viejo - pensó.

Desayunó en el comedor. Quiso charlar con Catalina.

-Oye, ?y María? ?la señorita María?

-!Ah, - exclamó alegre la vieja - ?No la has visto? Está como un sol... Hizo un buen casamiento, porque le tocó en suerte un hombre muy cabal y que la queire de verdad...

Se le quitaron las ganas de seguir hablando, pero Catalina continuaba:

-...no hay en el pueblo una señora más señora que ella, !y guapa!... Siempre fué bien parecida, pero el matrimonio la ha puesto que es un sol, como yo digo. Tiene cuatro niños, dos niños y dos niñas. Ya hay uno estudiando en un colegio... Ella siempre que me vé en la calle se para y me dice algo: que como estoy; que si ando bien de salud; que si tengo quien me ayude... Y yo siempre le tengo que decir lo mismo: que tú eres una criatura muy rebuena,

que no permites que a mí me falte ni gloria y que me mandas siempre dinero de sobra. Y ella siempre igual: "Ramón tiene un gran corazón". ¡Y si vieras tú niño, que hasta se me saltan las lágrimas siempre que le oigo estas palabras! Porque las palabras tienen el precio de quien las dice, y ella es tan buenísima...!

Él se puso de pié.

-¿Volverás a almorzar o te preparo algo?

-Volveré. Voy a pasear por la carretera. Todavía no he ido por allí.

Y salió.

Era una mañana deliciosa. El sol cosquilleaba la piel; el airecillo la acariciaba; las yerbas y las flores que orlaban el camino, parecían reír por el gusto de la vida.

Él sabía que era la primavera la que andaba por allí, pero aquella mañana la sintió en su piel y la advirtió en su sangre. Tarareó una cancioncilla que le escuchó mucho a Lola.

¡Lástima que Lola no estuviese allí con él! Hasta podría haber sido posible de no ser ella tan exigente y caprichosa. Y quizás..., ¿por qué no? Entre ellos no hubo disgustos; que ella andaba encaprichada con el casamiento y para obligarle coqueteó con otros; que él salió un día de Madrid, sin anunciar-selo siquiera, pero dejándole en el tocador una carta en la que prometía volver, y un sobre muy abultado, que la ponían a salvo durante un par de meses. Él podría escribirle; podría llamarla...

¿Qué ocurriría en el pueblo si ella aceptaba?

Tarareaba la cancioncilla y tomó asiento en un ribazo del camino. El pueblo se veía en la hondonada, magnífico y candoroso. Le agradaba mirarlo desde allí. Punta Alegre, asomaba blanca y coqueta, al pié del olivar.

¿Estaría allí Domingo? He ahí una cosa que deseaba con todas sus ganas hacer desde que llegó: abrazar al amigo de su niñez. Subiría. Preguntaría por él. Agradecería a Vicenta el regalo que le hizo del café. Conocería a los chiquillos. Y al ver al mayor, hasta podría decir:

-Este fué aquel del susto ¿verdad?

Y Domingo... Era fácil que a Domingo no le hiciera gracia el recuerdo. Valía más pasarlo por alto.

Su reloj marcaba las once de la mañana. Pero aquella mañana, no parecía tener horas, ni momentos; era una mañana única, esplendorosa y eterna; sentía ágiles sus piernas porque le era difícil contener sus impulsos de correr por la carretera y de saltar el vallado; sentía sus pulmones ligeros, porque la cancioncilla, parecía querer convertirse en una romanza a plena voz; sentía seguros sus ojos, fuertes sus brazos y húmeda su boca.

¡Ay, como recordaba a Lola, su gatita, en sus correrías por los campos! Punta Alegre estaba igual que la dejó en la mañana memorable: blanca la fachada y reluciente el tejado; los árboles frutales, la corraliza, el perro

atado junto a la puerta en una estaca, y la puerta abierta.

- ¡A la paz de Dios! - gritó cuando estuvo cerca.

El perro ladró avisador, y una mujer apareció en el umbral.

La reconoció enseguida; era Vicenta. Pero una Vicenta distinta de la que él recordaba; aquella fué pesada, henchida, maciza; esta, ligera, fina, casi delicada. Tan joven esta como aquella. Tal vez la cabellera no era lo suficientemente discreta como para mantener la ilusión de la juventud.

- ¡Ah!...Pase, pase, señorito Ramón.... - y al perro: - Cállate, Sultán.

Él pasó. La casa conservaba los muebles en el mismo sitio que él los viera la última vez. Se colocó en la silla más cercana a la puerta, y miró al pueblo; el recuerdo trágico de aquella mañana se levantó de repente. Los dos callaban. Los dos parecían revivir la angustia de aquellos momentos. Hasta que él, se volvió a mirarla y le preguntó:

-¿Y Domingo?

-Todavía no ha vuelto...

La voz de la mujer tenía una brusquedad insospechada, y sintió la sensación de algo arañado en su cuerpo.

-... a lo mejor mañana amanece aquí.

-¿Volverá esta tarde?

-¡Quiá!...Si llega es bien entrada la noche...

-¿Y está bueno?

-Sí.

-¿Viejo o joven...?

-Los años no pasan en balde; está como yo...

Sonrió él, galante:

-¿Como tú? ¡Si estás hecha una chiquilla!...

A la mujer se le encendió la cara y rió agradecida.

-Favor que el señorito me hace... - y luego añadió: - El señorito sí que está bien...

-¿Yo?...Me siento viejo... Esto es la apariencia; en el fondo estoy tan viejo que no sirvo para nada.

-¡Sí, sí...! Ya se vé que puede usted dar mucha guerra...

A él le pareció que el diálogo, sin importancia al parecer, poseía un fondo insidioso; tal vez por la actitud de la mujer, nada encogida; por sus miradas brillantes y huidizas; por la inquietud de sus manos. O quizá, todo fuese producto de su imaginación revuelta, o el recuerdo nuevamente de Lola, a quien le parecía escuchar: "Una belleza zafia y salvaje". -"¿zafia? La encuentro hasta delicada; siempre fué guapa; los rasgos de su cara son perfectos; la boca sensual; la barbilla, suave; el cuello, fino; el pecho, alto y duro; la cintura, estrecha..." - "Salvaje" - "Ni salvaje, ni rústica; encuentro a Vicenta deliciosa." ¡Ah, que locura! La Vicenta estaba allí a su mano, pero inasequible. por eso se atrevía a mirarla de frente mientras pensaba en

UNA MUJER AGUARDA

U N A M U J E R A G U A R D A

Te deshojé, como una rosa,
para verte tu alma,
y no la ví.

J.R.J.

11

Isabel Ruiz está inquieta. Han pasado un par de horas desde que su hermano estuvo en la casa. Llamó nerviosamente a la puerta y ella corrió a abrir la muy alterada, tanto, que, él lo notó y le hizo una pregunta, que ya era una afirmación:

-Creiste que yo era él, ¿verdad?

Sí, lo creyó tontamente; ¿por qué iba a ser él? ¿qué indicio había para suponerlo? Nada. Ni siquiera la forma de llamar. Juan, su marido, llamaba pausado, fuerte y seguro; como un amo. ¿por qué creyó, tontamente que podría ser él?

Isabel Ruiz, recorría la casa, como cada noche antes de acostarse; era este un cuidado que jamás delegó en la servidumbre; ni siquiera, cuando Juan la apremiaba - ¡ay, en aquellos tiempos tan lejanos ya! - para que le hiciera

compañía en el gabinete.

Esta noche, Isabel, repasa puertas, postigos, aldabillas y fallebas; repasa los grifos, las luces, los dormitorios. Como cada noche.

Como cada noche, no, porque está muy nerviosa.

Se detuvo en el dormitorio de Juanito que aún estaba despierto y que leía acostado.

-¿Qué lees?

El muchacho contrajo las cejas con un involuntario gesto de contrariedad que ella advirtió.

-Tengo el deber de vigilar tus lecturas...

Y se arrepintió de haber pronunciado la palabra "vigilar". Era una palabra que delante de su marido no podía pronunciar, porque él decía que le era sumamente antipática: "¡Vigilar!...!Vigilar!...Se dice aconsejar, Isabel, acompañar, amparar...pero ¡bah! tú eres mezquina..."

También el hijo le hubiera reprochado la palabra si ella le hubiera permitido la réplica. El doncel, la miró solamente, y le mostró la cubierta del libro, con lo cual, ella pareció tranquilizada.

-Debes dormirte, Juanito...

"Debes, debes, debes"... horribles palabras que salían de su boca por la fuerza de la costumbre. Quiso suavizar la entrevista, pasando sus dedos por la cabeza del hijo; él, alzó el cuello y le ofreció un beso. Isabel tomó con sus dos manos el rostro joven y lo miró unos segundos; los rasgos de su cara se contrajeron con una recóndita rabia.

-¡Mamá!.. - el doncel, le echó un brazo por el cuello y la besó cariñoso: - ¡Mamá!...

Ella se irguió después y volvió a decir:

-Duerme, Juanito...Son más de las doce...

-Sí. - prometió él, y cuando quedó solo, sacó entre las pastas del libro que mostrara antes confiado en la bondad de su título y autor, un folleto, cuya lectura lo mantendría desvelado durante muchas horas, fustigando su carne joven y fogosa, obligada a una aparente tranquilidad.

Luego apagó la luz.

Isabel entró en el cuarto de María que dormía plácida y dulcemente. La besó con suavidad.

La casa guardaba ya el más grande silencio porque dejaron de sentirse los pasos por corredores y cuartos. Isabel habíase sentado en una butaca cerca de su cama, con la luz apagada y un rosario entre sus dedos inmóviles. Se oían los ruidos de la calle, poblada de personas que salían del cine y que hablaban y reían en alta voz, y hasta silbaban alguna musiquilla.

Isabel pasó unos minutos en absoluta quietud física mientras reposaba su memoria. La memoria de Isabel era su gran enemiga. Le hacía revivir, recobrar, anhelar, para luego llevarla a la desesperación y angustia, porque

la memoria era demasiado triste y cruel.

Ella había pasado unos momentos de calma bienhechora. Escuchó el ruido callejero; vió asomar el rayo de luna por la habitación; contempló la parte en tinieblas, donde el amplio lecho se destacaba macizo y claro; se miró la falda iluminada, movió una mano y brilló atrevida la sortija costosa que adornaba uno de sus dedos; luego contempló la parte del cuarto que la luna hacía visible; el tocador, con su gran espejo y sus relucientes objetos de plata muy labrada; y entre ellos, el retrato de Juan...

Y bien, ¿por qué no se acostaba? No había razón poderosa para que ella estuviese velando. ¿qué aguardaba?

Se irritó contra sí misma. ¡qué aguardaba! Aguardaba a él. A Juan. A su esposo.

Se burló de ella misma. ¿Iba a venir quizá? ¿Se lo decía su corazón? ¿Acaso su corazón acertó alguna vez? ¿Y por qué iba a venir? ¿A buscar a sus hijos? ¿A ella?...

Nuevamente se irritó. Y se levantó para encender la luz. para analizar su figura ante el espejo.

Isabel Ruiz peinaba canas y ocultaba arrugas; ciertamente que eran unas canas discretas, ofuscadas y medrosas en la suave cabellera rubia y también las arrugas eran vergonzosas, acobardadas por cremas y cuidados delicados en su cutis que tuvo suavidades de pétalos. su cuerpo manteníase flexible y armónico y todavía despertaba admiraciones y deseos.

Sonrió con una inmensa amargura a su imagen reflejada en el espejo, y miró la fotografía del marido, en cuyos ojos parecía que brotaban unas chispitas de burla.

Isabel arrojó trémula el rosario que aún mantenía entre sus dedos, encima del sillón y alargó el cuello queriendo oír.

En la puerta de la casa estaban dando unos golpes. No se engañaba. No era ilusión. No fué deseo. Llamaban en la puerta de su casa. Era una llamada pausada, fuerte y segura. Era llamada de amor. Así acostumbraba a llamar Juan.

El corazón de Isabel, pájaro loco, saltó y brincó dentro del pecho; ella se llevó a él las manos, queriéndolo sujetar; él se le escapaba frenético al cuello, a la boca, a los labios. Sentíase desfallecer ante la certeza de la llamada.

Tán. Tán. Tán...

Y no supo, si el sonido procedía del metálico aldabón o del pajarillo atonzado que le agonizaba dentro.

pero Isabel Ruiz era una mujer valerosa y decidida, y aunque él que llamaba a su puerta nacía antes que no venía por su hogar, tuvo energía suficiente para imponerse a sí misma el camino a seguir; por eso, entreabrió la puerta del balcón y se asomó a la calle; la luna iluminaba completamente la fachada, y el cuerpo de un hombre se perfiló en la acera.

-Soy yo, Isabel.... - dijo alzando la cara, con voz firme y segura; ni siquiera un trémolo ni un titubeo de emoción.

Ella en cambio no pudo pronunciar una sola palabra; esperó unos segundos, anhelando el titubeo, el trémolo, aunque hubiese sido una fingida inquietud; tal vez, entonces, hubiera podido decir:

-Voy a abrir, Juan...

pero no lo dijo, ~~si nó en~~ su corazón, que comenzó de nuevo a encabritarse desenfrenado y quimérico. Cerró el balcón y las puertas de cristal, y comenzó a andar por la casa, encendiendo luces.

Ensayó su voz: "Juan, ¿tú...?" La voz le nació rota, y le dolió en la garganta como si en ella se hubiera partido una astilla vieja.

"Juan..." - volvió a decir. Y lo dijo muchas veces, paladeando la palabra, aunque sabía, que no le esperaba a la llegada de él ninguna alzura.

O tal vez sí. ¿Acaso, aquello no iba a tener alguna vez término? quiso recordar si en la acera había alguna maleta. Ella no vió ninguna, de eso estaba segura; pero la ausencia del equipaje no significaba nada en aquella ocasión. Lo real, lo cierto, lo inminente era que él estaba allí, tras la puerta esperando a que ella le abriese.

Y bien; ella desecharía la llave; descorrería el pestillo; tiraría de la hoja de madera; se quedaría a un lado. Igual que lo hizo la última vez, porque también en aquella ocasión llegó de noche. Ella quedaría a un lado aguardando a que él entrase; aguardando su saludo:

-¡Hola, Isabel! - habíale dicho al entrar cerrando la puerta.

Ella se apoyó en la pared, cruzadas las manos en la espalda. Y él se le acercó y la besó en la frente.

-¿Estás disgustada, Isabel?...!Ya estoy aquí para siempre!..Digo, si tú me perdonas y me admities...

Ella comenzó a llorar. ¿qué iba a hacer? ¿Como si nó iba a contener aquella pena y aquella alegría que le llegaban emparejadas?

-¿Me perdonas...? - y la acariciaba respetuoso y tierno; - si nó me perdonas no voy un paso ...No pienses que esta vez vá a ser como las otras...

Y ella se acongojaba al recuerdo cruel de las otras llegadas, con igua-

les palabras, iguales promesas, iguales caricias. Solo que, en las otras, todo habia ocurrido de dia claro y estaban los hijos delante, y las criadas y hasta visitas. Se paraba un coche en la acera y tocaba la bocina con insistencia, con machacona insistencia.

-Es papá... - decía Elisita; y saltaba los escalones de dos en dos, y se colgaba de sus hombros y lo besaba ruidosamente. - ¿Qué me traes?...? ¿Por qué has tardado tanto en este viaje, papá...?

-Es papá...- decía Juanito, y acudía sin apresuramientos, y luego le hacían mil preguntas curiosas.

-¡Hola, Isabel, ¡qué guapa estás!.. - y la abrazaba también.

Porque estaban los hijos delante ella lo recibía como esposa, prometiéndose hablarle una vez más claro y conciso.

La pobre Isabel estaba enamorada. Y ese era su drama.

En vano que se dijera que si la unión, que si la paz, que si el equilibrio; en vano que se dijera que los hijos no debían enterarse de aquello; ni los hijos; ni la familia, ni los servidores, ni el pueblo. Ella sabía positivamente que la niña barruntaba algo, y que el niño estaba enterado; Elisita, habia llegado una tarde del colegio, arrebolada la cara y temblorosas sus manos.

-¿Qué te pasa, nena?

Y la nena, corrió a su cuarto, se arrojó sobre la cama y lloró convulsamente.

-¿Qué te pasa, nena?

Solo, después de muchos ruegos, la chiquilla quiso hablar:

-Dicen las niñas que papá....

Isabel le tapó la boca con su mano y no la dejó terminar. Pero le habló persuasiva y discreta:

-¡Ah, sí, hija mía!.. Ya sé lo que te han dicho; pero no es verdad... Te digo que no es verdad. Tu padre es el hombre más bueno del mundo, y los dos nos queremos mucho, como Dios manda; pero el trabajo de papá le obliga a viajar y a estar separado de nosotros por mucho tiempo; y cuando vuelve...? tú no notas la alegría que trae?...? Tú no ves, lo contenta que yo me pongo...?

Quizá la chiquilla quedara convencida. Desde aquel momento, Isabel, decidió llevarla interna a un colegio.

Lo del muchacho fué más delicado. Tanto, que la madre no pudo intervenir. Habia oido unas risotadas en el comedor del jardín; cautelosamente fué hasta allí y quedó a la escucha: la criada hablaba con el niño:

-¿Y hace mucho tiempo que no viene?

-¡Uy!... Desde el verano... Pero ya pronto vendrá y traerá coche nuevo y a mí me traerá un reloj...

-¿Y qué hace tu papá por ahí? ¿En qué trabaja?

-¿Trabajar papá? ¡Uy! Papá es muy rico y tiene una querida...

Isabel hizo ruido para anunciarse. El muchacho abrió la puerta y salió al jardín; la criada fingió estar muy ocupada con la limpieza. También fingió Isabel; ella no había oído.

Todo era en vano; ni unión, ni paz, ni equilibrio. Ridículos sus actos, sus fingimientos, lo que llamaba dignidad y deber. Porque el drama era el amor que profesaba al marido; a pesar de su desamor, de su desprecio, de su injuria permanente.

El llegaba tras una temporada de ausencia y encontraba su hogar; perfecto, honesto, cristiano. Ni un reproche; ni una mirada acusadora; ni un movimiento violento. Cierto que la intimidad no existía. Al quedarse sin espectadores cesaba la comedia; Juan, se reclusa en su cuarto, e Isabel en el suyo. Por la mañana, ella cuidaba de que el cuarto de él apareciera en orden y la cama hecha; trasladaba sus ropas al suyo; ponía las zapatillas junto a las suyas; juntaba su pijama con su camison. Luego, su lecho olía a él; y ella hacía verdaderos esfuerzos por acallar sus pulsos y sus deseos de llegar hasta él vencida y degradada.

Los dos cuartos estaban unidos por una puertecita que solo por el lado del dormitorio matrimonial tenía un pestillo; si este no estaba corrido, se podía abrir la puertecita indistintamente por un lado o por otro. El cuarto de Juan, era el llamado cuarto de soltero y que solo se usó en los primeros años, cuando nacieron los hijos. La primera vez que Juan pasó la noche en él fué a raíz de una pelotera, porque Isabel se había creído obligada a protestar y le causó al marido tal disgusto que no quiso permanecer a su lado ni un solo momento más. Habían regresado de una fiesta campera; a Juan le gustaban mucho,

-...se disfruta de verdad; se prescinde de etiquetas; todo llanamente; todos tan alegres; disfrutando del campo...

Isabel lo acompañaba por complacerlo. Bueno, ella estaba siempre a gusto con él; a ella no le era difícil acompañar al marido; además, ella comprendió que estaba obligada a ello, porque en las ocasiones en que no pudieron ir juntos, por motivos justificadísimos, como el nacimiento de un hijo, o una enfermedad grave de algún pequeño, él, Juan, volvía muy tarde y alguna que otra vez, había vuelto al siguiente día de pasada la fiesta.

Era fatigosa tanta diversión. Además si al principio, deslumbrada con la nueva vida tan distinta de la que llevó de soltera, no se preocupaba gran cosa de las personas que rodeaban a su marido, más tarde, tuvo forzosamente que fijarse en ellas, y en las más con desagrado.

-Tienes que dejar ese aire encogido y asustadizo, Isabel...

Procuraba ella parecer desenvuelta y despreocupada.

-Tienes que vestirte más..., más a tono con los tiempos...

Isabel escogía sus trajes entre los de líneas más audaces.

-No me gusta que toses tanto cuando fumas, pareces una principiante...

Isabel fumaba un cigarrillo tras otro hasta parecer viciosa.

En lo que nunca cedió fué en la bebida. En eso, como en todo, ella habia sido muy parca. Pero le insistía y una y otra vez. Hasta que llegó la ocasión de la debilidad. Bebió. Admitió cuantas copas le fueron ofrecidas.

Fué lamentable. Juan la llevó a la casa y la acostó. Fué muy triste el despertar de la joven Isabel al verse vestida, y recordar su borrachera. Pidió perdón al marido y le pidió también ayuda:

-¡por favor, Juan, no consientas que esto ocurra más!...

Él callaba monino.

-¿qué dirán de mí?...?Hice alguna tontería, Juan?

-Te pusiste en ridículo...Me pusiste en ridículo...Chillabas y reías como una condeanada...Dijiste barbaridades...Yo estaba apabullado...Comenzaste a canatr...

-¿Canté? ¿Como es eso posible?

-Sí, y hasta cantaste con gracia, a pesar de que a mí no me nacías ninguna; parecías una cupletista de esas baratas...

-¿pero qué pude cantar...?

-Una copla de esas que se oyen en la radio...

-¿pero cuál? ¿Cual...?

-¡Maldita sea! ¡Cualquiera! ¡Una!...Te jaleaban...Y yo también tuve que jalearte...

-¡Dios mío! ¡Dios mío!

-Y bailaste - continuó con tono sombrío.

Isabel se incorporó en la cama.

-¿Yo bailé? - preguntó incrédula.

-Sí, tú ¡maldita! bailaste como un oso, pero movías las caderas con la indecencia de una tía...

-¡Jesús...!

Isabel se tapó la cara y lloró amargamente.

Desde entonces acudía a los sitios de diversión con menos entusiasmo.

Sus amigas del pueblo la envidiaban; por eso se permitían comentar irónicas:

-¡Hija, Isabel!...¡quien fuera tú!...No te ata a tu casa ni los hijos...

Alguna vez también apuntó algo Catalina, la vieja criada de la casa de sus padres. Claro que, a Catalina, jamás le gustó para su señorita, aquel señorito forastero, facnendoso y guapo.

-¿No vendrá a por tus dineros, niña? - le había dicho, recelosa más de una vez.

-¡pero Catalina, él es rico! Tú sabes que tiene cortijos en este término; tú sabes que don Federico es su administrador...

-Todo eso lo sé yo y lo sabe todo el mundo; pero también sabemos que al dinero, mientras los padres le vivan, no le puede tocar; en cambio tú, por desgracia....

No le gustaba a Catalina. Ni le gustó tampoco a Ramón, su hermano, que desde Madrid, entre otras cosas le escribía:

"...tu novio es como yo: le gusta divertirse y no trabajar."

En cambio don Miguel Ruiz no hizo ningún comentario.

Las amigas sí murmuraban; pero era la envidia que las hacía padecer: tenía un marido guapo, fino, elegante, divertido y rico. Un marido que solo pensaba en pasarlo bien pero junto con ella siempre. Digna de envidia era Isabel Ruiz.

Una noche, de regreso de una fiesta, donde se habían reunido mucha gente rara, Isabel pareció muy preocupada. Él, Juan, estaba muy cansado y se acostó rápidamente. Ella, anduvo un rato por la casa, aunque era muy tarde, dándole órdenes a la mujer encargada de la casa, y viendo a los niños. Luego entró en el dormitorio y también se acostó. Juan aún no estaba dormido. Ella le preguntó:

-Oye, ¿quien es aquella pareja que hemos conocido esta tarde?

-¿Qué pareja?

-No recuerdo el nombre; él es grueso, con calva, de edad...; ella, aquella rubia muy pintada, muy llamativa....

-¡Ah!... Rafael...; buena gente.

-¿Buena gente? ¿A qué llamas tú buena gente?...

-¡Mujer...!

-¡Habla! ¿A qué llamas buena gente?...Tú sabes lo que ella me preguntó en un momento de confidencias?

-¿Confidencias?

-Sí. Primero hablamos de trapos; luego, ella, habló de joyas y de viajes por último ¿sabes lo que me preguntó?...

-Acaba.

-Me dijo: "Oye, Isabelita, ¿ese es de verdad marido tuyo?..."

Juan se reía estrepitosamente.

-¡Qué bueno!...¡qué bueno!...

Ella se indignó:

-¿Es posible que te haga gracia? pero es que tú debes saber que ellos, Rafael y la rubia son, ¡vamos! no soy capaz de decir la palabra que les cuadra...porque yo, cuando ella me hizo esa pregunta, le contesté muy altiva: "¿Como se se atreve usted...?" y me fui de su lado. Me acerqué al grupo de Maria Pepa, y cuando encontré ocasión le hablé de lo ocurrido. -"Ah, ¿pero no te ha dicho nada Juan? pues todo el mundo sabe que la rubia esa es el lío sentimental de "rafael..." Me quedé fría...porque, lo que me espanta más, es la tranquilidad de Maria Pepa; ya ves, una muchacha de tan buena familia, con un marido excelente que la adora...

-¡Fíate de Maria Pepa y de su excelente marido!

-¿Qué quieres decir?

-Pues eso; que ni él es tan excelente, ni ella puede espantarse de nada, teniendo como tiene tanta intimidad con Quico Pelaez...

-¿Quieres decir que...?

-Sí, eso quise decir.

-Pero, como puedes aventurar un juicio tan temerario?

-No aventuro juicio, rica; todo el mundo lo sabe; hasta su excelente marido...

-Juan, y siendo eso así, como alternas tú con esa gente...?

-Mira, déjate de tonterías... Son gente de la mejor sociedad...

-¡Mentira!

-¡Ah! ¿No?

-¿Pero como has permitido que yo pueda estar mezclada con esa gentuza?

-Mira, nena; las cosas, la vida, la sociedad, hay que tomarlas como están.

-No digas sandeces, Juan. Una mujer decente, como soy yo...

-Calla, bobá; a tí, llevándote yo, no te salpica barro; porque además, ya tú has visto, todos estamos correctos, sin enismorreos, ni cosa parecida; somos amigos de toda la vida, y ninguno nos metemos en las intimidades de los otros; alternamos y lo pasamos bien, que en resumidas cuentas es a lo que vamos...? No te ha parecido siempre que María Pepa es una chica monísima y que su marido es un marido excelente? ¡Pues entonces...!

Pero a Isabel no le convencieron sus argumentos e intentaba rebatirlos. Hasta que llegó a agotar la paciencia de Juan, que malhumorado le dijo:

-¿No me dejarás dormir con tus mojigaterías? ¡Qué pesadez de mujer!

Se levantó. Anduvo hasta la puertecilla; la empujó violentamente y aquella noche durmió en el cuarto de soltero.

Isabel espació las salidas con su marido. Le propuso a Juan un viaje largo: a Roma, a París; a algún sitio que los alejase del peligro que ella creía ver; caviló muchas noches y muchos días, hasta que un día planteó el viaje. Juan se echó a reír.

-¡No pides tu nada!...!Un viaje al extranjero! ¡Cualquier cosa!... Habla con el administrador y él te cortará los vuelos... Nosotros no nos podemos permitir esos lujos, nena...

¿En qué se gastaba tanto dinero? En la casa, no; ella cuidaba del último céntimo y seguía de cerca el orden económico; tampoco en joyas; ella tenía muchísimas heredadas de su madre y de sus abuelas y Juan no le hizo más regalo que el abrigo de piel; tampoco era tan extraordinario su gasto de ropas como para agotar unas rentas tan grandes. ¿Jugaba Juan? ¿Jugaba...? La duda comenzó a inquietarle y la hizo vigilar y observar. Luego decidió pasar por todo y acompañar al marido en todas las ocasiones.

pero ya él no parecía muy satisfecho con su compañía.

-...comprende, mujer, nos vamos a juntar una partida de amigos del cole-

-¿Van señoras?

-Supongo... Si vá alguna será, ya tú sabes...

-A mí no me importa; nalgo como que no me entero...

-¡Ni hablar! Prefiero quedarme en casa...

Él no se quedaba. Se quedaba ella. Aguardaba ella. Se impacientaba ella. hasta al día siguiente no aparecía Juan.

Así empezaron sus primeras salidas. Así fueron de rápidas las primeras vueltas.

La vez que tardó una semana, ella le habló:

-Me has tenido intranquila. debiste avisarme. Me pones en un apuro tremendo cada vez que alguien me pregunta por tí. "¿Dónde está Juan?" - "En Sevilla." Y yo misma me preguntaba "¿Está en Sevilla? Pero, Dios mio, ¿Dónde? ¿En qué sitio de Sevilla?"

Juan salía sin avisar. como el que vá a dar un paseo. Llegaba a la cocina y sacaba el coche y no volvía a su casa. Al regreso, se mostraba carinoso con los hijos, que lo adoraban, y cortés con su mujer. A la muerte de sus padres heredó y tuvo más libertad; entonces se abrió más la zanja que a los esposos separaba; las ausencias se iban dilatando; de días, pasaron a semanas, a meses, a años.

Una noche llamaron en la puerta. Era él. Más de dos años hacía que no había vuelto. Isabel conoció la llamada y se apresuró a abrir. Creía firmemente que su penar había acabado; que el buen cauce, se abría para el marido; que todo volvería a renacer; su sacrificio, su silencio, aquella humildad que tanta gente le criticara, iba por fin a conseguir un premio. Decididamente, ella allanaría el camino; le daría facilidades para recorrerlo; su deber de esposa y de madre, lo exigía así. Y todo acabaría. Y todo se daría al olvido.

-¡Hola, Isabel - dijo entrando en el zaguán.

Ella se había apoyado en la pared, con las manos cruzadas en la espalda. Él se le acercó y la besó en la frente.

-¿Estás disgustada, Isabel?... ¡Ya estoy aquí para siempre!... Digo, si tú me perdonas y me admities....

Ella comenzó a llorar. ¿qué iba a hacer? ¿Como si nó iba a contener aquella pena y aquella alegría que le llegaban emparejadas?

-¿Me perdonas? - y la acariciaba respetuoso y tierno - si nó me perdonas no doy un paso... No pienses que esta vez vá a ser como las otras....

-Te perdono siempre... - pudo al fin decir.

-¡Bendita seas...!

A ella le gustaron estas palabras y se acercó a él confiada.

-¿Y los niños?

-Ven a verlos.

Isabel iba delante, fino y grácil su cuerpo; vestía una elegante bata y calzaba unas zapatillas rojas; estaba pálida; muy pálida, pero le orillaban

los ojos con intensidad. Se detuvo en la puerta del cuarto de Elisita, y se puso un dedo en la boca, para indicarle que no hiciera ruido. Entraron, y los dos se pararon delante del lecho; Elisita dormía descuidadamente; la primavera estaba muy adelantada y a la muchacha le estorbaban las ropas; la madre le tapó los hombros y como ella hiciera un movimiento, apagó rápidamente la luz; por eso le tendió una mano a Juan, y lo guió a tientas por el cuarto para evitar que tropezara en la oscuridad.

-Es ya una mujercita, ¿verdad, Isabel?

-Sí.

-Y muy guapa; sigue pareciéndose a mi madre.

-Sí.

-Yo creí que estaría en el colegio.

-Sí. Pero tiene vacaciones.

Se habían parado en el corredor, donde solo permanecía encendida una suave luz.

Isabel le soltó la mano. La mano de su marido parecía estar recorrida por un fuego, que le hizo temblar la suya. O acaso todo fuese ilusión. A ella no le era permitido pensar en esas cosas. Aunque él volviese dispuesto a reanudar lazos, aunque ella estuviese decidida a facilitar y allanar sus pasos, no debía en modo alguno, consentir en ser la primera. Por eso soltó la mano. Por eso le recorrió el cuerpo una llamarada de inquietud.

Deseaba que él hablase mucho. que se formase allí mismo una conversación muy interesante sobre los hijos, y los parecidos, y la forma de ser de ellos. pero Juan, se había callado de repente, y ella no atinaba a decir palabras.

Y comenzó a andar de nuevo.

Entonces, él, dijo dando unos pasos por el corredor:

-Todo está igual...

Ella se detuvo:

-Sí, - musitó, y espero a que siguiese.

-Me gusta nuestra casa, Isabel. Es señorial y elegante.... - se acercó a una ventana y la entreabrió.

La noche era clara aunque no lucía la luna. Los hierros de la ventana, se destacaban como fuertes líneas entintadas sobre el fondo blanqueado de la pared del patio.

-Hace un tiempo delicioso, ¿verdad, Isabel?

-Sí.

Él se había asomado al patio queriendo verlo.

Isabel estaba en medio del corredor. La silueta del esposo se recortaba en la penumbra, fuerte, ágil y natural. Pero a ella le parecía un sueño. ¡Después de tanto tiempo! Allí estaba, sencillo, cordial, como si nunca hubiese faltado. Lleno de cariño a lo suyo, a su casa, a sus hijos, a su mujer. A su mujer también, ¿por qué nó? ¿acaso lo llamó ella? ¿no se presentó allí voluntariamente?

?no le habia pedido perdón? ?no dijo que nunca más volvería a faltarle?

Pero de pronto a Isabel le entró una preocupación, un desosiego enorme: ?qué habia ocurrido en la vida de él para hacerle volver? ?una llamada de Dios? ?un renunciamiento voluntario? ?un desengaño cruel? ?una enfermedad?

Anduvo unos pasos, presa de súbita agitación y se puso a su lado en la ventana, y aspiró disimuladamente el olor de su cuerpo; porque si su mano le pareció excesivamente caliente, podría ser efecto de alguna fiebre; y tal vez su olor estuviese impregnado del olor del medicamento.

pero Juan solo oía a él mismo. Se convencía mientras aspiraba con deleite.

-Huele bien el patio, ?verdad, Isabel? ?Tienes muchas flores?

-Sí... Es que estamos en primavera.... - y dijo después:- ?No quieres ver a Juanito?...

-Sí, claro...Pero me gusta disfrutar de esto tambien... - se habia vuelto de espaldas al patio, reclinado sobre los barrotes; le blanqueaba la camisa, y percibía la mujer muy cerca su respiración, fuerte y acompasada: - No puedes imaginarte, Isabel, el bien que me hace este ambiente tuyo...La paz, y la tranquilidad que se gozan a tu lado...Tú eres un sedante...!Cuanto te agradezco que me recibas como lo estás haciendo, aunque yo no lo merezca!.. Ya te contaré un dia, ya te contaré...Yo estoy asomado a un precipicio y solo tú puedes salvarme...

Ella lo escuchaba arrobada. Pero ella pensaba qué debía decirle algo; no sabía qué; algo, que le diera a entender, que habia sufrido mucho, y que le costaba trabajo recibirlo así, despues de tanto tiempo; que lo hacía por los niños...

...porque la verdad está a tu lado..; todo lo demás es mentira y burla. por eso, Isabel, yo te pido comprensión...

Él habia puesto una mano sobre su hombro y ella se estremeció violentamente.

-?qué te pasa?

-!qué frío!... - y se cruzó sobre el pecho el cuello de la bata.

Él la empujó suavemente y cerró la ventana.

-?Te ibas a acostar cuando yo me llegado?

Isabel enrojeció mientras intentaba arreglar los pliegues de sy ropa.

-Vamos a ver a Juanito - prppuso él.

Comenzaron a andar muy juntos. Así entraron a ver al niño que dormía, revuelto el cabello, extendidos los brazos y las piernas, con la ropa arrugada y colgando por el suelo.

Sonrió el padre y afirmó:

-guerne de la misma manera que yo .. Es como si durmiera en esa cama un potro...

Ella dijo suavemente:

-Se parece en todo a tí...

-Sí - contestó orgulloso el padre: - Así era yo a su edad...!Qué largo está...!

-Está altísimo...

-¿Es buen estudiante?

-Yo procuro que lo sea...

-¡Cuanto vales, Isabel!... - y se acercó a ella para besarle agradecido las manos.

Ella no pudo más y apoyó la cabeza en el pecho de él y lloro tierna.

Juan sacó a su mujer del cuarto del muchacho, abrazándole la cintura, y la acomodó en una butaca del corredor. Luego volvió a entrar para apagar la luz, en el dormitorio.

El reloj dió una hora.

-¿Cuándo has llegado?

-Ahora. No me he detenido en ninguna parte. Vine directo desde Sevilla.

-¿Traes equipaje?

-Me lo facturarán un día de estos.

-¿En donde has venido?

-En taxi.

Isabel estuvo a punto de preguntar: "¿No tienes coche?" pero pensó, que sería mejor y hacerle comprender que estaba enterada del por qué de la vuelta; porque sin duda, la pobreza era la que le devolvía el esposo, ¡bendita pobreza que le nacía a todos tanto bien!

Juan prosiguió:

-...tuve que alquilar un taxi, porque tengo el coche en reparación.

-¡Ah!... - lo dijo sin disimular su alegría; y luego: -¿quieres tomar algo? ¿Tienes necesidad de alimento?

-En absoluto...Solamente sed...

-¿Un refresco? ¿Una naranjada? Tengo también limones...

-Agua, solamente agua...

-¡pero no tengo en la nevera!...A tí te gusta muy fría...

-Me dá igual...; como esté....

-¡pero con este calor que hace. ... - y se arrepintió enseguida de decir lo.

-¿Ahora tienes calor, Isabel?

-Lo dije por tí...

-Dame agua...; como esté ...

-Esperame; voy a la cocina por ella...

-Voy contigo...

Ella bajaba la escalera muy deprisa y agarrada a la baranda. Él, que corría más, la alcanzó y llegó el primero.

Una puerta cercana, se abrió y se escuchó una voz alarmada:

mo un enjuijo, para llegar antes que ella a la cocina. Y luego, lo causca que había resultado la presencia de la criada, con los cabellos revueltos y las carnes mal tapadas. Y luego, el guino tan repícaro que él le hizo, sin que la muchacha se diera cuenta. Y justo, en el momento que ella se había enganchado en la manivela aquella, y se le habían quedado las piernas casi expuestas. A él se le abrieron más los ojos, y enseguida se puso a alcanzar un vaso para llenarlo de agua y beber.

Nerviosísima estaba. No le sería fácil encontrar el sueño. Todo aquella noche sería pensar y pensar. En el despertar de los niños. En el despertar de él. porque él dormiría, seguramente. Y puso especial atención a los posibles ruidos en el cuarto contiguo.

Nada. Ni siquiera luz por las rendijas. Él, habría encontrado enseguida su pijama, las zapatillas y el batín. Todo estaba preparado aguardándolo desde que se fué. Ya estaría acostado. quizá durmiéndose. Sin remordimientos. parecía un inconsciente. No tenía idea del mal, de la culpa. Como un niño. Sí, era un niño más que cuidar y que querer. Un niño que le hacía sufrir más que los otros. Y ella lo quería. Ciegamente. Absolutamente. Como era.

El tiempo no había mella en él. Solo las patillas un poquitín blancas, que le daba un aspecto más interesante y seductor; parecía gozar de la misma ~~inextinguible~~ envidiable salud que siempre disfrutó; la misma fuerza en sus brazos y en sus piernas; el mismo calor en sus labios; la misma quizura y halago en sus ojos.

Ella era una pobre mujer enamorada. Una pobre mujer que temblaba pensando quiméricamente en la posibilidad de que aquella puertecita se abriera...

pero bueno, aunque lo pensase y lo deseara, no pasaba de ser un sueño. Si en la realidad ocurriera, ella encendería la luz, y le diría altiva o no altiva, pero sí, segura y decidida: "Mañana hablaremos, Juan; quédate en tu cuarto." Y luego cerraría el pestillo. Las cosas había que hacerlas bien. Su dignidad de mujer exigía aquello.

En la habitación contigua se había encendido una luz.

Isabel se sobresaltó.

¡Tonta!

Juan se había sentado en la cama y se calzaba las zapatillas que se sintieron arrastrar. Luego anduvo. Crujieron unos muelles; los del sillón. Luego el chasquido del mechero. Juan fumaría. Estaba también nervioso.

Isabel sintió mucho frío en los pies y se encogió cuanto pudo, y así pasó un rato sin conseguir entrar en calor.

La luz de Juan se apagó. Sintieron sus pasos nuevamente. También se sintió la manivela de la puertecita.

Isabel se incorporó en su cama y encendió la luz.

Juan estaba allí.

El nuevo día se presentaba con rapidez.

Isabel se irguió suavemente en el lecho y abrió más sus ojos para mirar con avidez.

Junto al suyo, descansaba el cuerpo de Juan, que todavía dormía.

Isabel lo escudriñaba con amorosa solicitud; como si estudiara cada rasgo de su rostro. ¡Como había pasado el tiempo! Por la noche apenas pudo advertir cambio en su esposo; solo extrañó unas leves y seductoras canas en las patillas. La luz del día iba descubriendo pequeños estragos, porque había muchos cabellos blancos en su cabeza, algunas arrugas alrededor de los ojos y de la boca y en la misma boca brillaban el oro de algunas piezas; Isabel iba descubriendo un nombre nuevo; un hombre desconocido. Ella recordaba al nombre de la juventud, de piel estirada y cabeza negra; también en su pecho clareaba el ~~pecho~~ fuerte vello; ella le cerró y abrochó más el pijama y luego intentó levantarse aunque aún era muy temprano; sin querer movió el colchón; Juan se agitó nerviosamente y ella quedó quieta cubriéndose púdicamente con las sábanas ¿y si él despertase y la viese así? Juan seguía moviéndose y sus manos ~~palpa-~~ palpaban torpemente en las ropas hasta que llegaron a su cuerpo; entonces, se acercó a ella, apoyó la cabeza en su hombro y pasó un brazo a través de su vientre. quedó sobrecogida de emoción. Juan dormía. Juan había hecho aquellos movimientos quizá por costumbre. Justamente. Ella no recordaba si era así como dormía antes. Antes, llegaban cansados a la cama; ella se dormía primero y él quedaba leyendo un ratito; por la mañana ella se levantaba con mucho cuidado y marchaba a Misa; a la vuelta, aún dormía él, pero en medio de la cama, casi ocupándola por entero. No recordaba que él hubiese buscado su cuerpo; esa, era sin duda una costumbre adquirida con la otra mujer. ¡Con la otra mujer! Sin duda alguna. Y ahora estaría soñando con ella, y esta respiración acompasada que soplaba en la carne de su hombro, y este ~~abrazo~~ abrazo de sujeción, y estas piernas amigables paralelas a las suyas...; todo, todo, aunque le pertenecía a ella, le era ofrecido a otra mujer. ¡Oh, la rabia, de tener la certeza de esto!

pero, ¡qué le iba a hacer! Así fué antes. Así fué todo aquel tiempo. ¿Cuántos años? Muchos. Muchísimos. Los niños eran pequeños y ya estaba muy crecidos. Todo había que olvidarlo. En adelante, todo había de ser como en aquel momento era. Se movía con suavidad, y el cabello de Juan le cosquilleaba en la garganta, y la impresión era tan agradable, como si los dedos de él anduviesen amorosamente hurgándole en el cuello y en las orejas. dulcemente lo miró, y se le apeteció besar la frente, y pasar su mano libre en caricia sobre su pecho. No se atrevía. No quería romper el encanto de aquella unión; aunque fuese neci-

por la fuerza de la costumbre; aunque el cuerpo que él quiso retener no fuese el suyo. pero el gozo físico era de ella. Y la esperanza de que siempre fuese ella en adelante la única mujer en la vida de Juan.

Un brazo tenía Isabel libre; el otro se aplastaba bajo el peso del cuerpo de él. y esto comenzó a ser una molestia, sin que dejara a la vez de ser un placer sentir el latido del otro cuerpo; era un dulce martirio.

La luz entraba ya con fuerza, y la campana de la Iglesia tocaba para la primera Misa.

Ella pensó levantarse para ir y agradecer a Dios el bien que le volvía a mandar; a la vuelta, prepararía a los niños para que le hicieran un buen recibimiento a su padre. Sí; todo eso era el programa que debía seguir, pero, ¿cómo desligarse voluntariamente de aquel abrazo? ¿cómo separar su cuerpo de aquella cabeza tan querida? Y la volvió a mirar dulcemente conmovida. Era el mismo hombre de la juventud, el del perfil correcto, el de la boca golosa, el de la barquilla dominante; recobraba al nombre antiguo que antes le pareció nuevo y distinto porque en su cabeza brillaba plata y en su boca oro. ¿Cómo se iba a separar de voluntad? ¡Ah, la dulzura de aquella caricia incansante!

Quedó su mano libre en el aire, porque no se atrevió a posarla en la frente de él. El otro brazo continuaba con su lento martirio. Era martirizante la hormiguita que le invadía desde la punta de los dedos hasta el codo, y que amenazaba con subir hasta el hombro. Intentó acomodarlo en un huequcito que quiso hacerle. El abrazo se aflojó y la mano de Juan se deslizó de su cuerpo. Ya tenía un hueco y podría normalizarse.

pero no fué así. ¡Ah, que terrible sensación en el hombro! Como si se lo estuviesen aserrando. por eso tal vez la cabeza de Juan le pareció de pronto terriblemente grande y pesada.

Él dormía con placidez animal. Y ella por fin se atrevió a posar la mano libre en su frente con una caricia maternal, y luego, su pecho se movió con un suspiro de satisfacción. ¿quien más feliz que ella en aquellos momentos? Muy feliz, muy feliz, pero el hombro le dolía demasiado. Sonrió. ¿Y si se retirara de él? podía despertarse. Bueno. pero, ¿y si extranase el sitio y la extranase a ella también? ¡qué violento! Mejor era esperar.

Mejor era esperar, pero el hombro le producía una sensación terrible. Se retiraría con suavidad. Lo intentó sin conseguirlo, porque había perdido la propiedad de aquel miembro. ¿qué hacer?

Hizo por fin un doloroso esfuerzo y separose de Juan. Él ni siquiera lo advirtió; su cabeza se cansó en la almohada.

Isabel intentó recobrar su hombro frótandolo fuertemente. Luego se echó de la cama. En el armario se reflejaba su figura; se miró con detenimiento y se puso la bata y calzó las zapatillas.

Un sentimiento de pudor la atemorizó de pronto. ¿Cómo sería el despertar? El amanecer de su primer día de casada, fué más sencillo que iba a ser aquel,

por eso sintió un calor en su cara y se le vió roja, encendida, como una amapola. De puntillas salió de su cuarto y entró en el otro; las ropas de aquella cama estaban revueltas y sobre el cenicero de la mesita de noche había un cigarro aplastado a medio consumir; puso en orden la cama, recogió el cenicero y salió por aquella puerta al corredor para ir al cuarto de baño. Las campanas sonaban otra vez, pero ya, por mucho que se apresurase no llegaría a tiempo de oír la primera Misa.

La claridad del nuevo día era hermosa. Isabel, se acercó a la ventana que daba al patio y la abrió; el patio tenía fragancias de jardín y ella respiró con voluptuosidad: ¡qué bien! ¡qué distinta ya su vida! Tendría interés todo para ella: las flores, el aire, la luz.

Pensando en esto, casi desaparecía la inquietud que le rondaba con el despertar de Juan y de los hijos. Casi no se estremecía al considerar cómo iba a ser el encuentro con él, tras la unión de la noche pasada, y el rubor se transformaba en una turbadora voluptuosidad que la estremecía de los pies a la cabeza.

Se apresuró a arreglarse y salió a la calle cuando ya salían también las madrugadoras feligresas de la primera Misa. Casi se alegró porque entre ellas vió a María, su amiga, y al darse los buenos días, le dijo llena de gozo:

-¿Sabes, María? Anoche vino Juan....

-¿Qué me dices? ... - y se alegraba la amiga sinceramente.

-Vino anoche. . . .Creo, María, que ahora vá de veras...

-¡Cuanto me gusta la noticia!

-Vengo a la iglesia a darle gracias al Señor... Estoy tan contenta...

Y le dió gracias al Señor. Todo el rato permaneció de rodillas al pié del sagrario. Dando gracias y recordando y saboreando sus horas felices.

"¡Oh, Señor, perdona hasta delante de mí, mi pensamiento esté lleno de Juan!"

porque era como si de nuevo comenzaran los necios de la noche pasada: Juan, tan, tan. . . . Llamaban a la puerta y era él. "¡Señor, era él!" La oesó le pidió perdón. Ella lloró. ¡Como lloro ahora, Dios mío, de felicidad! ¡Oh, y cuando corría por la escalera! Fué gracioso aquello. Y luego... Ella no pensó que las cosas ocurrieren como ocurrieron. Él se quedó en el cuarto de soltero. "Tú sabes, Señor, lo que lucó Juan allí solo" ¿pero, contar a Dios nada? Gracias y gracias. ¡Qué mezquino es el cuerpo que solo entiende de satisfacciones propias. En el necio de la vuelta, había que buscar más fondo, había que ir hasta la entraña espiritual; y esta era la familia creada ya, el ambiente que no estará desde entonces, formado en falso, si nó sobre los dos grandes pilares que son el padre y la madre; el hogar cristiano, espejo de virtudes. Por esto venía a agradecer y debía de avergonzarse que lo demás llenara su corazón. "porque soy mezquina, Señor."

Mezquina se llamó muchas veces. Mezquina y ruin y miserable. Y se lo siguió llamando, cuando se levantó para irse. "Tú lo sabes todo, Dios mío, y por eso comprendes que te deje con prisa; deseo estar allí, con él, con Juan; tú perdona mi mezquindad."

En la casa, la estaba esperando la moza, a la puerta de la cocina.

-Buenos días, señora...!qué susto pasamos anoche!.. - y luego añadió, extranamente convida, - ¿Está bueno el señor?

-Sí; está bien; gracias.

-¿preparo los desayunos?

-Es temprano. prepáralos a la hora de costumore...

Y ella subió al piso y entró luego en su cuarto, sin haberse quitado el velo, todavía con el rosario y el misal en las manos.

Juan dormía en medio de la cama, casi ocupandola por entero. A Isabel se le humedecieron los ojos con ternura. Era el mismo de antes, retozón, como un animalillo joven.

Solto el libro y el rosario, se despojó del velo, y se sentó en el borde de la cama. Así permaneció mucho rato. Anhelando y temiendo el momento en que él abriese los ojos.

Al fin llegó. Ella se estremeció violentamente y deseó no estar allí. Pero eso se levantó, anduvo unos pasos y describió un poco las cortinas. La claridad era bastante, pero delicada. Ella no tuvo valor para observar la reacción de él; su desconcierto, su asombro e su contrariedad.

pero la voz de él sonó al ratito, un poquito ronca.

-Isabel, buenos días.

Ni entonces se volvió para mirarlo, porque sabía que su cara estaba intensamente arrebolada.

-¿Es muy tarde, Isabel?

-No. Es muy temprano... - y se volvió de frente para decirle: - ¿quieres seguir durmiendo?

-No.

Y luego los dos callaron.

-¿te levantarás?

pareció él dudar.

-Pues sí..., sí...

-Voy a prepararte el baño... Y luego hablaré con los niños...!Se van a poner más contentps!...

Salió Isabel por la puerta del propio dormitorio, y comenzó a disponerlo todo asaltada por una timidez inesperada que aumentaba a medida que se acercaba la hora de despertar a los niños.

Y ellos recibieron la noticia con el natural júbilo, y saltaron de la cama y se arreglaron con rapidez increíble. Los dos a la par se apresuraron por el corredor luchando entre ellos por cual sería el primero en entrar para aor

abrazarlo. Así, golpearon la puerta del cuarto de soltero.

Isabel con inconsciente satisfacción, los orientó:

-No está ahí...Ha dormido aquí...Ha...

Y súbitamente cortó la frase que iba a decir: "Ha dormido conmigo", porque advirtió, que el rostro de la hija se había vuelto como el granate, y que los ojos de Juanito, se posaban azarados y huidizos sobre los cuadros que colgaban de las paredes.

Apareció Juan; abrazó a los hijos; sonrió a la mujer.

¡Ah, Juan, que dominio poseía! ¡Y como era capaz con sola su presencia de evaporar rubores y timideces!

El desayuno fué ameno porque él estaba allí, llenando el comedor con sus risas y con sus palabras alegres. Los chiquillos estaban de fiesta. La madre procuraba a pesar de todo, no intervenir en la algazara.

-Bueno, papá, esta ha sido una sorpresa demasiado feliz, ¿verdad?...Y yo presentía esto, ¿verdad, mamá? - decía Elisita - ¿notaste que yo estuve ayer nerviosísima todo el día...?

Sonrió Isabel asintiendo.

-...porque papá, es que el corazón anuncia siempre ¿sabes?...!Si vieras cuanto voy a sentir que se acaben las vacaciones!... - lo decía con profunda tristeza.

-No vayas más al colegio - aconsejó Juan.

-¡Oh, papá, qué cosas dices!...!Si se pudiera hacer siempre nuestros deseos!...Debo ir al colegio...

-Los deberes son antipáticos - sentenció Juan.

Todos callaron pesarosos.

Fué Isabel, la compasiva:

-Tú, Elisita, lo pasas muy bien. Ahora los colegios no son como eran antes...Yo recuerdo, que ingresábamos en octubre y salíamos en diciembre; volvíamos en enero y ya nos quedábamos hasta julio... En cambio, ahora... No puedes quejarte, porque vienes con frecuencia y yo voy a verte muchas veces...

-¿Cuándo tienes que ingresar, Elisita?

-pasado mañana es el día trágico... - suspiró graciosamente la muchacha

-Bueno, pues procuraremos que lo pases lo mejor posible...por lo pronto después de almorzar nos daremos un paseo largo en coche y merendaremos donde nos coja la hora...

-¡Qué los papás simpáticos! - era Juanito, que en su entusiasmo se había levantado para darle un abrazo. - porque supongo que llevarás a mí también; y supongo también que mamá me perdonará hoy las clases ¿no?

-Sí; mandaré recado al profesor para que hoy no venga.

-Gracias, mamá guapísima.

También le dió otro abrazo a ella. Y ella estuvo a punto de fastidiar

la escena, con unas imprudentes lágrimas que corrían presurosas para desbordarse por sus mejillas.

Juanito hablaba dominador; Juan, lo escuchaba complacido.

-¿Has traído cocne, papá?

-No. Está en reparación.

-Bueno, pero aquí en el pueblo, el asunto de cocnes está ahora fenómeno. Figúrate, papá, que en la acera del Gallo hay una parada con más de doce cocnes, todos nuevos y estupendos. El pueblo ha progresado mucho. Además, si por casualidad no hubiera ni uno disponible, en el bar del Gallo, piden inmediatamente por teléfono a Jerez o a Sevilla.; no hay problemas... Bueno, papá, otra cosa importante que tenemos que tratar...

-Tú dirás...

Sonrió el chiquillo, y dijo luego guiñando:

-Tú sabes que mamá es virtuosamente tacana...

Juan lanzó una carcajada. Elisita se puso muy seria. Pero Isabel también rió.

-Sigue muchacho, sigue..

Y la madre:

-Este Juanito dice unas cosas... - Y decía entre tanto, mentalmente, "Es igual que el padre, igual..."

-pues digo eso; que gracias a la virtuosa tacanería de mamá, tu hijo no tiene a estas alturas, cuando sus estudios son pasables, su conducta casi ejemplar, y el progreso del pueblo vá que chuta con esas nileras de cocnes que adornan las aceras del Gallo, tu hijo, repito, no tiene ni una moto, ni una vespa, ni siquiera un discuter...

-Cuenta con el cacharro que prefieras, muchacho...

Isabel estaba muy contenta, y su timidez iba desapareciendo gradualmente, considerando extasiada, con el cuadro familiar que sonó siempre.

Todo parecía ir encajando perfectamente y le parecía imposible tanta facilidad para su dicha.

Durante el almuerzo volvieron a hablar del paseo en cocne, y de si sería conveniente preparar una succulenta merienda.

-Merendaremos en cualquier parte... En Jerez, por ejemplo... O en el cortijo del abuelo.... No hace falta que prepares nada, Isabel...

Todo discurría por cauces benignos y placenteros. En la sobremesa, sonó el timbre del teléfono. Isabel acudió como siempre. Y volvió al momento, diciendo:

-Es para tí, Juan.... Te llaman....

Juan se levantó. Isabel no volvió a sentarse, desapareciendo por los cuartos de la casa.

Los muchachos aguardaron impacientes. Pasaron unos minutos; por fin se decidieron a entrar en el gabinete:

-Bueno, 'papa, ¿se nos estropea la excursión?

-¿La excursión?... - preguntó a su vez, desmemoriado.

-¡Oh, papá!...

Juan no ocultaba su preocupación y una arruga vertical le atravesaba la frente. Meditó unos segundos. Luego se decidió:

-Busca un coche, Juanito... Y tú prepárate Elisa, que salimos enseguida..

La niña llamó alborozada a la madre:

-Date prisa, mamá, que nos vamos, y todavía tienes que arreglarte...

Isabel dijo blandamente:

-No podré.... Ir vosotros solos con papá...

-¡Oh, así no tiene gracia!

La madre quedó en la casa, con una nueva tortura que quería a toda costa disimular; con una tristeza que la acompañó toda la tarde. Hasta que ellos volvieron del paseo y hasta que nuevamente se reunieron en la cena.

Todos traían las caras alegres, y además el padre parecía cansado. Se le notaban ya los años, pensó Isabel. Y cuando Juanito, quiso convencer al padre, para que fuesen todos al cine, ella intervino:

-Ya está bien por hoy... - y calló enseguida por un doble motivo: podrían interpretarse mal sus palabras: tal vez Juan creyese que ella lo encontraba envejecido-¡qué disparate!-o tal vez creyese que ella deseaba que pronto les llegara intimidad,-¡qué vergüenza!

pero él, parecía de la misma opinión de su mujer:

-por hoy ya está bien, muchacho...

-¿Y mañana....?

¿por qué tardó tanto en contestar? Los muchachos no alcanzan a comprender cuando una pregunta puede resultar excesivamente indiscreta. ¿No comprendía Juanito, que a su padre le era muy violento, presentarse así, en público con sus hijos representando por primera vez el papel de padre amantísimo? por eso sonreía Isabel, y nuevamente ayudó:

-Mañana hablaremos... Conviene que repases tus lecciones antes de acostarte, porque mañana tienes que volver a la normalidad...

-A la rutina querrás decir, mamá.

Isabel volvió a sonreír, venturosa. Las sombras inquietantes que le amenazaron durante el día, iban desvaneciéndose poco a poco. La inquietud, que se plantó como un toro bravo en su corazón desde que el timbre del teléfono sonara, se estaba desplazando.

-¡Ah, papá - era Elisita, colgada de su cuello, con los ojos brillantes de lágrimas y con un trémolo angustioso en la voz.-:¿prometes visitarme en el colegio?

Juan la apretó contra su pecho y le dijo:

-¡Tonta!...

A Isabel le supo mal la salida sentimental de la niña.

La casa quedó sin las risas de los muchachos. Toda la rutina de antes, fué acomodándose en cada sitio. Abajo, la servidumbre finalizaban las faenas. Fueron apagadas las luces. Se revisaron puertas, ventanas y grifos. Quedó todo dispuesto para el día siguiente.

Juan estaba en el gabinete; la radio encendida y un periódico en la mano.

Isabel asomó allí su cabeza, indecisa. ¿Qué haría?...¿qué haría?...No encontró una solución elegante. Sentarse con él para escuchar la radio, era una postura falsa; intentar leer, más falsa aún; continuar su labor de punto, completamente noño y risiolo. ¿qué haría...? ¿qué haría...?

-¿Vas a entrar, Isabel?

Entró muy suavemente; la luz daba completamente en círculo sobre el sillón en que él estaba sentado, y se le advertía una palidez muy grande.

La mujer se enterneció; nuevamente le pareció un niño muy necesitado de amparo; él se lo había dicho la noche pasada: "Isabel, estoy sobre un precipicio y solo tú puedes salvarme". Por eso estaba a punto de decirle: "Confía en mí; cuéntame lo que te ocurra." pero no se lo dijo. Era mejor no hablar. Las confianzas vendrían con el tiempo. Y aunque no llegaran nunca. A ella le bastaba con tenerle allí; con saberlo en su hogar; con oírlo charlar con los niños. Ella no contaba. No quería contar. Su amor era tan grande, tan puro, tan noble, que encontraba satisfacción con la esperanza. ¡qué bonito nombre! Vivir y esperar.

-Estoy cansada, Juan, y me voy a retirar...

Dijo eso sin ser verdad. Ella no estaba cansada. Pero lo estaba él; por eso tenía la cara pálida y los ojos hundidos. Ella no lo estaba, pero al decirlo evitaba que él lo dijera, como a modo de disculpa. Todo era mejor así; saciando aguardar.

-Buenas noches, Juan...

-Buenas noches, Isabel... - y al decirlo, púsose en pié con cierta precipitación.

Ella acercó su frente a la boca de él. Él la besó. Tenía los labios como dos filos de mármol.

Isabel esperó, fingiendo dormir, en su cama. En la casa reinaba una profunda tranquilidad; tanta, que hasta el tic tac del reloj del corredor, sentíase como si estuviese sonando allí dentro.

Ella fingía dormir. Seguiría fingiendo cuando él llegase. No había que hablar ¿para qué? Las palabras a veces son peligrosas. Él, estaba bajo la impresión de una nueva vida; seguramente pensaría en su pasado; seguro que hacía proyectos para el porvenir. ¡pobre Juan! sufría. Se le notaba el sufrimiento. Aunque él quería a toda costa sobreponerse. También ella sufría. Y también sufrió mucho, cuando escuchó el teléfono; acudió a él sobresaltada y embargada de temores.

-Conferencia de Sevilla...

Un sudor frío la había invadido en el momento. Y luego, al otro lado, una voz desconocida - (¿de nombre? ¿de mujer?) - preguntaba por don Juan Hortá; y no quiso saber más; presintió la amenaza, el peligro más grande. No tuvo valor para preguntar; ni lo tuvo para escuchar. No le volvió la calma y la confianza, hasta que vio a Juan charlar con los niños para emprender la excursión. ¡Ah, en lo sucesivo tendría muchos sinsabores similares! pero, ¿qué era eso, comparado con la felicidad que penetraba en su hogar?

Pasó mucho tiempo. Ella no podría dormirse porque estaba muy nerviosa. Más nerviosa a medida que pasaban los minutos. No estaría tranquila hasta sentirlo dormir a su lado.

¿Un ruido?

Sí...

¿Unos pasos?

Los de él...

¿Se acercan?

Sí.

¿Se detiene?

No.

¿Entra...?

No.

¿Siguen los pasos?

por el corredor adelante...

Seguro que está malo. Por eso baja la escalera. Irá al comedor. Y vá cauteloso, evitando los ruidos para no despertarla a ella. ¡qué delicadeza!

pero Isabel se lanza de la cama, calza las zapatillas, y se pone la bata, y sale precipitadamente del cuarto. Aún le dá tiempo de ver la luz de una linterna que desaparece ya en el recodo de la escalera. Ella enciende la luz del corredor y dice alarmada:

-Juan ¿qué te pasa? ¡Espérame!..

En el vestíbulo quedó él. parado. quieto. Con la linterna encendida dentro de una mano, que parecía una flor de fuego. Ella llegó y encendió la luz del farol.

Y ya no preguntó. porque aunque él se había quedado quieto, inmóvil y lívido, estaba junto a la cancela del zaguán.

-¿Te vas? - preguntó con hilo de voz.

-Me voy.

Juntó ella sus manos suplicando:

-No te vayas, Juan...

Juan tiraba ya de la cancela para abrirla.

-¡No te vayas, Juan!.. Espera, óyeme... - y anduvo unos pasos hasta acercarse mucho.

Él dió un paso atrás. Ella lo cogió por un brazo con energía.

-No puedes irte...; no puedes matar la ilusión de esos niños; todavía tienen fé en tí y te quieren... Estarán soñando contigo... Tú no puedes dejarlos...; por lo menos ahora... Vete pasadas unos días...

-Déjame, Isabel...

-No, no te dejes; no pido que te quedes por mí... Yo cuento, yo no existo; pero cuentan ellos y viven ellos... sería criminal que te fueses...

-No puedo, Isabel, no puedo...

-¿Te ha llamado ella?

-Sí.

-¿puede ella más que tus hijos? O acaso... Dí, Juan, ¿tienes otros niños en Sevilla?...

-No. No tengo más que los tuyos...

-Mios, míos..., y tuyos, Juan; por eso te debes a ellos...

-Déjame, Isabel...

-Yo sí; yo sí te dejes, porque no necesito preguntarte si me quieres; yo sé en estos momentos, que tú no me has querido nunca; confírmalo, anda, dí: ¿es verdad?

Juan se soltó con un movimiento imperioso, y dijo frío:

-No te pongas trágica; me revientas...

-Ya has contestado...pues eso es lo que quiero; que les contestes a ellos con el corazón... Anda, ven, vamos a preguntarles.

Juan anduvo resueltamente hasta la cerrada puerta de la calle. Pero Isabel, había dado un salto prodigioso y se interpuso entre él y la puerta.

-Una última palabra; no puedo dejarte salir sin antes recordarte algo; ya no te habla la madre, ahora habla la mujer que conoce la verdad, la única cosa de valor...piensa, Juan, piensa que los gozos son pasajeros... Yo no sé qué te hizo venir anoche para remachar mis penas y para reavivar el abandono y desprecio de tus hijos...; no lo sé; me figuro, que cualquier contratiempo en tus sentimientos...

-Calla, Isabel...

-No quiero... Úyeme: sé que estoy en lo cierto; tuviste un disgusto con ella, tal vez más de uno; ella te echó de su lado, o se fué del tuyo; tú, como un niño enfurruñado, pero niño loco, perverso, quisiste vengarte de ella, buscándome a mí...!cruel!.. puedo pensar que lo hiciste con lealtad, porque no viste la posibilidad, ni remota siquiera de que ella te volviera a llamar. Y hoy te ha llamado...!tonta de mí, que pude decirle que no estabas, y podría haberle hecho sufrir un poco!..Es humano que yo sienta así...No hay remedio; te vas...pero dime: ¿cómo puedes vivir así?: sin conciencia del juramento que hiciste, olvidándote de los niños...por lo menos Juan, prométeme volver como antes, de vez en cuando, por ellos, para mantenerles la ilusión de que tienen padre, y porque le haces mucha falta a Juanito...; está en la edad peor y tiene tus mismos defectos y tus mismas buenas cualidades...; prométeme, Juan, por ellos...

-Bueno, sí...

-Bueno, sí; lo dices en tono cansado; me parece que no lo vas a hacer...
¡y te pido tan poco!

-¡Déjame salir!

-Ya, ya te dejo...? No piensas, Juan, que puede la Muerte estar acechándote tras esta puerta, o en la carretera, o en la casa donde te espera esa mujer?

-¡Y ahora el sermón!...

-No es sermón; es recordarte, que la Muerte, la enfermedad, o la vejez, consumirán en brevísimo plazo esa ilusión que embarga tus sentimientos más nobles; y que detrás de todo, quedareis solos Dios y tú...

-Déjame, Isabel...

Juan tiró violentamente de ella apartándola.

Ella gritó:

-puedes morir en ese cieno y te condenarás...

-Aunque me condene.

Así dijo. Ella lo oyó claramente, aunque el portazo que Juan dió fué muy fuerte; aunque ella, con la violencia del tirón, cayó al suelo como un montón de trapos. Así quedó mucho tiempo incapaz de levantarse por su propio esfuerzo.

Después, apagadas las luces y recogida en su cuarto, esperó el nuevo día sentada en una butaca. Sin llorar, sin pensar, sin rezar.

Fué la criada la que llegó, pareciéndole en la mañana, que la señora se tardaba, y como viera la puerta abierta, dijo desde ella:

-¿Le traigo el desayuno, señora?

Era como un aldabonazo en su inconsciencia. Un golpe dolorosísimo que la volvía a la vida, que la obligaba a ocupar su puesto, a cargar la cruz, a vivir.

Los niños estaban en el comedor esperando jubilosos al padre.

-papá tuvo que salir inmediatamente... Era muy urgente...

-¡Oh!.. - con desencanto, pronunciado a dúo.

-¿Volverá...? - se atrevió a preguntar la niña que repentinamente se había puesto muy pálida.

-¡Claro que volverá! - exclamó el niño.

-Me dijo que volverá pronto. - dijo la madre.

-¡Qué lástima! ¡Yo que contaba con mi vespa!...

-La tendrás si sacas el curso - prometió la madre.

-¡Pero no es lo mismo!...Es que papá es...

-¿Qué vas a decir, niño? Tu padre se ha ido obligado por sus asuntos...

-¡Sus asuntos! ¡Ya, ya...!

-¡Juanito!

-¡Es que me da una rabia de papá!.. ¡Y también me dá rabia de tí!ea!...

-¿También de mí?

-Sí, porque debiste llamarnos...¡Ah, yo le hubiera hablado a papá!..

La niña nació con lágrimas en los ojos:

-¡Haces sufrir a mamá. Cállate.

Isabel dijo:

-Me duele mucho la cabeza; no dormido muy poco; tendré que acostarme ahora... y no hay que hablar más. Procurad que todo sea normalidad; papá vuelve pronto; quizá mañana; de todas formas te visiteramos en el colegio, Plisita...

Fué muy doloroso todo: La actitud rebelde de los niños, la interrogante de las criadas, la buriona de las gentes que tropezaba al ir a Plisa; y la compasiva de ciertas gentes.

Por un supremo esfuerzo de su poderosa voluntad, volvió a la rutina diaria; Plisa marchó al colegio y Juanito siguió estudiando con el profesor.

De día se ocupaba de todo, trabajando sin reposo; de noche dormía tomando somníferos; se alimentaba poquísimo.

Una mañana, desayunando, sintióse mal; extranamente mal; había comido con relativo apetito; de pronto sintió náusea y le estorbó la comida en el estómago.

-¿Se ha puesto mala la señora?

-Sí.

Salió muy de prisa para arrojar el desayuno íntegro.

Cuando volvió al comedor, la muchacha se estaba apresurando para quitar el servicio de la mesa.

pero a Isabel no le repugnaba ver los restos de comida; ni le asqueaba pensar en que podría siquiera volver a comer. No lo hizo sin embargo. Y no volvió a recordar el incidente de las fatigas porque se encontraba completamente bien.

A la hora del almuerzo se repitió. Fué lo mismo que por la mañana; comió sin gran apetito, pero sin desganar; comía por necesidad; como seguía comiendo desde que se marchó Juan hacía ya un par de semanas. Al terminar la comida le volvió el extraño malestar; y le vino el vómito violento, incontenible.

-¡Qué mala cara se le ha puesto, señora!..¿Llamo al médico?...!so tiene que ser un cólico de los malos...

Ella hizo un movimiento leve con su mano implorando a la muchacha que saliera a llamar al médico. pero sí debía tener muy mala cara. sí. porque aquellos trastornos de estómago eran muy parecidos a unos trastornos conocidos y antiguos; y cuando el pensamiento, como un asesino se introdujo en su cerebro, aniquiló sus endebles fuerzas; el terror paralizó sus miembros, el sudor brotó a raudales por todos los poros, y sintióse morir. ¡Oh, duda, sospecha cruel y agostadora!

Tambaleándose llegó al comedor. pálida como un cadáver estaría y no quiso mirarse en el espejo. se negó a llamar al médico. se fué al dormitorio y se acostó. No durmió. Lloraba como enloquecida; daba golpes en la almonada llena de furor. Así pasó las horas; sin querer ver a nadie; sin querer saber nada. Loca de espanto.

pero la sospecha pudo ser un terrorífico pensamiento solamente. quiso tranquilizarse. quiso volver a ser fuerte, e intentó a la hora de la cena, sentarse con su hijo y comer como todos los días.

Como entonces no ocurrió nada creyó que todo fué una pesadilla. y siguió creyéndolo durante una porción de días, porque aunque en dos o tres ocasiones se mareó y vió los objetos invertidos y tuvo que asirse a los más cercanos para no caerse, pudo suponer en buena lógica, que la circulación de su organismo no marchaba con la regularidad debida y que acaso la tensión estuviese muy baja.

Ya habían pasado muchos días.

Entonces comenzaron con sistemática aparición los vómitos, las náuseas y los mareos.

Y como la certeza sustituía a la duda, Isabel Ruiz, creyó que moriría de horror y de vergüenza. ¿Cuántas cosas pudieron pasar en tropel por su cabeza, torturantes todas? ¿Cuántos pensamientos pecaminosos pudo tener? ¿Cuántas veces el odio y el rencor pudo aposentarse en su corazón? ¿La rabia y la impotencia y el deseo de destrucción? ¿Cuanto pudo llorar sin consuelo humano? ¿A quien podía contar su desventura, su deshonor? porque se veía mancillada, ultrajada, deshonrada, y no tendría de ella nadie compasión.

Un secreto anhelo mantenía en silencio; el de que no llegara a término su estado. Si así fuese, solo el médico conocería la verdad.

Y cavilaba, como una doncella, en los medios de ocultación. Y llegó la hora en que nada era posible ya. Y decidida llamó a su amiga de más confianza.

Isabel recibió a su amiga Maria, en el gabinete; los balcones cerrados; en penumbra todo.

-Pasa, María...

-¿pero todavía sigues mala?

-pasa y siéntate.

se besaron cariñosas. Isabel lloraba y la amiga quiso consolarla;

-No te apures, mujer... Los males llegan un momento en que desaparecen;

no debes amilanarte; lo que si debes hacer, es, ponerte en manos de un buen especialista; Andrés y yo estamos dispuestos para ayudarte; nosotros te acompañaremos a Madrid o a donde tú quieras ir; así qué, ya sabes: ánimo y a pensar en ponerte buena y a no llorar por tan poca cosa...

-¡Tan poca cosa!...¡Tan poca cosa!! Si tú supieras!...

-¡Vamos, Isabel!

-Te he llamado para confiarme en tí... Escúchame, María... ¡ay, que vergüenza, Dios mío! - y cubriéndose la cara con las manos empezó a sollozar.

María le prodigaba palabras de consuelo, pero todas en vano. Por fin Isabel, nerviosa, se limpió las lágrimas y se decidió por el relato minucioso. María la escuchó llena de asombro.

-...no pude evitarlo; ni quise evitarlo. Te digo que deseaba a mi marido con todas las potencias de mis sentidos... pero si esto hubiera ocurrido en la otra época, no me sentiría tan avergonzada; porque entonces, cuando pasaba temporadas fuera y volvía de vez en cuando, no tenía conmigo más relación que el trato público que nos teníamos entre la servidumbre, pero las gentes creerían que no era así, que alguna vez que otra, aún a despecho de nosotros mismos, llegaríamos al ayuntamiento y un hijo en aquellas circunstancias tendría más lógica llegada... pero nace más de dos años que no aparece por aquí; en ese tiempo no nos hemos visto... Y se presenta una noche y se marcha a la siguiente... ¿comprendes, María? ¿No es para morir de vergüenza? Mi caso es peor que el de una soltera ultrajada. Es el ultraje de mi espíritu; es la patente negación de mi delicadeza... Le temo a las gentes, a mi hermano, a él, pero sobre todo temo la opinión de mis hijos... Es como si a patadas me echaran a rodar por una escalera y ellos no se compadecieran de mi caída... ¿Como puedo yo querer a esta criatura? Te juro, María, que solo la conservo en mi vientre por el mandato de Dios... No encuentro consuelo. No sé hablar con Dios. Solo me salen palabras violentas que son blasfemias. Me desespero, rabio, deseo morir... Estoy condenada, María, estoy condenada... Creo sinceramente que Dios me ha abandonado...

-No hables así, Isabel... - pero María no sabía decir más que esa frase, porque el llanto no la dejaba.

-Bueno, María, ya lo sabes todo... Ya sabes que mi enfermedad no necesita de médicos... quisiera que tú fueras al colegio y vieras a Elisita... Elisita está al venir ya terminado el curso; quisiera enterarla antes... ¿quieres tú hablarle?

Todo lo haría María. Y hasta se encargaría de adquirir las ropas precisas y de vestir una cuna; y de tenerlo todo preparado para cuando llegara el nuevo ser. Y que Andrés, su marido, vería a Juan y lo enteraría de todo aquello. Y que ellos serían los padrinos.

Y todo fué así. María visitó a Elisita en el colegio. Elisita le escribió una carta muy varinosa a la madre pidiéndole permiso para quedarse las vaca-

~~80~~ - 111 86

ciones en el colegio.

"...cuando nazca mi hermano Hé y no me separaré nunca más de tu lado, mamita mía."

Aquello resultó bien. En cambio nunca se atrevió a hablar con Juanito. El muchacho jamás la miraba a los ojos y permanecía muchas horas en su cuarto haciendo como que estudiaba.

¡Cuanto pudo sufrir Isabel durante aquellos años que transcurrieron hasta que nuevamente volvió el esposo!

Otra vez, como en aquella noche, han llamado en la puerta.

Isabel abre el balcón y mira a la calle; la luna blanquea la fachada y dibuja la silueta de un hombre: Juan Hortio.

-Soy yo, Isabel.

¿A qué viene? ¿qué nuevo dolor le espera? ¿qué nueva desventura le traerá?

Igual que aquella noche de su vergüenza.

¿De su vergüenza? Han pasado tantos años que esa palabra ya vá despojándose de su significado. porque ya se vá acostumbrando a pensar en Mari, en su hija; y las sonrisas de la niña, y sus caricias, y sus palabras, y sobre todo el candor de sus ojos, van perfilando la palabra amor; por esa niña, puede soportar la separación total de Elisita, novicia en el colegio donde se educara; por esa niña, puede soportar la separación temporal del hijo en el internado; en la niña María, la palabra esperanza tiene un trono.

Isabel, vá pasando por la casa, encendiendo luces. Temerosa, sobrecogida. ¿A qué viene? ¿Y si fuera cierto que volviera arrepentido? pudiera ser. Y aunque no volviera arrepentido, podría ser que la miseria o la enfermedad lo trajese; o el engaño de la otra...

Bien: sin cábalas. Él estaba esperando tras la puerta, enfermo, pobre o desengañado; y en su hogar le esperaba la madre de sus hijos, y una nueva hija a quien no conocía pero que sabía y amaba su nombre porque ella tuvo la voluntad de enseñarle a quererlo.

Isabel hizo la señal de la cruz sobre su frente y susurró: "Señor, yo confío en tí."

Luego, abrió la puerta.

Juan entró.

-Buenas noches, Isabel.

-Buenas noches, Juan.

Ella cerró la puerta. Luego, los dos se pararon en el vestíbulo.

-¿Estás bien?

-Sí.

-¿y los demás?

-También.

Isabel apoyaba la espalda en la baranda de la escalera. Todavía no había mirado al hombre frente a frente, porque su voz era suficiente para trastornar toda su entereza. Era el mismo tono de antes, cálido y grave; adivinaba la apostura, la seguridad y el aplomo que siempre tuvo. Y pensó además, que él la estaría mirando: compasivo o despreciativo; de las dos formas era horrible para su orgullo de mujer.

Isabel, como en la noche última, calzaba unas zapatillas, vestía una elegante bata, y estaba bien peinada. Pero lo exterior no contaba en aquella ocasión, porque lo más acentuado de todo su cuerpo, era la palidez extremada, y el temolor incontenible.

Ella alzó por fin los ojos y lo miró. Entonces dijo:

-¡Qué estropeado estás, Juan!

Y se arrepintió enseguida de haberlo dicho, porque notó que a él le había sentado mal, y ella no quería en modo alguno decir inconveniencias.

-El viaje cansa mucho... Además he venido con unos amigos.., gente del cine; una película que van a rodar por aquí cerca... Nos hemos parado en todos los sitios pintorescos, lo que quiere decir, que hemos estado parados más tiempo que corriendo... Para casa de tu hermano Ramón iban ellos.

-Así que, tú has venido aprovechando el viaje ¿no? - tampoco estaba contenta con lo que hablaba; ¿por qué estaría tan desafortunada?

-No. Yo pensaba venir, hoy o mañana, o cualquier día... Ellos me comprometieron, mejor dicho, me comprometió ella, Lola..; ya tú sabes, Lola...

-Creo que no conozco a tu amiga Lola.

-Es amiga de tu hermano Ramón.

-Ya. Pero no la conozco, ni sabía de su existencia.

Decididamente ella no sabía dialogar; no podían ser más estúpidas sus contestaciones, que además no conducían a nada.

-¿Te trae algún motivo a casa, o piensas marcharte con tus amigos? - le preguntó calmadamente.

-Traigo un motivo.

Ella suspiró, y su corazón aleteó presurero, mientras pensaba con una ternura infinita en su hija María.

siguió preguntando:

-¿Cuál?

Y él carró. titubeó. Se mordió los labios. Dió unos pasos.

Isabel nació en su ayuda.

-¿La niña, Juan...?

-La niña..., claro...

-Ahora la conocerás... Está durmiendo... Ya tiene cuatro años y es preciosa... Tal vez te reconozca...

-¿A mí...?

-Sí. Toda la casa está llena de fotografías tuyas... Está aquí Juanito; aunque el curso ya está empezado no me querido que ingrese todavía... Está excesivamente desarrollado para su edad y tiene muy mal color... Además es un niño difícil y no se encuentra muy a gusto en el colegio...

-¿Aquí, sí?

-Aquí, tampoco... Debes recordar que se parece a tí y que le gusta la libertad... En cuanto a Elisita, quizá sepas que tiene vocación...

-Vocación de qué?

-Pues vocación de convento...

-¿Tan fea es?

Isabel quiso reír.

-¿No recuerdas que se parecía a tu madre?... Elisita es más linda que tué su abuela...

-¿Entonces...?

-Tú no comprendes esas cosas, Juan.

-Me fastidia tener una hija monja.

-A mí me llenará de orgullo.

-¿Pero, quieres decirme, qué puede nacer una mujer joven y guapa, metida entre cuatro paredes, pudriendo su vida...?

-Calla, Juan; tú no puedes hablar así; te olvidas de que yo soy joven y guapa y que estoy encerrada en estas paredes; ella lo está por su gusto.. Pero en fin, no hagamos comentarios. Hecnos: vienes a ver a tu hija María. Supe.

Isabel iba delante, y se paró al llegar al corredor. Entonces se volvió para decirle, señalando al cuarto de soltero:

-La niña duerme ahí, para tenerla cerca de mí. Yo entraré primero y encenderé la luz... No se debe hacer ruido para que no despierte...

En una cama de barandas dormía la niña con envidiable placidez.

Juan quedó junto a ella, con los labios muy apretados y los puños cerrados.

Isabel le hizo observar:

-También se parece a tí, ¿verdad?

Él miró a la mujer, inexpresivo.

Ella ahondó:

-Es increíble, ¿verdad?

Tampoco contestó y tampoco hubo luz en sus ojos.

-Bueno, vamos a salir... Tú primero; yo tengo que apagar la lámpara...

En el corredor quedaron otra vez frente a frente.

Tras unos segundos embarazosos, ella prosiguió:

-Y bien, tú dirás, Juan... Ya has conocido a María, ¿y ahora?...

-¿Me echas, Isabel?

-De ningún modo. Esta casa es tan tuya como mía; puedes permanecer aquí el tiempo que quieras. Tu cuarto siempre está preparado; ahora lo tienes junto a la biblioteca. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café? ¿Cenar? ¿Licores...?

-Gracias. No deseo nada. Es decir, tengo que usar el teléfono.

-No ha cambiado de sitio; ya tú sabes...

-O quizá sea tarde ¿no?... Yo necesito hablar con Federico, el administrador...

-¿Muy urgente?

-No... puedo esperar a mañana...

-Yo me encargo de comunicárselo antes de que vaya a salir para el campo. ¿piensas ir a su casa?

-prefiero verlo aquí.

-Como quieras... En ese caso, voy a apagar las luces de abajo y me voy a retirar a mi cuarto... En el tuyo, encontrarás en el armario pijama, batín y zapatillas.. Buenas noches, Juan.

-Buenas noches, Isabel...

Isabel pasó la noche sentada en la butaca. A ella misma le producía espanto, al ver que no derramaba ni una lágrima.

El administrador recibió la noticia de la llegada de Juan Hortid sin asombro.

-¿Lo esperaba usted ya, Federico?

-Hace tiempo que esperaba que me llamase.

Isabel y el administrador hablaron mucho rato. Luego, ella, marchó a la iglesia para oír Misa. Al volver a casa, solo estaba levantada la niña, desayunando en el comedor. La madre le dijo:

-Nena, ¿sabes quien ha venido a verte?

-¿Quien?

-papá...

La niña abrió sus ojos; luego rió:

-Olé, olé...

La ninera había quedado pasmada en medio de la pieza; luego salió muy ligera y a poco se escuchó en la cocina un murmullo.

Isabel fué hasta allí; todas las criadas, como ~~xxx~~ a un conjuro, se había congregado en la cocina y hacían visajes de asombro. Isabel las sorprendió, pero con su voz más dulce y serena, habló con la cocinera:

-Anoche llegó el señor; prepara un almuerzo espléndido.

La cocinera se creyó obligada a decir:

-¡Cuanto nos alegramos, señora!

-Gracias. El señor se irá enseguida; pero hay que comportarse, como si jamás hubiera salido de casa, y como si ya no volviera a marcharse...? Cuantos años llevas conmigo, Manuela?

-Desde que la señora se casó estoy en la cocina... Acuértese la señora que yo estaba de moza en casa del señorito Ramón, con Catalina...

-por eso, Manuela, atiéndeme: no quiero que ninguna se alborote, ni murmure, ni asome la cabeza si nó es llamada; cada cual a su obligación de cada día... que la niña no advierta nada raro en la casa ¿estamos?...

La niña no pudo notar nada raro. Para la niña empezaba un día de fiesta. Porque cuando la niña preguntó a su madre:

-¿Y me trae muchos regalos papá?

-Sí; te ha traído la muñeca que tú querías...

La niña hizo palmas de alegría y enseguida quiso ver a su padre.

Isabel preparó en una bandeja el desayuno y lo subió ella misma al cuarto, mientras que la ninera acicalaba convenientemente a María.

Juan estaba despierto. Ella había dado unos golpecitos en la puerta y luego la abrió.

-Buenos días.

Se había sentado Juan en la cama y se aplastaba el cabello con las manos.

-Buenos días.

-Te traigo el desayuno... Tómalo cuando quieras porque quizá esté demasiado caliente... Ahora subiré a la niña... ¡por favor, Juan!... - mientras hablaba, estaba sacando un paquete voluminoso del armario - ¡por favor! considera por un momento que la niña solo alberga en su pecho ilusiones, y que tenemos el deber de alimentarlas... Dale, Juan, que esto, - y le indicaba el paquete que había soltado en una butaca junto a la cama - se lo has traído tú...

-¡Isabel...!

-Se lo dije muchas veces: "Cuanda papá venga, te traerá un regalo muy bonito." Todos los años, guardo en el mismo sitio alguna cosa por si vienen; despues son los Magos o soy yo quien le hace el regalo...

Isabel salió del cuarto, para entrar en el de Juanito.

El niño dormía aún; ella tuvo que despertarlo.

Fué difícil el diálogo, porque desde el principio, el muchacho arrugó la frente muy disgustado.

-Escucha, muchacho, tienes que pensar en tu padre como en un enfermo, y guardarle la mayor consideración...

-No la merece...

-¡Silencio! No puedes aún juzgar a tu padre.

-Si tú lo mandas...

-Lo mando.

-Está bien.

Luego Isabel recogió a la niña; le fué hablando avivándole su alegría, hasta llegar a la puerta de Juan.

¿Como pudo la madre aparentar tanta alegría y ligereza mientras recorría su nuevo calvario?

-¿Se puede, papa?

Isabel empujó a la pequeña en el cuarto. Ella no entró entonces. Ella entró luego acompañando a Juanito, diciendo:

-¿Ves que gigante tenemos, Juan?

Se abrazaron los dos en silencio; la madre volvió a intervenir para limar asperezas:

-Este curso, aunque no esté en el colegio lo aprobará seguramente, porque cuando quiere es buen estudiante... parece que vá a ser más alto que tú...

-Y muy ancho, - elogió Juan.

-Sí, pero está pálido, y eso me tiene preocupada...

El muchacho dijo:

-Ya me afeito ...

-Me lo supongo .; bueno, que se tona... Yo empecé a afeitarme a los catorce años... También era un muchachote como tú: alto y ancho... Pero yo estaba más tiempo en el cortijo Hortid que en el colegio...?A tí te gustan los caballos?

-¡Digo!

Juan y su hijo quedaron hablando amigablemente solos, mientras Isabel pensaba: "¡qué sencillo sería todo si él siguiera viniendo!"

Porque hasta el almuerzo, podría decirse que fué patriarcal: conversación, alegría y seguridad. Tan buena era, que, Isabel temblaba temiendo su terminación, por que al final de ella, empezaría la práctica con el administrador que estaba al llegar.

Y que llegó a la hora fijada, y quedó esperando en el gabinete.

-Te espera Federico, Juan.

-Voy enseguida - dijo, y añadió mirando al niño: - Luego seguiremos hablando de esto, Juanito.

-Sí, papá.

Isabel ordenó a la niñera, que saliera al gallo para contratar un coche luego ordenó a la cocinera:

-Tú, Manuela, los acompañarás en el paseo...

-¿A donde van a ir? - preguntó Juanito.

-Vais a ir al cortijo del abuelo Hortid.

-¿Yo también?

-Tú también... Luego irán allí tu padre y el administrador y volveréis juntos...

Isabel mentía. Isabel sabía que Juan se marcharía enseguida que hablase con Federico. Pero Isabel no quería que los hijos presenciase la nueva nuída del padre. Por eso los mandó lejos; así, ella podría llorar con libertad. ¿Hacía mal? se preguntó después de haberlo dispuesto todo. ¿No podría Juanito impedir que se marchase?

No. No. Ella presentía que la nuída sería inminente. Ella sabía el estado de sus cuentas y la necesidad perentoria de dinero, y el límite de los plazos que le agobiaban.

Le sorprendió que Federico se despidiese antes de lo que ella calculó; se puso muy nerviosa, al escuchar decir a Juan:

-Me voy con usted, Federico.

-Espera Juan, antes tengo yo que hablar contigo...

Y el administrador se retiró con suma presteza.

-Puedes evitarte las palabras porque sé lo que me vas a decir...

-¡Ni lo sospechas, Juan!... - y lo empujó por la espalda para hacerlo entrar de nuevo en el gabinete que cerró con llave.

-¿Quieres decirme qué significa esta encerrona?

-He cerrado para que no nos interrumpen. Siéntate.

De mala gana se acomodó en la butaca. Ella lo hizo en la de enfrente. Parecía serena y tranquila.

-Dame un cigarro, Juan.

No disimuló él su extraneza. Ella apenas no advertirla. Sus dedos no temblaban, ni siquiera levemente como los de él. Encendió el cigarrillo, empezó a fumar, y le acometió la tos. Entonces, Isabel, sonrió:

-Ya no sé; no he vuelto a tomar un cigarro desde entonces ¿te acuerdas? A tí te enjuagaba que tosiere, decías que era cosa de principiante...!Bah! - aplastó el pitillo en el cenicero - La costumbre desapareció hace tiempo...

Juan fumaba sin mirarla; la arruga vertical que le plegaba la frente, se iba haciendo cada vez más profunda.

Ella le dijo:

-Supongo que te encuentras apurado de pesetas.

-Eres un lince. - Y se levantó violento y se fué hacia la puerta.

-¡Oh, no, Juan! No vá ese con tu carácter...Espera... - lo decía apresura

da, temiendo que se fuera antes de ella terminar de hablar. - Voy a preguntarte una cosa del mayor interés para tí: ¿piensas vender el cortijo del abuelo Hortid?

-Sí.

-Haces bien. pero siéntate, hombre, ¿o me tienes miedo?

-¿Miedo?

-Es una manera de decir... Siéntate un momento; tienes tiempo sobrado para marcharte porque el plazo vence esta noche a las doce, y solo son las cuatro de la tarde...

-¿Como sabes tú...? - dijo acercándose.

-Siéntate; así. Lo sé por Federico...

-¡El bandido!...

-No le pongas mote. Aténdeme: tengo desde hace mucho tiempo, un deseo irresistible que solo tú puedes satisfacer... ¡oh, Juan! Todos tenemos nuestras flaquezas... Y la verdad es una cosa que yo podía haber hecho hace tiempo, preguntando a mis amigos, o por mí misma...; pero, claro, a las personas que me podrían dar detalles no les preguntaba por propia dignidad, ¿comprendes?

-No, no comprendo; no sé lo que me quieres decir...

-Es verdad; no sé explicarme; verás, se trata de... de ella, de tu amiga...

-¡Isabel!...

-ponte a tono, por favor, Juan; no recuerdes en esta charla que yo soy tu esposa; no, sería de mal gusto; - hizo una pausa - te decía, que tengo un capricho, un deseo incontenible de conocerla...

-¡Isabel!...e..

-¡por favor! Comprende mi curiosidad; todas las mujeres en mi caso, están atormentadas por el mismo deseo; porque es que pensamos enseguida: "¿Como será?" Y a despecho nuestro la adornamos de todas las gracias, de todas las buenas cualidades, que nosotras creíamos poseer, y que ~~para~~ eran falsas. Yo pienso ¡qué talento tan extraordinario tiene que tener, para conseguir que Juan, que es tan difícil de contentar, esté tanto tiempo enganchado! ¿Será por guapa? ¿por hermosa? ¿por lista? ¿por...? ¡qué sé yo! Y me devano los sesos pensando en ella y figurandomela de mil maneras distintas...

-Te estás burlando de mí.

-Si acaso existiera burla, sería de mí... No pienses en eso... ¿quieres hablarme de ella?

-Estás ridícula con esta actitud de comedia!...

-¿De veras crees que estoy fingiendo? Estoy hablando con una espantosa sinceridad... Dime, es casada?

-Sí.

-¡Ah! De modo que hacen faltas dos muertes: la del marido y la mía.

-¡Eres odiosa!

-No te enfades...?quieres enseñarme su retrato?

-?Para qué? Para romperlo?

-!Oh, no! para verla; para conocerla físicamente...

-No te hace falta.

-!Ah! Es fea...Déjame que la vea...

Juan la miró de pésimo humor. Luego rió groseramente. Al fin dijo:

-Está bien, Isabel, te seguiré el juego... - Sacó la cartera y extrajo un montoncito de fotografías pequeñas y se las entregó:

Ella las tomó con marcadísima tranquilidad.

-!Ah, fotos de los dos! No me convencen...Me gustaría verle bien la cara; aquí solo puede apreciarse su tipo, que está bastante bien, y vuestro amartelamiento...Tómalas. Dame la otra...

Juan comentó:

-Te estás martirizando tontamente...Estás haciendo verdaderos esfuerzos para fingir tranquilidad...

-Lo último quizá sea cierto; pero lo de martirizarme no es verdad...Dame la foto grande; la tienes ahí...

-Tómala...

-Es muy guapa!... Y es muy expresiva la dedicatonia... Charo se llama. Sí, es guapa, pero yo lo soy más... Bien. Gracias, Juan...

Él guardaba la foto muy enfadado; tiró la colilla del cigarro en el cenicero y se levantó decidido a marcharse.

-?Te vas ya?... Tengo que hacerte una proposición; deja el cortijo a mi cargo y yo además de lo que produzca, te daré la renta que tú fijes.

-?qué me propones?

-ya lo has oido.

-Es una bajeza la proposición y yo no soy un canalla para admitirlo.

-Está bien. pero esa finca debe pasar íntegra a tus hijos. No puedes desposeerlos de lo que legítimanete les pertenece...

-Déjate de romances. Si conoces el estado de mis cuentas, sabrás que no tengo más solución que vender el cortijo.

-Tus hijos tienen el dinero suficiente para salvar el cortijo; admítelo; te lo dará Federico...

-No me numilles hasta ese punto, mujer...Y ya hemos terminado de hablar; con lo mio hago lo que quiero...

-Como quieras; vete ya; hasta la vista...

-Hasta nunca.

Juan salió precipitadamente. Ella cogió el telefono y consiguió enseguida hablar con el administrador, que estaba aguardando la llamada.

-Federico, cómprale el cortijo; invéntate un nombre para el comprador; invéntate una historia; yo hablaré con Andrés...

Quando soltó el telefono dijo: "El cortijo del abuelo Hortid, será para

mis hijos." Luego se asomó al balcón.

Juan volvía entonces la esquina de la calle.

Entonces fué cuando Isabel lloró.

Al atardecer volvieron los hijos y no encontraron levantada a su madre.

Maria preguntó:

-?Y papá?

Y la cocinera le contestó, con un nudo en la garganta:

-Está en la calle...

Juanito no preguntó nada. Solamente dijo que no quería cenar y se encerró en su cuarto.

La cocinera comentó su actitud:

-¡pobrecito!...Se dá cuenta de todo...!Si ya es un hombre!...

Como una bestia satisfecha dormía Juanito cuando a la mañana siguiente entraba la madre en su cuarto, porque Juanito era un doncel robusto y sano, que no se preocupaba mucho en pensar. Ni aún siquiera, cuando se separó de su padre para ir al campo, se inquietó mucho al comprender que, no lo vería más. La vida, en cierto modo, había que tomarla al estilo de su padre: el momento, la hora o el día, tenían sus aristas malas y sus aristas buenas, y había que buscar las últimas. La vida que llevaba su madre era incomprensible. Su madre era la rigidez, el deber, el control. Ciertamente que era muy buena. Eso ni él ni nadie podía ponerlo en duda. Ni él, ni nadie. Pero la bondad y el deber tomados como ella los tomaba, eran muy fastidiosos. Por eso, en parte, comprendía que su padre se hubiese alejado de ella. No le hacía gracia el asunto, pero él no era tonto, para no darse cuenta que su madre no supo nunca entender a su padre; porque al fin y al cabo su padre también era bueno, pero claro, si una mujer se pone gazmoña y tonta, más vale que se meta en un convento, porque en la vida, hay que vivir como viven los demás... Y los ríos llevan las aguas corriendo, y el agua que no corre se queda a un lado y se la cunpa la tierra o ~~la absorbe~~ el sol...porque en la vida...

Juanito divagaba dentro del coche, mientras iban para el cortijo; él estaba sentado junto al chofer; detrás la niña, la cocinera y la niñera.. Juanito divagaba sin prestar atención al paisaje, ni a la charla anodina de las mujeres.

Ya en la finca dejó de pensar. En la finca había muchas cosas en qué entretenerse y el tiempo le pareció cortísimo, cuando la cocinera dispuso la vuelta. Se juntó todo el personal del cortijo alrededor del coche, mirándolo y preguntando.

A María le gustaba subirse en él; también le gustaba que la montaran en una borriquiña y la llevaran a ver los gallineros. De allí venía, encendida la cara de gozo y muy brillantes sus ojos.

La niñera la traía de la mano. Ambas se agachaban para coger florecillas de las que el campo estaba lleno, pues la primavera las hacía brotar de la tierra espontáneas como risas de niños.

Un ganán las observaba. Se le enturbiaron los ojos y sus labios se movieron glotonos. Dijo:

-¡Qué buena está!...

Todos miraron a la niñera y asintieron con sonrisas y con palabras soces.

Juanito estaba presente. Se reía.

La vuelta al pueblo tuvo en el doncel un sabor nuevo; el descubrimiento.

Ya en su casa, se removieron los pensamientos que le acompañaron en el viaje de ida. "Le incomodó la austeridad maternal, y no le conmovió el dolor de ella. Todo era triste en su hogar. Su propia juventud era triste. ¿Qué amigos tenía? Los que le permitía su madre, aunque él a escondidas charlase con más de cuatro. ¿A qué películas iba? A las que le permitía la censura. ¿Qué libros leía? ¡Ah, si la madre lo hubiera sospechado!.. Él leía libros para hombres, no para novicias...

En su cuarto se encerró. No tenía gana de comer. No se le apetecía ver a su madre. ¿Qué palabras le iba a decir? ¿Podía él fingir? ¿No sentía más que élla que su padre se hubiese ido? ¡Y cuidado que era un tío simpático su padre!

Rápidamente se metió en la cama. Con un libro nuevo.

Y con un deseo nuevo: "¡Qué buena está!" había dicho el ganán relamiéndose de gusto. ¿Como no se había fijado él en la muchacha? "¡Qué buena está!"

Leyó con poquísima atención; toda la absorbía el contorno sinuoso del cuerpo de la muchacha; y el escote, y la boca, y los brazos...

¿Cuándo se durmió el doncel?

Por la mañana, cuando la madre entró en su cuarto, él dormía como una bestia satisfecha.

Isabel salió para entrevistarse con el administrador, y para hablar con María y Andrés, los amigos que tanto la auxiliaban.

Juanito no salió en toda la tarde mañana del cuarto. Ni para desayunar siquiera. Desayunó en la cama. Luego se levantó para estudiar.

La madre tardó más que nunca. La servidumbre estaba alborotada comentando en la cocina la visita del señor. Toda la servidumbre, no; la niñera en-

tretenía la niña para que no se enterase de las conversaciones; la ninera se subió al piso con María; María, estaba loca de contenta jugando con su muñeca; ella nacía de mamá y la muñeca de niña; nunca estuvo la pequeña más entretenida, aunque estaba sola en el cuarto. La ninera no estaba con ella. La ninera había acudido al llamamiento que le hizo el joven Juan.

Avanzaba la mañana y no volvía Isabel.

En la cocina aumentaba las conversaciones. En el pueblo habían ocurrido aquella noche muchas cosas cosas. El pueblo estaba lleno de novedades.: la llegada rápida de don Juan Hortid, arruinado; la venida de gente de ciene que querian hacer una película por allí cerca; la de la señorita Julia, tan llamativa, tan moderna; el incendio de la casa aquella del campo... ¡qué de cosas habían ocurrido en tan pocas horas! ¡Y menos mal que la señora no volvía a la casa a la hora de costumbre! Tanto como había que comentari...

UN 2 MUJER LLEGA

U N A M U J E R L L E G A

¡Oh, Hermosura, siempre antigua y
siempre nueva, qué tarde te he conocido!
S. Agustín

lll

Era una hora tranquila en la ciudad. Calentaba el sol dulcemente, bañando la acera, derrochando claridades. Julia sentía frío; pero estaba tan cansada, como decidida a poner término a aquel estado de su salud. por eso entró en casa del médico, y se dispuso a esperar pacemente a que le llegara su turno.

pasó una hora semitumbada en un comodísimo butacón; le agradó el silencio de la casa, y la compustura de los enfermos y familiares que también, como ella estaban esperando, hablando en voz chita y hojeando las revistas que se amontonaban sobre una mesita.

Era un silencio casi religioso, que por un momento le recordó el silencio de la casa de su padre. ¡Ah, qué bien le sentaría a ella unos días de reposo en su pueblo! ¡Y qué sorpresa la de su padre cuando la viera llegar en pleno curso! primero se alarmaría; le diría después cuatro frases estúpidas y volvería a su vivir rutinario. Gran personaje era don Miguel Ruiz, su pa-

dre; gran personaje para protagonista de una novela de mucho suspense. Ella sabía la relación que existía entre él y Mariana su ama de llaves; ella adivinaba la vida atormentada que llevaría su madre; la adivinaba porque sabía ver el odio que había en los bellos ojos de Mariana al posarse en el retrato que adornaba el salón, y hasta los sorprendió iracundos parados en su propia persona. Ella la trataba con desdén, con brusquedad, con manifiesta antipatía. ¿No era en parte, Mariana, la causa de que ella no quisiera ir a su casa, y de que se buscara la forma de prolongar los cursos, con trabajos veraniegos y con viajes a Universidades extranjeras? ¿No era Mariana, en parte, la causa de que ella pensase no volver más a su casa?

Su infancia ~~fué~~ tormentosa le hizo ser una niña triste y pasiva; le infundía pavor la rectitud de su padre y le atemorizaban sus sermones. El internado fué una liberación.

El silencio de la casa del médico le estaba produciendo un bien, aunque le recordara su casa y los dolores de su niñez. Luego, cuando le explicase al médico su caso, se retiraría ligera a casa de Germán para ver si había llegado del campo.

-¡Hola, - le diría - he tardado porque me he hecho reconocer por un internista...

-¿Estás mala? - preguntaría alarmado.

-No. El médico se ha reído de mí... Me ha recetado unos tónicos y me recomienda que no vaya por ahora a la Universidad...

¿Sería así todo? ¿Sería todo tan simple? O acaso...

Malos pensamientos. Eso era aquello: malos pensamientos. El silencio de la casa que le traía el otro recuerdo: el de su madre, muerta muy joven, y el de Mariana, diciéndole con voz ronca y amenazadora:

-Eres como ella...; también tu madre era orgullosa... ¿De qué le valió?... Tenía veinte y dos años; en la flor de su vida...

¿De qué murió su madre? Nunca lo supo con certeza; sabía que sus ropas fueron quemadas y toda la casa fué desinfectada.

Súbitamente se incorporó en la butaca, con un movimiento nervioso, que atrajo la atención de sus compañeros de la sala de espera, sin advertirlo. Sacó del bolso un espejito; observó sus ojos; observó sus encías; se miró las manos, y se palpó los hombros, con creciente angustia. ¿De qué murió su madre? ¿Acaso le rondaba a ella la misma enfermedad?

"...¿de qué le valió?... Tenía veinte y dos años; en la flor de su vida"...

La enfermera le indicaba que podía pasar. Valió precipitada olvidándose de decir unas palabras corteses de despedida. Como atontada entró en el despacho del doctor. Sonrió forzosamente y tomó asiento.

"...veinte y dos años; en la flor de su vida..."

-¿Qué edad tiene, señorita?

Y ella contestó con un trémolo angustioso,

-Veinte años... - y añadió con amargura: - En la flor de mi vida...

Y luego rió con burla.

El médico clavó en ella sus pupilas con interés.

-¿Su ocupación?

-Soy estudiante de filosofía y Letras... - y continuó: - vivo en una pensión; mi familia está en el pueblo...

Le hizo muchas preguntas a las que ella contestaba seguidamente, proporcionando datos y fechas. Luego ella habló lentamente:

-... siento doloridos mis miembros; sí, como si hubiese ejecutado trabajos fuertes; en mis miembros siento un peso agobiante, como si permanentemente estuviese transportando un saco voluminoso ..; supongo que habré tenido fiebre más de un día; así llevo muchos meses, sin querer enterarme..; pero lo que me apura es que me encuentro constantemente cansada, sin gusto por el trabajo; hasta pasear me dá pereza....

El médico la dejó hablar sin interrumpirla.

-...Siempre he sido animosa... Y soy una estudiante aprovechada; lo que se dice una empujonera; pero últimamente no apetezco los libros; además es que...

Julia calló un momento.

El médico le mandó:

-Siga.

Ella se llevó las manos a la cabeza y le dijo llena de temor:

-Mi cabeza no funciona bien, doctor..; quiero decir, que, a veces, me impide pensar..; la siento vacía, hueca..; otras veces, creo que no la tengo. Me cuesta muchísimo trabajo oír, y no creo que sea defecto del oído, si nó del cerebro... En esas ocasiones es inútil que intente leer...procuro echarme en la cama, hasta que pasa todo...

Hizo una pausa.

-Sin embargo, yo soy una muchacha de entereza y me sobrepongo a todo... Estoy dispuesta a escuchar su opinión, porque estoy dispuesta a curarme..; porque sí; porque quiero vivir; porque no hay razón para dejarse morir.- sonrió al decirlo: - Yo no tengo a nadie en la familia que se interese por mí; ni siquiera mi padre...

El médico se había levantado indicándole que le siguiera.

Luego, ella, volvió a hablar:

-¿Qué ha visto, doctor?...

pero el médico no pareció escucharla. Escribía en una hoja blanca que le entregó diciéndole:

-No he visto nada raro, señorita... Sus pulmones son claros y su corazón funciona con normalidad...

-¿Entonces...?

-Entonces necesito los resultados de estos análisis que aquí indico ..

pero debe darse prisa; mañana mismo....

Julia escuchó atentamente todas las indicaciones del médico y prometió cumplirlas fielmente, incluso adquirir el medicamento que impidiera la subida de la fiebre, que ya tenía, y el guardar enseguida cama, hasta la llegada la hora al día siguiente de ir a casa del analista.

En la calle cambió de pensamiento. ¿por qué no ir a casa de Germán? ¿que importaba acostarse un par de horas despues? No era seguro que Germán estuviese en su estudio. ¿qué más daba ir personalmente a enterarse, que llamar por teléfono, estando tan cerca?

pero él estaba en el piso. Él mismo le abrió la puerta, y se alborozó mucho al verla.

-¡Hola, Germán!

Él la abrazó muy contento y ella se dejó conducir hasta el sofá.

En el cuarto existía el mismo desorden habitual.

-Tenía gana de verte, muñeca...He pensado mucho en tí...Estaba preparando la marcha al campo...¿Te vienes conmigo? Tengo alquilada una casita en el campo...Allí haré tu retrato, ¿quieres? Tómame unas vacaciones...¿no puedes tomarte unas vacaciones?

¡Claro que podía tomarselas! Seguramente que en el plán del médico estaría la temporada en el campo...

-¿Hay pinos?...

-¿Pinos?...Sí; también hay pinos; y eucaliptos, y castaños de indias; y una noria...¡Un paraíso!...

Le placía el tacto de las manos del pintor; le adormecían las caricias de sus dedos; y la llenaban de gozo los proyectos tan magníficos que nacía. por eso asentía con leves cabezadas.

-Nos iremos hoy mismo.

-¿Hoy...? - y se desprendió de sus brazos, sorprendida.

-Hoy, muñeca...Es la ocasión...¿Tú ves eso...? - y le señalaba una caja de vinos y conservas - Todo eso está preparado para la partida...¡Si has llegado en la mejor ocasión!...Dentro de unos minutos nos vamos...¿Verdad, Pierre? Germán se dirigía a un hombre que descuidadamente entraba en el cuarto.

-Un amigo, Julia; un compatriota; del mismo país; médico...Vienen los dos para conocer España...

-¿Vienen...? - preguntaba Julia mientras alargaba su mano al recién llegado.

-Sí, él y Simone...Simone es deliciosa; ahí la tienes; no habla ni una frase en español...

Simone abrazó a Julia con afecto.

pero Julia no acababa de comprender la situación e interrogaba al pintor con sus brillantes pupilas.

Él resumió:

-Ellos nbs acompañaran... En su coche iremos a la casita que tengo alquilada al otro lado del río...El pueblo es un pueblo tranquilo e indiferente... Ellos seguirán mañana su ruta a Córdoba; nosotros quedaremos allí hasta que tú quieras, muñeca.. - preguntó a sus compatriotas; -¿Estáis preparados?

Él dijo que sí; ella, sonrió al afirmar.

Julia aceptó la copa de coñac que le daba Germán, y el cigarrillo que le ofrecía Pierre. se reclinó en el sofá y quiso pensar. su cabeza no respondía con serenidad: le parecía escuchar dentro ella un ruido clamoroso de motores; algo parecía querer estallarle dentro; sentía impulsos de salir corriendo y apretó las piernas nerviosamente. ¿qué le proponía Germán? A su salud le sentaría maravillosamente un descanso en el campo. sería el escándalo entre sus compañeros. ciertamente. pero era la ilusión más grata de su vida y a ella no le importaba el mundo ~~ni el que digan.~~ Ella necesitaba restablecer su salud; impedir que el mal avanzase; una temporada en el campo con Germán sería encantadora. En un momento se le entregaba la felicidad; siempre sonando con alcanzar el cariño de aquel nombre; siempre aquel nombre escurriéndose, soslayando una explicación, unas palabras definitivas. por fin aquel día, el más inesperado, todo se le aparece asequible y mágico.

-¡Oh, Germán! . - y abandonó su cabeza en el hombro de él.

-Vámonos ya, muñeca...¿Tienes que recoger algo en tu casa?

-No, no... - y súbitamente exclamó - ¡pero no puedo irme!.. - y había una desesperación sincera en sus palabras.

-¿Cómo?..

-Tengo que ir mañana a un médico...No me encuentro bien .

Germán la empujó y la obligó a levantarse.

-Pierre es médico...pero vamos, Julia, tú eres una mujer extraordinaria. A tí no te van los escrúpulos ni las noneces.

-pero si yo... - y suplicaba.

Germán parecía irritado:

-Me parecías una mujer inteligente además de hermosa...pero en fin, yo no te obligo. si tú no quieres...

La francesita la miraba con marcada curiosidad; su compañero, cargaba con la caja de vinos para llevarla al coche; también Germán comenzó a meter las conservas en una pequeña maleta.

Julia miraba llena de perplejidad. aplastó a medio consumir el cigarro en el cenicero e inició unos pasos vacilantes por la habitación. le arañan las manos, le latían las sienes; tenía una angustiosa sequedad en la garganta. se miró en un pequeño y ovalado espejo que colgaba en la pared muy cerca del balcón; dos rosas parecían clavadas en sus mejillas, pero sus ojos brillaban con mayor fuerza y estaban agrandados por unos círculos oscuros; sentía tirantes los labios y se los pintó con mucho cuidado.

La francesita le sonreía a través del espejo y le hacía señas de que le

parecía muy guapa. Julia se volvió y la miró inquisitivamente; la extranjera no llegaba a ser bonita; en su cara se podía valorar la delicadeza de su cutis y un brillo extraño, casi diabólico en sus ojos verdes; el cabello le caía largo y lacio sobre los hombros; vestía un traje ajustado, que modelaba cuidadosamente unos pequeños senos y unas caderas angulosas. A Julia le molestó su sonrisa, excesivamente admirativa; le hacía la impresión de verse ~~por~~ mirada y codiciada por un hombre.

Simone le cogió una mano y quiso conversar con ella. Julia dialogaba perfectamente su idioma, pero no sentía gana de hacerlo. ¡Oh, su cabeza, quizá vacía, o quizá llena de sensaciones incontrolables!

Germán entró nuevamente en el cuarto.

-Nos vamos, muñeca...

Julia llamaba por teléfono a su domicilio:

-Soy yo, Julia Ruiz...pra avisar que voy a pasar la noche con una familia amiga..Hasta mañana.

Y volviéndose al pintor le dijo:

-Mañana tengo que estar en Sevilla ¿sabes?

Él la abrazó efusivo:

-Eres inmensa, Julia... - y muy bajito le susurró al oído: -Seremos muy felices, muñeca...

-¡Oh, Germán...!

Le rodaron unas lágrimas por la cara.

-Dame agua, Germán...

Le acribaba la sequedad de la garganta, y a pesar de la crema sentía sus labios tirantes y ásperos.

-Ven...

Ella fue. pasaron a una cocinita pequeña y coquetona. Le llenó una copa de agua y se la ofreció. Ella bebía mientras él se la atraía por la cintura. Julia no pudo contener la risa porque sentía las manos varoniles provocándole unas cosquillas levantiscas, que le hizo echar el agua que estaba bebiendo.

Germán también se reía. Los dos fueron buscando una toalla para secarse.

El cuarto de baño estaba al fondo del pasillo. El dormitorio de Germán estaba al paso y tenía la puerta abierta; el lecho mostraba también su desorden y un primoroso pijama femenino. Elevó Julia las cejas. Germán dijo:

-Es de Simone.

-¿Dónde has dormido tú?

-En el sofá del gabinete.

-¡Pobrecito...!

Y ambos rieron muy contentos.

Para Julia todo resultaba encantador, a pesar de que su cabeza le dolía mucho.

-Tienes el cuerpo como una llama, - le decía él.

-¡Oh, sí; debo tener mucha fiebre...

-¿Fiebre?...¡Bah! Te gusta presumir de enferma; en el fondo eres una romántica...

Luego puso unos paquetes en sus brazos y le dijo:

-¡En marcha!.. Esa pareja nos espera en el coche...

Ella comenzó a andar maquinalmente. Recogió el bolso y el abrigo. Miró por el balcón antes de que lo cerrara Germán, como estaba haciendo con las ventanas y con la puerta de la terraza; la silueta de la Giralda se destacaba nítida en el fondo azul.

-¡En marcha! Pierre se cansa de esperar...

Julia salió del piso y comenzó a bajar la escalera. Le pareció que sonaba. "¿A donde vas?" Surgía una voz metálica que le atronaba el cerebro. "En busca de la dicha", musitó casi en un susurro. "Vas a entregarte a un hombre", chillaba la voz. "¡Sí!", contestó ella en voz alta y desafiante. "Te vas a dar estúpidamente. Sin amor. Sin poesía."

Julia comenzó a reír cuando volvía el rellano de la escalera. Germán ya estaba dándole vuelta a la llave de la puerta, y recogía los paquetes que tenía amontonados en el suelo.

"Sin poesía, sin romanticismo, sin pasión...plebeya, estúpidamente plebeya", le gritaban dentro.

-¡Oh! - y se paró en el rellano.

-¡Oh, Germán, es mejor que me quede en Sevilla ... - y le temblaba la voz

-¿Por qué? Lo pasaremos muy bien.... Mañana pueden traerte Pierre y Simone...

Julia prosiguió:

-No estoy buena...

-¡Oh, mi muñeca romántica!...¡En marcha!

En marcha iban ya los cuatro. El coche se deslizaba por la carretera en pleno campo.

Julia, reclinada sobre el asiento había cerrado los ojos. Estaba cansada y deseaba estirar el cuerpo completamente. Por eso acomodó sus piernas sobre las de Germán. Le agradaba la presión carinosa de los dedos de él en su carne. Abrió los ojos: los olivares oscurecían el paisaje y lo atormentaban con los

retorcimientos trágicos de sus troncos.

-Estampa bíblica... - y rió Germán al decirlo.

Ella quiso incorporarse; en el vallado, un olivo mostraba la oquedad de su tronco; le pareció un mendigo que mostrase cínicamente sus lacras y abandono. Volvió a cerrar los ojos con mucha angustia, mientras pensaba que el árbol debía ser talado y quemado, para restarle tristeza al paisaje.

Germán iba diciendo:

-Ya asoman los pinos...

Ella no abrió los ojos, pero imaginaba el verdor intenso y la gracia infantil de la arboleda.

-Ya se vé el río...

Y ella sintió la caricia del agua, derramada sobre su piel; como si unos dedos de nieve le aplastasen gozosamente el vientre.

-El río pasa muy cerca de mi casita...

Julia sentíase dominada por la voz y las manos de Germán. Y atormentada por las voces interiores que se alzaban indómitas: "Una mujerzuela y un hombre desaprensivo". "¿Y después?" Julia encogió su cuerpo hasta sentir dolorida la espalda. "¿Y después?" Eran unas palabras de hierro, duras y tenaces que golpeaban en su cerebro. "¿Y después"... "¿Y después"... "¿Y después..."

Ni la visión riente del paisaje, los pinos, las casitas blancas, el río, los potreros, las huertas; ni la actitud de amante rendido que tenía Germán; ni siquiera aquellas manos buceadoras de Germán. Las palabras surgían, no sabía de donde, brotaban claras y nítidas, se agolpaban en masa sobre su frente y pugnaban por escaparse entre sus labios atrozmente tirantes: "¿Y después...?" "¿Y después...?" Buscaron sus ojos los de Germán y se encontraron con un fuego absurdo; buscó en el campo; anudó al pasar cerca de las casas: una mujer cosía placenteramente a la puerta, un chiquillo barrigudo y despeinado, les decía adiós con alborozo, una gallina picoteaba rodeada de pasuelos... "¿Y después...?"

"¿Después?", pudo al fin dominar a las voces y comenzó a sonar: -"¿Después? No tengo que pensar. Solo es cierto esto: la maravilla del cariño de Germán; viviré con él; quedaré con él; marcharé después con él... Curaré a su lado; seré feliz toda mi vida..."

Las voces volvieron a domonar, como ~~expresadas~~ disparadas por un ángulo desconocido; surgieron alborotadoras, campanilleando; no tenían eco metálico; un eco humano las empestía; era como la voz de Mariana, el ama de llaves de su padre, que parecía decir entre carcajadas de burla: "...tenía veinte y dos años... ¡En la flor de su vida!"

Julia deslizó bruscamente su cuerpo separandose de Germán. Se incorporó y pareció contemplar el paisaje idílico. Sus manos se apretaban en las rodillitas y torcían nerviosamente la tela de su traje. "En la flor de mi vida. Por eso tengo derecho a gozar. Por eso tengo que apresurarme..."

-¡Oh, Germán...! - y solozando apoyó su cabeza en el hombro de él.

Simone volvió, sorrendida, la cabeza y pronunció una palabra en voz baja. Pierre alzó los hombros y dijo:

-Tragiques...

Germán sonreía mientras secaba sus lágrimas.

-Estamos llegando, muñeca...

Julia rió y secóse los ojos. Los verdes ojos de Simone, los sentía clavados en los suyos, con la agudeza de dos gruesas alfileres.

-Aquellas es la casa, Pierre... El coche puede entrar hasta quedar al lado de la noria.

Julia bajó la primera. El limpio aire del campo le azotó el rostro como una caricia maternal. La noria tenía seco el arco saliente con sus canchales vacíos, como mustia guirnalda; los pinos se juntaban amigables por sus abombadas copas; los castaños, tres solamente, se alzaban firmes, totundos y verticales derrochando sombra; los eucaliptos, se alineaban marciales en la delantera de la casa, altos, dominantes, desafiando al viento.

Julia construyó mentalmente una ramaca de red que iría del tronco de un eucalipto a otro. Sentíase tras el brusco abrazo del viento, agotada. Simone se le acercó. No hablaba pero sus ojos y el movimiento de sus manos expresaban gran admiración por el sitio.

-Aquí es el pueblo, - dijo Germán, mientras abría la puerta.

El pueblo derramaba su caserío en la falda del monte; las casas parecían nacidas al azar, aunque juntas formaran las calles empinadas, y se abrieran y separasen para hacerle sitio a las plazas. Sonaron graves unas campanas que se multiplicaron por el campo.

Simone quedó escuchando absorta.

-¡Oh!.. - y su boca quedó abierta unos minutos señalando al sol que engañaba con sus rayos la arboleda de un suave y redondo monte; una piara de cabras corrían apresuradas a beber en el río, agitando fuertemente las juncias que intentaban enredarse en sus cornamentas.

Julia preguntó a Germán:

-¿Es pintora?...

-Hace versos ...y ama.

Julia entró en la casa a la par que él.

La noche llegaba apresurada y sorprendió a las parejas a la orilla del río.

-tengo frío, - se quejó Julia. - tengo muchísimo frío...voy a tenderme.

-vamos a casa - decidió el pintor. - prepararemos la cena.

Julia se apoyó con languidez enfermiza en el brazo de él, y tomaron la vereda que conducía al camino de la casa.

Simone y Pierre discutían acalorados y en voz baja. parecía que la mujer no sentía deseos de recogerse y prefería permanecer en el campo aunque careciese de compañía.

-Ya se buscará compañero... - aclaró Germán al oído de Julia - Ella pasará la noche con un labriego o un pastor y Pierre beberá hasta poder llorar. Y nosotros... - la besó bruscamente en la boca - gozaremos la soledad...Creo añadió pensativo - que estás mala de veras...

-Sí; tengo mucho cansancio...

-Te reanimarás enseguida; una aspirina y una copa de coñac te vendrá muy bien...

Julia quedó parada en el camino y sus manos alcanzaron los hombros y el cuello del hombre, y sus dedos penetraron revoltosos en la negrura de su cabello.

-¡Soy tan feliz! - murmuró.

La otra pareja seguía discutiendo. Julia sintió que el brazo que le apretaba la cintura se había crispado nerviosamente, y volvió la cabeza para mirar a los franceses; Pierre tiraba de Simone sin conseguir que ella cediese. Julia no comprendía y miró a Germán con un gesto displicente. pero Germán parecía absorto en la contemplación de algo ajeno a la pareja, pero algo inesperado y molesto.

-¿qué pasa? - preguntó ella intranquila.

Apretó él la boca; se endurecieron sus ojos y tuvo un ~~momento~~ movimiento de contrariedad.

-¿qué pasa?.... - pero no siguió preguntando, porque el algo se le estaba revelando de pronto; asomada a una ventana, había una mujer que parecía espiar. Comprendió Julia el motivo de la actitud de Germán, que, al desprenderse el brazo de su cintura se había separado ostensiblemente de ella.

-La muchacha... - y sonrió forzosamente el hombre, volviéndose a su compañera. - La muchacha ha entrado en la casa mientras nosotros hemos paseado por la ribera.

-¿qué muchacha?

-Una campesina que hace los mandados y asea la casa...

-Creí que todo lo hacías tú.

-'Mujer!

-Me parece muy lógico que la limpieza te la hagan... pero hace un momento acabas de presumir de soledad delante de tus amigos..

-?Celos...?

A Julia le brotaron unas lágrimas imposibles de detener.

-No sé, Germán... siento compasión de mí; debí suponer que tu permanencia en el campo había de ser como parece ser...

-?La aceptas?

-Supongo que será una muchacha robusta y estúpida...

El pintor ~~no~~ no contestó.

-Supongo también, que, la habrás pintado.

Germán andaba despacio.

Pierre y Simone aún continuaban discutiendo.

-Me gusta que tengas resuelto el plan casero... La muchacha nos seguirá siendo útil... - calló unos segundos esperando que él contestase: - He resuelto quedarme aquí unos días; me gusta esto muchísimo, y además creo que mejoraré muchísimo; no te seré gravosa porque aportaré dinero...? Como se llama la muchacha, Germán?

-?Qué muchacha?

-La doncellita... - rió y se adelantó para colgarse de su brazo - ¡Oh, Germán, esta tarde de felicidad vale por toda una vida! Estaremos ya siempre juntos ¿verdad?

Simone andaba sola por el campo, pausadamente. Pierre había quedado resacaado en el tronco de un árbol, la cabeza inclinada y los brazos caídos.

Julia apretó su cuerpo al de Germán y ambos penetraron en la casa.

La puerta de la casa estaba abierta. La primera habitación era cuadrada y dos grandes ventanas le daban luz; la luz en aquella hora penetraba por los hierros negros tamizada por el ramaje de los eucaliptos; casi se adivinaban los escasos muebles; el caballete con la tela dispuesta para trabajar; las vigas negras, la chimenea rústica; la mesa del centro, atestada de latas u de botellas; todos los objetos se adivinaban, porque la luz se escapaba y las sombras iban acomodándose en los rincones.

-Allí está el dormitorio.

Julia se acercó a la ventana y apoyada en el alfeizar cerró los ojos y

aspiró golosa los aromas camperos que acariciaban sus sentidos y la llenaban de una dulce languidez.

ya había decidido su vida: quedaría para siempre unida a Germán a quien adoraba con todos sus defectos, porque ella lo hubiese preferido más rendido, más manejable, más entregado; pero como era, lo adoraba, porque tenía una mirada profunda que la intranquilizaba y un gesto duro en su boca que podría ser desdén o misterio. También lo conoció en un atardecer, en un rincón de los Jardines; paseaba sola por allí; fué en un día que se encontraba absurdamente deprimida y había esquivado las compañías; justamente se acercó al rincón, cuando el pintor se disponía a guardar las cosas; él, no pareció advertirla; ella, miró el cuadro y sonrió; para su gusto, el motivo elegido por el artista carecía de belleza; en cambio el pintor era espiéntado; no sabía expresar con palabras la impresión que le causara; tan grande y tremenda había sido; por eso se retiró del rincón silenciosamente, asustada de sus brutales sensaciones, y siguió paseando. Era un atardecer luminoso, transparente y nublado; ella había salido de la pensión, buscando en los Jardines, el placer de pasear; a buscar en los rincones de honda belleza serena, sin horizonte y casi sin salida.

En uno encontró por primera vez a Germán. Como un dios caprichoso que la estuviese aguardando. Así lo pensó luego, cuando volvió a encontrarse en su cuarto, cansada físicamente, los pies hinchados y la respiración difícil; cerró el libro que había quedado abierto toda la tarde sobre la mesa; se desnudó y sentóse en la cama con las piernas estiradas; así fumó su último cigarrillo aquella noche; pensando en él, creyendo que él la estuvo aguardando como un dios caprichoso; aquél era su nombre; de eso estaba segura; lo supo cuando lo vió, cuando sonrió criticando lo que ella creyó carente de belleza, cuando volvió a iniciar su paseo, cuando sintió los largos pasos de él que se acercaba; tenía una voz grave y profunda, un genuino acento francés y una defectuosa y deliciosa pronunciación castellana; tenía una magnífica cabellera negra...

-...mi madre fué italiana.

unos ojos azules que la inquietaban profundamente

-... mi abuelo fué inglés.

y una boca desdenosa; tenía un perfil correcto; tenía una figura armónica y elástica; tenía su voz una suave y firme persuasión.

Se había acercado a ella, y se presentó y le hizo preguntas acerca de su cuadro.

-No me gusta - había sido su respuesta.

-Lo sé.

Entonces él explicó que había encontrado el motivo buscando soledad; que el atardecer le había llenado de melancolía; que estaba pasando unos días de crisis no sabiendo mandar a las espátulas, ni a sus dedos, ni a los colo-

res; que había llegado a Sevilla hacía unas semanas; que pensaba salir fuera, a los pueblos, a los campos, a los cortijos, a las toradas.

Y ella le habló de su pueblo, allá escondido en la sierra gaditana; de la dureza de su suelo; de la confianza de las florecillas en las hendiduras de las rocas; de la audacia de los algarrobos nacidos en la oquedad de dos pirras y crecidos horizontalmente; de los manantiales que brotaban inesperados y silenciosos, y volcaban después su júbilo en las nueratas; de la salida solemne del sol cada mañana anunciado tras la sierra con una polvareda de oro; del jugueteo que cada noche tenía la luna con los picachos sembrándolos de nieve. ¿por qué no iba a pintar a su pueblo?

Y cuando él le dijo autoritario:

-Ven a casa; te enseñaré mis dibujos...

Ella fué sin un titubeo. Le pareció que eran amigos de antes. De siempre que habían andado cogidos de la mano en su infancia; que seguirían unidos hasta el final. Fué una llama que la consumía, porque él se le escapaba burión y cínico. Las compañeras le hablaron pronto del amigo Germán; muchas visitaron su casa y consiguieron que las dibujase; se hablaba de las excentricidades de Germán, como de cosas inimitables y envidiadas. Conoció los celos antes que la correspondencia; porque sus besos y caricias no le entregaban al nombre; lo sabía ella;.

Ahora, en este atardecer, apoyada en el alfeizar de la ventana, cerrando los ojos, respirando la voluptuosidad del aire que le susurra y le manosea y le levanta el cabello en la frente, lo vuelve a saber. Él está allí; a un paso; manipulando en el tocadiscos; pondrá música; hablará entretanto; no la dejará meditar; no la dejará hacer suposiciones sobre su vida de solitario en la casita de campo; no podrá imaginarse sus dedos largos pasando por la espesa cabellera de la campesina, untuosa de brillantina, revueltos los rizos artificiales, ni de paso, y por contraste, crerlos sentir en su propia cabeza, alisando más su flequillo en la frente; -"pareces un diablillo candoroso...", y luego le alborotaría la melena para terminar besandola.

Ahora, Germán, junto al tocadiscos intenta poner música. No la dejará pensar. La quiere aturdir. porque la campesina anda en las habitaciones interiores; ¿en cual? En cualquiera; y tal vez los esté espiando desde cualquier sitio. por eso Germán no se acerca a la ventana; la muchacha será saludable y rolliza; carne de clavel y no de jazmín; fuerte y virgen su sensualidad.

-No se vé - ha dicho Germán, encendiendo la lámpara del centro.

Ella continúa apoyada en la ventana y abiertos los ojos; el campo navega en sombras, y surgen los cantos y el aleteo apresurado de las aves, como faros encendidos.

Pierre viene andando muy despacio por la vereda. A Simone no la vé ya. Buscará un compañero nuevo; no podrán hablar; se entenderán con el tacto y la vista. Y los ojos de Simone, les vuelve a ver, como dos focos verdes que de-

nunciaran la culpa. Le asqueaba pensar en aquella pareja.

-¿Qué música prefieres, Julia?

-Me da igual. A tu gusto. Pero, por favor, suave, porque me duele la cabeza.

-Siempre me pregunto por qué no has aprendido a tocar algún instrumento.

-¿Y tú?

-Yo pinto.

-Yo estudio. Es más práctico que aprender a tocar el piano, porque con una radio y un tocadiscos está resuelto el problema.

Él se había sentado en la butaca para escuchar; parecía muy preocupado mirando la puerta que conducía al dormitorio; sin duda, esperaba que en cualquier instante apareciera por ella la compañera de sus soledades campearas, porque ahora deducía, por que la ventana por la que vió a la muchacha asomada pertenecía a la alcoba; sin duda estaba dentro, convida, sin acertar a salir en su timidez de labriega. Por eso, Julia, se sienta también, y acepta el cigarrillo que le enciende Germán, y cruza indolente sus piernas largas y finas.

-En casa hay un piano... - empieza a hablar para observar los ojos de él que siguen mirando con mucha cona insistencia hacia la puerta - Es un hermoso piano de cola... Está en un salón enorme en la planta baja... La casa tiene la planta baja, donde pasamos el verano, y el piso alto con la biblioteca, el despacho de papá y algunos dormitorios, y luego, el desván, donde están las dependencias del servicio...

Germán parecía interesado en la conversación.

-...en la actualidad el desván solo se utiliza para guardar cosas inservibles.

-¿Lo inservible para qué se guarda?

-Es un reflejo de como sabemos respetar la vejez... - y rió con una risa falsa y cruel - En casa vive don Miguel Ruiz...

-¿Quien es don Miguel Ruiz?

-Es mi papá. Así le llamamos todos. Son tres hermanos: Isabel Ruiz, guapa y mema; el señorito Ramón, juerguista y vago; y don Miguel Ruiz, caballero de apariencia intachable. Sí, mi papá es espejo de decencia y respetabilidad; vive con el ama de llaves, que ya en vida de mamá, era su querida. Cuando llego a la casa, se altera la paz de don Miguel Ruiz; la última temporada me la pasé vistiendo todo el día el pantalón vaquero y andando descalzo... ¡cuanto debió sufrir don Miguel!...

Hizo una pausa.

-¿Y la muchacha?

Contestó Germán en voz baja:

-Debe estar ahí dentro...

-¿Le dará vergüenza de mí? .Llámalala.

-Ya saldrá... Es una muchacha extraña..

-¿Enamorada de tí?

-Quizá...

-¡Oh, qué interesante! Cuéntame.

-Calla.

Y también calló Julia. También había ~~extinguido~~ cesado la música; solo se escuchaba el leve ruido del disco que seguía dando vueltas.

Se sintió un sollozo.

Julia se incorporó.

-¿Llora ella?

Germán se había levantado parsimonioso a parar el disco y darle la vuelta. Respondió:

-Llora el idiota de Pierre.

-Ahí... - y no pudo impedir un desencanto en su voz.

Se levantó ella también para seguir sus pasos hacia la alcoba. Él la detuvo al advertir su intención. Le dijo en voz baja:

-Déjame solo ¿quieres? Haz por comprender... La chica tenía fé en mí..Yo le explicaré; sé inteligente ..Yo no había previsto...

Julia se detuvo y lo dejó marchar solo. Eran dos pasos los que faltaban. Desde allí se escuchaba perfectamente la respiración de Germán y su voz, tan persuasiva ¡ay! llamándola:

-Ana.., Ana...

En el cuarto reinaba un profundo silencio; sin duda la muchacha estaba muy resentida.

-Ana.., Ana.., ¿qué te pasa? ¡no seas tontina!.. responde, Ana...

Continuaba el silencio. Tal vez la muchacha se hubiese marchado enfadada; tal vez se habría marchado por la ventana. Julia entró en el cuarto a tiempo que Germán buscaba la luz y la encendía.

-No te canses, Germán; se ha ido picada...

Fué entonces, cuando ella misma dió un grito y se colgó temerosa de un brazo del pintor, que se había quedado, junto al interruptor, mirando horrorizado el lecho, donde Ana, pequeña y rubia como una espiga, yacía asilada y envuelta en las amapolas de su sangre.

-¿Muerta? - susurró Julia.

Germán la apartó bruscamente de su lado y salió del cuarto llamando a grandes voces:

-¡Pierre! ¡Pierre!...

Habia en cuarto una mezcla de olores extraños. Julia quiso ver a la muchacha tenía un rostro de cera y ~~para~~ unos rasgos finísimos y delicados; estaba tendida en medio del lecho, un poco torcida, la cabeza sobre la almonada y una pierna colgando; se cubría con un vestido floreado y calzaba unas zapatillas de goma; en su pecho, entre la sangre, brillaba el mango níquelado de una navajita.

Pierre, delgado y pequeño, entró en el cuarto, y le pareció a Julia que entraba un leo negro saltando nerviosamente. Estaba muy excitado. Pronunció un torrente de frases. Gogió una mano de la muchacha; aplicó el oído sobre su pecho.

-¿Vive?...

Asintió Pierre con un movimiento de su cara; luego, escuchó en el vientre y lo palpó a través de las ropas.

-También vive, - dijo.

Julia observaba el vientre de la muchacha que alzaba su redondez voceando la maternidad.

Entonces, por un milagro de su férrea voluntad, se acercó a la cama.

-Puedo ayudar - dijo pausada.

Germán se volvió sorprendido.

-Me habías olvidado - dijo sin acritud.

Germán la sujetó por los hombros; estaba muy nervioso.

-Tú lo comprendes todo, ¿verdad, Julia?

-Creo comprender, Germán... pero dime, ¿a donde vá Pierre tan ligero?

-Al coche por su botiquín...Ella vive...; menos mal; esto simplifica las cosas...

-Es una niña - observó ella, alzando la cabeza.

-Diez y siete años.

-¡Oh, Germán!...

Julia sentía unas ganas muy grandes de llorar; repentinamente se habían trocado sus planes, hasta los más inmediatos.

-Puedo ayudar - volvió a decir a Germán y a Pierre que había entrado con una maletita.

Él no pareció oirla y ella bajó la cabeza y se hundió en el sillón. Cerró los ojos y se reclinó luego en el respaldo; latíanle las sienes con aceleración creciente y dolorosa; le ardía la piel, como una brasa, como una llama; sentía aplastado el corazón dificultándole el respirar; y en el cerebro, fuertes golpes, sin compás ni acorde. Como en una pesadilla, escuchaba las palabras de Pierre:

-La herida es superficial...

Y luego, a Germán:

-La llevaremos a su casa... Vive cerca.

Sentía manipular en la maleta, y oyó que Germán quería agua y un toallón; entonces le pareció a ella que había llegado la hora de ayudar, pero no tuvo fuerzas ni siquiera para abrir los ojos, ni para levantar las manos de los brazos del sillón.

Elos hacían palabras entrecortadas.

-La muchacha es bellísima... ¡Lástima de su estado!

¿Dijo algo Germán? ¿qué tiempo haría que se habían conocido? Y quiso calcular fechas. Todas coincidían perfectamente.

-¿pero como nos permitido que esto continúe? - preguntaba Pierre.

-Terminaba llorando pero prometiendo obedecerme... Es una criatura extraña...

"Es una criatura extraña", se repitió mentalmente Julia. Antes le oyó las mismas palabras. Era una niña que se había enamorado para su infelicidad; un amor que no consentía otro; ¿qué pudo sentir la niña al verlos a los dos desearse por la vereda? ¿qué sabía la enamorada de aquel nombre? ¿qué promesas recibió de él?

-¿Vive lejos?

-Muy cerca. En el otero de la izquierda... Es la mayor de ocho hermanos. Julia escuchaba atentamente; pero Pierre hablaba poco, y Germán estaba visiblemente contrariado.

-No pude prevenirla... Me aseguró que se iba con unos parientes a Sevilla para desahucarse de eso... Esta tarde me ha visto con Julia... Se ha desesperado. Cargaron con la muchacha, envolviéndola previamente en una manta.

-procura no tropezar...

Julia abrió los ojos y vio como la transportaban, y con qué cuidado cruzaban el umbral. Le pareció que llevaban un cadáver. Sobre la mesa de noche, manchada con su sangre, quedaba la navajita. Julia se levantó y volvió a decir:

-puedo ayudar.

-Alumbranos el camino con una linterna.

Germán le indicó donde podría encontrar una, y el camino que debía seguir. Comenzó el desfile entre los árboles rumorosos. Ganían los perros vecinos. Julia iba delante, tanteando con sus pies el blando terreno, esquivando las espinosas matas secas, avisando los desniveles con voz apagada. Sentía gana de quedar sentada en el suelo y ver marchar solo el cortejo triste, que le parecía tan irreal. Le temblaba el cuerpo con un temblor de miedo y de calentura. ¿Cómo podían sucederse los hechos de aquella forma? Era que la Burla había intervenido en su vida para trastornarla. ¿pudo ser acaso todo lo sucedido más desconcertante? Todo empezó desde por la mañana; desde que despertó sin gana de ir a la universidad; se levantó tarde y permaneció en su cuarto sin ánimo para salir al comedor; fué Garmencha, la estudiante de medicina,

la única que entró para interesarse por ella.

-¿No tienes gana de comer?

-Sí, tengo apetito; pero me horroriza pensar en que tengo que ver tanta gente alrededor y hablando sin cesar.

Carmenhu rió y dijo que ella lo arreglaría todo.

Y ella misma le trajo en una bandeja la comida y le aconsejó que se acostara, o que se diese un paseo; y luego le arrancó la promesa de que se haría ver por un buen médico. Ignoraba completamente la presencia de Germán en Sevilla; salió sin gana, y así entró en casa del médico; todo parecía ocurrir sin la intervención de su voluntad; como si un ente burlón la empujara y le camoiara las caricias por zarpazos. ¿Qué era, si nó lo que le estaba ocurriendo? La invitación de Germán la aceptó con júbilo, porque al fin iba a satisfacer su ilusión más grande; viviría con él un día o todos los días de su vida; y aquel iba a ser el primero, a costa de lo que fuese. Vino en el coche, pensando que la fiebre podría malograr su placer; dispuesta a tomar toda clase de medicamentos que la pusieran mejor; se alegró a la vista de la casa, con su hermosa arboleda, y la cercanía del río; y cuando Germán propuso:

-Vamos a pasear por la ribera...

ella disimuló su contrariedad, porque ella ansiaba hasta la desesperación encontrar una cama o un sofá donde tenderse hasta que le pasaran los escalofríos de la fiebre; ella había dicho que sí, como también lo había dicho Simone, y los cuatro pasearon, pero la humedad acrecentaba su malestar:

-Tengo frío...Tengo muchísimo frío...Voy a tenderme....

Y pensaba con deleite en el lecho. Tenían toda la vida por delante porque ella no pensaba ya separarse de él; lo había decidido; cortaría su carrera; ¿a qué estudiar más aquel curso? Su salud necesitaba del reposo, del descanso, de la tranquilidad; todo eso encontraría al lado de Germán. Se lo diría así a su padre; y era seguro que su padre se escandalizaría. "¿Qué dirán los conocidos?" ¿Qué le importaba a ella el mundo! Su dicha era antes que todo lo demás; le haría al padre una proposición de acuerdo con Germán le diría que se iba al extranjero a ampliar estudios; enfín, todo podía tener fácil arreglo. Todo. Todo, menos lo que estaba ocurriendo; la intromisión de otra mujer, con una vida en el vientre y con un punal clavado en el pecho. Era lo inesperado y lo absurdo. Y ella, en vez de estar tendida, sudando la fiebre, acariciada por las manos de Germán, tenía que ir caminando como una sonámbula por un sendero desconocido, alumbrando a un pobre y triste cortejo.

-¿A quien encontraremos en la casa, German? - preguntó.

-No sé - contestó él, desabrido.

Aullaban los perros que parecían acercarse. La casa tenía la luz encendida, y se escuchaba la voz de una mujer que llamaba a grandes voces a alguien

-Me asustan los perros, Germán...

Ni él ni Pierre le contestaron; ella prosiguió su marcha forzadamente.

A la casa asomaba gente, y una persona salía al encuentro de ellos con un farol en la mano.

-¿Quién es? - gritaba.

Y la silueta borrosa de una mujer, salió de la casa en una carrera enloquecida. Se chilló el nombre de Ana. Se enardecieron los perros en sus ladridos. Gritaron unos niños. Una voz sobre todas, llamaba:

-¡Frasquito! ¡Frasquito!..

A Julia le tembló tanto la mano que se le cayó la linterna. Germán lanzó una maldición, y la muchacha se hizo a un lado, imposibilitada para seguir andando.

-¿Qué pasa? - preguntaba un hombre con voz fuerte.

Julia dejóse caer en el suelo, junto a la linterna encendida que alumbraba un blando y ancho hormiguero. Le dolían todos sus miembros y pensó que sería mejor tenderse allí mismo y esperar así los acontecimientos. Ya solo se sentía unos sollozos muy fuertes y un griterío enloquecedor; después un largo y profundo silencio.

Ella alargó el brazo para coger la linterna; un perro le ladraba muy cerca; cerró los ojos, porque era incapaz de ahuyentarlo ni con el más leve movimiento. Una mano suave se posó delicadamente sobre su brazo. Alzó los ojos; Simone se había arrodillado junto a ella.

-Estoy mala.

La francesa le acariciaba el pelo:

-¡Pauvrette!...!pauvrette!..

A Julia le repelía el contacto de aquella mujer. Se levantó trabajosamente y empezó a andar para la casa. Allí, a la luz del quinqué, pudo contemplar los ojos azules de Ana que se habían abierto inexpresivos. Pierre daba instrucciones a la madre; la cuiquilliería, se había replegado y miraba absorta, comprendiendo lo que antes pudo ser un misterio; la madre era una mujer pequeña, morena y desgrenada que miraba a todos noscamente.

-¿Como qué? ¿Como qué?... preguntaba angustiada, y bajaba la cabeza como aplastada por el conocimiento de la respuesta; luego, enzarzaba en una letanía los méritos que adornaban a su hija, en la que tenía confianza ciega y por eso la dejaba al cuidado de la casa cuando ella se iba al pueblo. - A mi niña me la han engañado....!Ha sido engañada! - gritaba desesperadamente - ¿Y cuándo se entere su padre, qué vá a apasar?

-Lo primero es lo primero - sentenciaba un mocetón de anchas espaldas y pelo encrespado: - Lo primero es la vida de Ana, y después habrá tiempo de averiguar y de hablar...

Y Pierre, intentaba de nuevo hacerse comprender, al decir que todo era aparatoso, y que la vida de la muchacha no corría el menor peligro.

volvía el jayán a decir:

-Lo primero es lo primero....

-¡Cállate, Frasquito!... - chilló la madre; - Ella es mi hija, y yo sé lo que me corresponde nacer... ¡vuélvete otra vez a la cuadra; cuando te necesite te llamaré...

A Frasquito no le hizo gracia la orden. porque Frasquito sentíase un poquito héroe aquella noche. porque Frasquito era de suyo muy enamorado, y estaba muy pagado de la gallardía de su cuerpo, de su fuerte dentadura de fiero, de su ancho pecho, de sus largas piernas, de la fuerza de sus brazos. porque Frasquito anduvo enamorado de la niña Ana, cuando esta dejó de tener un cuerpo desgarrado, y la tela de su blusa se hinchaba por el empuje poderoso de los incipientes senos, y las caderas se arquearon y tomaron el vaivén de las redondas ancas de una potranca. porque Frasquito solicitó su amor y ella le otorgó desdén, sin reparar que era en todo el contorno, el macho más codiciado. ¿En el contorno? Y hasta fuera de España... Un poquito héroe se sentía aquella noche el ganán; por algo había acudido a sus brazos aquella mujer; se habían mirado; se habían deseado; se habían satisfecho. ¿quien era ella? Una. Bonita, rara y caprichosa; sin dengues ni tonterías. ¿Como se atrevía la madre de Ana, a mandarlo callar? ¿Delante de tanta gente? ¿Delante de "ella"? Frasquito no le gustó la orden y se desquitó hablando desde la puerta y en alta voz para ser oído de todos:

-Desde mi cuadra veo yo muchas cosas... Y veía saltar por la ventana todas las noches a una persona...

^{Pierre}~~Simone~~ se despidió de la madre y tomó del brazo a Germán para salir. La mujer no contestó y bajó la cabeza llena de pesadumbre; los niños miraban a los forasteros con unos ojos excesivamente brillantes e inquietos. Pierre tropezó en la puerta con Simone.

-¿Tú...?

-Vine detrás de tí...

Hablaban en su idioma y los niños abrieron sus bocas llenos de asombro y se acercaron a los extranjeros. Los pequeños también observaron como Pierre que en la cabeza de la extranjera, brillaban rubias y tersas unas pajas. Sacudió ella la cabellera, y se desprendieron algunas cayendo en sus hombros.

-Vámonos - y el francés, la cogió del brazo zarandeandola.

Delante marcharon ellos, alumbrados por la luz que salía por las ventanas de la casa. Germán cogió la linterna y comenzó a andar en silencio:

-Espérame - suplicó Julia.

Se detuvo él para darle el brazo.

Temblaba la muchacha y le sonaban los dientes; sentía unas ganas enormes de llorar y deseaba no encontrarse allí, enferma y curada. Él, parecía no darse cuenta de que la llevaba al lado, y andaba ligera sin contestar a algunas espaciadas preguntas que Pierre le dirigía.

Intraron los cuatro en silencio en la casa. Y los cuatro tomaron asiento. Pierre advirtió el temblor involuntario de las manos de Julia; se acer-

có a ella y la pulsó.

-Tiene mucha fiebre - le dijo a Germán.

Julia preguntó anhelante:

-¿Podrías llevarme ahora a Sevilla?

-Podría, claro...pero te conviene descansar...Acuéstate; te daremos algo caliente y un comprimido que te alivie...De momento, no debemos ausentarnos de la casa, porque nadrian de creer en una huida...

Ella no tenía fuerzas para oponerse. por eso dejóse hacer. se había encogido de hombros:

-Lo que tú digas...

Y advirtió que Germán abrió una alacena y encendió un hornillo; que desconchaba una botella y titineaban unas copas. Luego, entre los dos nombres la levantaron de la silla, y la obligaron a andar; y después, mientras uno la sujetaba por debajo de los brazos, el otro la levantaba por las piernas. "Como a Ana; acaso yo esté ya muerta..." pensó. Y sintió un dulce alivio al aplastar con su cuerpo el colchón. Oyó claramente la voz de Simone que preguntaba donde tenían unas mantas para poderla abrigar.

Era consolador sentirse atendida; aunque entretanto le pareciera escuchar una conversación entre Germán y una desconocida; una desconocida que hablaba con su propia voz, porque era ella misma, Julia, la que contestaba a las insinuaciones de Germán:

-¿Un hijo?....No podrá nacer...

-No nacerá, Germán, lo anogaré en mi vientre.

-¿Seguro que lo harás?

-Seguro que lo haré Germán, porque tú quieres que lo haga...

Escuchaba diálogos cruzados entre Pierre y Simone; entre Germán y Ana; entre Germán y ella. Y era un tormento no poder seguir cada uno por separado. Hasta que Simone se acreció moviendo una cucharilla dentro de un vaso; y Pierre la incorporó para que ella pudiese beber. Y Germán a los pies de la cama, se desesperaba sin disimulo alguno, diciendo:

-Solo me faltaba esta complicación...

quiso decirle que no sería así; que ella se marcharía al día siguiente para evitarle conflictos; que ella comprendía perfectamente su estado de ánimo; que comprendía muy bien lo pasado con Ana; que la vida era como una guitarra a la que hay que sacarle con mucho arte sus mejores notas; que ella era sensata y sabía que todo, al cabo de unos días volvería a ser posible; porque la vida era así; todo se renovaba, renacía; por eso ella sabía que todo volvería a ser, como lo había deseado.

pero no dijo nada. Tragó el comprimido; bebió la leche y se dejó cubrir con una gruesa manta. Luego le apagaron la luz y la dejaron sola. En la pieza contigua quedaron ellos. Hablaban muy ligeros; demasiados deprisa, porque a ella le costaba trabajo seguirlos, ya que dentro de ella misma, quizá en su

cerebro, quizá en su corazón o en su garganta, hablaba a voces destempladas la madre de Ana, y Ana musitaba quejas amorosas y lloraba apenadísima. Pero los franceses, estaban en la pieza contigua: al principio parecían discutir los tres, luego brindaban y bebían, después reían con estrépito y hasta se les escuchaba cantar:

Julia fué invadida por un sopor, que expulsó de su cerebro, de su corazón o de su garganta, el dúo doloroso de Ana y la madre; y de sus oídos, las voces destempladas de los franceses que bebían demasiado.

Cuando Julia despertó, ya nacía rato que un rayo de sol, jugueteaba con su pelo y le palpaba la cara en una caricia caliente y maternal. Abrió los ojos. Al principio no sabía donde estaba; pero al volver la cabeza y ver tendido junto a ella a Germán, recordó los hechos.

Un fuerte olor agrio le repugnó. Indagó la causa. Sobre la manta, había un charco de papas revueltas con trozos de comidas.

Se incorporó en la cama; sobre la almonada, al otro lado de Germán había más restos de comida revueltos.

"He aquí, - pensó - la primera noche, que pudo ser de amor, pasada con un nombre..."

Deslizose de la cama con mucho cuidado para no mancharse. Germán roncaba ruidosamente; otros ruidos similares había muy cercanos al cuarto. Se contempló las arrugas de la falda y se alisó con los dedos el cabello.

Se acercó de nuevo a la cama; sobre la blanca colcha destacaba la oscura la sangre de Ana; debajo de la orejilla de Germán, en la almonada, había otro enorme círculo; también ella, como él, había dormido encima de la colcha, sin que antes hubieran tenido la preocupación de quitar la ropa. Miraba fríamente al hombre tendido y analizaba cada perfil de su cuerpo. La camisa desabrochada, desnudaba un pecho ancho de vigoroso vello, que respiraba con normalidad; la boca, dejaba ver la perfección y la blancura de los dientes, y un rictus de cínico desdén; el pantalón, el mismo pantalón gris que tuvo todo el día, - tampoco él se desnudó - se arrugaba en la cintura, abier-

rebuscaba en el armario de Ramón un traje.

Se tragó el coñac. Corrió por el vestíbulo. Se volvió, de pronto, recordando algo que le iba a ser imprescindible;

-¡Ah, Catalina, esperanos por la puerta del jardín!...

Sin grandes contratiempos llegó hasta los muros del cementerio, donde Ramón aguardaba tendido en la sombra cada vez más estrecha que proyectaba la pared en el suelo. Algunos perros habían corrido tras la muchacha aullando lúgubres; temió ella que alguien la viese; aminoraba la marcha temerosa; volvía a correr cuando le parecía posible; ahondaba la mirada en las sombras más lejanas, para esquivar presencias humanas; se asía al ramaje de los árboles para poder respirar profundamente. No podía más. Le temblaban las piernas; hasta el brazo, en su involuntario movimiento, parecía no poder sostener el traje.

-Aquí estoy, tío...; dame la corbata...

Se la anudó ella a su cuello y escondió los picos en el escote para que no le estorbasen.

-¿puedes ponerte el pantalón?

Hizo Ramón poderosísimos esfuerzos para mover la pierna izquierda sin conseguirlo.

-No te preocupes, tío; no tendrás nada ~~rot~~ roto; es que estás entumecido de frío...; te ayudaré yo... - y con delicado cuidado levantole una pierna y luego la otra, para colocarle los pantalones. - Levanta la cintura, tío; así; eso es...; abróchate para que no se te caigan... - hablaba muy quedo, muy temerosa, pero precisa y autoritaria - ¿podrás levantarte?... A ver; cógete a mi cuello... Venga... ¡ahora!... ¡Oh, tío Ramón, soy yo la que no puedo contigo...! ¿qué haremos?... ¿qué haremos? ¿podrás arrastrarte hasta ese árbol? Inténtalo, anda, inténtalo..., así, dando vueltas sobre tu cuerpo, como en el circo... ¡qué recuerdo! ¡el circo! ¡una pirueta estamos haciendo los dos pero demasiado trágica!... Así, así... ¡qué bien!...

Los dos a la vez llegaron al árbol. La muchacha limpió con su falda el rostro, el cuello y los hombros de su tío. Respiraron los dos ansiosamente; cerraron los ojos; él, para no ver la majestad siniestra de las llamas elevándose tremendas, pregonando implacables el lugar de la culpa; ella, para dejar de ver el clarísimo vocerío del bosque de cruces que se alzaban sobre las tumbas.

-Búscame un palo, que me sirva de bastón...

No lo encontró. Y mientras, los esfuerzos, el dolor, la angustia, la desesperanza, se clavaban en Ramón, que como miserable gusano, intentaba asirse, revolcando su cuerpo en la tierra, al árbol.

Cuando por fin lo consiguió y pudo además ponerse la chaqueta, creyó que todos sus titánicos trabajos habían sido inútiles, al sentir, como por su

cerebro parecía introducirse alevosamente una manga que se lo vaciara. Ella lo sostuvo en su vacilación.

-¡Por favor, tío...!

-Julia, niña...

-No hables..., no te desmayes..., no te mueras...

-¡Niña...!

La sombra de la tapia solo alcanzaba a una persona.

-¿Nos verán?...No quiero comprometerte, niña...Vete tú...yo llegaré cuando Dios quiera...

-No importa que nos vean...Creerán que somos una pareja de enamorados sorprendidos en el campo por el fuego....

¿Como pudieron llegar hasta la cañada? ¿Como no los descubrieron cuando parecía que todo el pueblo se había levantado y se volcaban por todas partes a la carretera? ¿Como la insistencia del ganido de la dispersa jauría no llamaba la atención sobre ellos?

Y llegaron por fin, al callejón del Hortelano.

-procura enderezar la espalda, tío...

Salieron a la calle. La atravesaron por su tramo más corto para meterse en la callejuela. Andarían un pedazo de acera mal empedrada y resbaladiza por la abundancia de yerbas. La luna no alumbraba con la misma fuerza, porque las nubes de humo se habían adueñado del cielo.

Un poco más y llegaban a la puertecilla del jardín.

Empujó Julia.

Entre Catalina y ella, pudo Ramón andar hasta llegar a su cuarto y tenderse en la cama.

-Haznos café enseguida, Catalina...Trae coñac...

Ramón parecía desmayado; así de quieto estaba.

Julia se derrumbó sobre la butaca.

Quietos y callados estuvieron ambos hasta que la vieja llegó con el café y el coñac.

-¿Qué hacemos ahora?

-¿Qué quieres decir, Catalina?

-que qué hacemos. porque no vamos a dejar a esta criatura así ¿no?... por lo pronto habrá que ponerle un pijama y ver si en el cuerpo tiene quemaduras, como las tiene aquí en el pelo y en el cuello...

Julia se levantó.

-Habrá que hacer algo, sí... Dame la ropa, Catalina.....

Catalina no consintió que la muchacha le ayudase. Ella estaba acostumbrada a aquellas cosas. Ella había cuidado en sus enfermedades a toda la familia; ella, amortajó a todos los Ruiz que descansaban ya bajo tierra, y aquello era como una mortaja; y sobre todo que no estaba bien que una jovencita hiciera aquellas faenas.

-¡Dios mío! - exclamó horrorizada la vieja al descubrirlo - ¡pobrecito mío! ¡Si parece un Ecce Homo!... Todito el cuerpo llagado y manchado de tierra y yerbas...

-¿Tiene quemaduras?

-Yo no distingo bien...; míralo tú...

Tampoco las distinguía ella; eran unas desolladuras extensas, sangui-nolentas y sucias de tierra y yerbajos. Habría que lavar el cuerpo trozo a trozo antes de que sobreviniera una infección. que preparara agua oxigenada o agua hervida. Ella misma le haría la limpieza. Ella misma le vendaría el tobillo de la pierna izquierda. Y ella misma se lo llevaría ala madrugada en un coche para Sevilla....

-...porque nadie te ha visto, tío...

-quedó mi ropa allí dentro...

-Se habrá quemado y no quedará ni rastro; el fuego es espantoso...

-Tambien quedó dentro ella..., o quizá naya salido..., ¿que ha sido de Vicenta?

-No sé nada, tío... Yo te encontré a tí, apartado del fuego, dentro de una zanja...

¿que habría sido de Vicenta? Solo recordaba sus alaridos desesperados : "Es el Domingo.., es el Domingo...", y la expresión de tremenda horror en en su cara.

-Me siento muy mal, Julita...

-Sí...

-Presiento que me acabo..., que termino...

-¡Bah...!

-No digas esas cosas, Ramoncillo..; tú no puedes morir...; esto pasará enseguida...Tú verás... voy a llamar a tu hermana por teléfono; aquí está haciendo falta la señorita Isabel...Te curarás; tú verás...

-yo tambien creo que pasará y que curarás perfectamente, tío.

-Es posible...Pero ya no seré el mismo... Ya no podré levantar la cabeza...Me siento muy culpable..; me siento responsable de la locura de Domingo y de la muerte de Vicenta si muriera...Merezco la cárcel y el infierno...

-¡Ay, calla, calla, Ramoncillo!..

-?A qué fui allí? ?que esperaba yo allí? Aquello no era mio...No tenía derecho...Merezco el desprecio del mundo...

-¡Ramoncillo!...!Con todo lo que he rezado yo hoy por tí!..

-Pues todos los diablos se han estado burlando de tí.

-No debes hablar por ahora, tío...Voy a vendarte el tobillo...quizá me dé buen arte...

-Será chusco verme cojo para siempre..; mi propia pierna acusandome.. ?Tú crees, Julia, que se podrá vivir así? ?Tú crees que merecen ser vividos unos asquerosos años inhábil y amenazado. Estoy seguro de morir de rabia y de impotencia...

-Debes callar, tío; te excitas sin necesidad....

-Es fácil recomendar la calma.

-¡Ay, niño, yo también te digo que no hables!..que pienses que Dios te ha dejado tiempo para que recapacites y vuelvas al buen camino....

-!Eres tú la que tienes que callar, y dejarme de beaterías estúpidas!

Se le acercó la vieja como una visión de espanto; las greñas desperdigadas, los ojos onispeantes, los labios temblorosos, la cabeza oscilante, las manos abiertas y engarfiadas.

-Aunque sea una pobre criada, una inútil vieja, una mujer sin finuras ni educación, he sido para tí una madre desde que viniste al mundo, y solo he vivido para cuidar tu cuerpo y pedir por la salvación de tu alma...!Déjame hablar, Julia!..siempre he callado a todo, siempre he sido mandada y siempre me he portado como buena sirvienta....He pasado por todo, ¡por todo!... por esto es por lo que no paso, ¡ea!...que has vivido como una bestia, disfrutando de todo sin pensar nunca en Dios, y ofendiendolo sin parar...que Dios ha permitido esto que te está pasando, porque se ha compadecido de tí y de mí, que tengo los ojos perdidos de tanto llorarle...!Déjame hablar, Julia, que a tí también te conviene escuchar!...~~que te ha~~ que te ha dejado Dios, Ramoncillo mio, en plena libertad de escoger... que lo que ha permitido hoy, es un aviso; que su infinita misericordia habrá hecho que aquella desgraciada comprendiera y se arrepintiera en el último segundo ¡quién sabe!..que a tí te ha zarandeado, lo mismo que un padre zarandea por los brazos a un chiquillo cuando se empeña en no advertir el peligro...Eso es, eso es...Y yo no sé decir otra cosa...yo no sé más que decirte Ramoncillo de mi alma, que te echas en el pecho de Dios que es tu padre...que EL, solo EL, es la verada....?qué voy a decirte yo, que soy una pobre mujer sin delicadezas, pero que te quiero, Ramoncillo? Eso es; que te quiero...

Catalina no pudo seguir hablando. Se abatió sobre la cama como una

rama seca y quebrada. Ramón alargó una mano y suavemente acarició las desperdigadas greñas de la vieja.

Julia no pareció advertir el desplomamiento de Catalina, ni la emocionada y agradecida caricia de su tío.

Un silencio pesado y profundo cayó sobre los tres.

Durante unos minutos solo podía sentirse la dificultosa respiración de Julia, con el fondo de campanas tocando en la torre de la iglesia.

Luego, unos golpes resonaron en la puerta de la calle, tan fuertes y sonoros, que eclipsaron el ruido del campanario.

-Yo iré - díjole Julia a Catalina, que se había incorporado.

Y ella abrió la cancela y la puerta de la calle sin preguntarse quien pudiera ser. Solo en el momento de tirar de la puerta, se inquietó y se reprochó su inconsciencia; pero ya no podía retroceder, porque una mano nerviosamente había empujado.

Se recortó, fino y grácil, el cuerpo de Isabel Ruiz.

Julia entró en la casa y subió la escalera con secreto temor, porque tal vez Germán estuviese disgustado por haberle hecho esperar toda la noche. Por eso quedó junto a la puerta, con una súbita timidez que le impedía pulsar el timbre de llamada.

Puso su mano sobre la puerta y esta cedió suavemente, ante su asombro. La puerta solo estaba entornada.

-Germán, - llamó al entrar.

Aspiró con deleite el denso aire que se encerraba en la casa. Tabaco, alcohol, colonias. Toda la noche en espera de su llegada, con impaciencias, con incertidumbres.

Sobre el arcón del vestíbulo había una hoja de papel escrita que ella leyó ávidamente.

El pintor había escrito; "Salgo a desayunar. Vuelvo esseguida. Espérame."

Por eso Germán no había salido al escuchar su voz llamándolo.

Penetró en el gabinete. Los cojines del diván estaban aplatados y amontonados, algunos en el suelo. Los ceniceros, colmados de colillas y una botella de coñac vacía sobre la mesa con algunas copas.

No estuvo solo Germán. No pasó la noche en impaciente y amorosa espera. Separó las colillas; pero no había necesidad de hacerlo para comprobar que una mujer, por lo menos una, estuvo allí, y dejó la mancha roja en el borde de la copa. ¿Cuántas copas? Una, dos, tres y cuatro. Una sola copa manchada. Y esto la tranquilizó.

El gabinete, como toda la casa, estaba impregnado del fuerte olor de Germán. Julia distribuyó las flores por los cacharros vacíos; las había comprado al llegar a Sevilla.

Respiró con gusto dentro del dormitorio; la cama tenía también las ropas revueltas. Sobre el respaldo del sillón colgaba el batín, y encima de la alfombra, cada una con la puntera en distinta dirección, estaban las zapatillas. Se pasó las mangas del batín por la cara como en una caricia. Tenía el batín el fuerte olor sensual de Germán; olía a su cuerpo y todavía guardaba su calor.

¿Tardaría mucho en volver?

La impaciencia la consumía. Eran ya muchas horas persiguiendo la felicidad, pero ya la tenía cogida de la mano y no la soltaría hasta el fin.

Deseaba sentir los pasos de él en el descansillo de la escalera; en la puerta. Deseaba verlo avanzar sonriente, con su vehemencia incontenible. Le diría ella:

-por fin pude escaparme. Aquello era como una tupida red que me tenía aprisionada...

Y Germán la recibiría gozoso, con aquella sonrisa amplia y deslumbrante, y le diría palabras de ternura. Estaba deseando poder comprobarlo.

Fué difícil la salida de su casa. Las horas que permaneció junto a la familia fueron de tormentosa pesadilla. Los esfuerzos que tuvo que hacer para ayudar a su tío, la dejaron extenuada; por eso, cuando su tía Isabel llegó, avisada por la vieja Catalina, hablaron que habrían de hacer con el tío Ramón; ninguno estaba de acuerdo con que ella lo llevara a Sevilla para ingresarlo en una clínica; tía Isabel, decidió hacerse cargo de todo con lo que ella sintió aliviado su peso, ya que de no haber sido así, el tío Ramón hubiera trastornado sus planes. Por eso, se retiró al gabinete y abrió la ventana del jardín; entraba frío y humedad, pero sobre todo entraba el fuerte campaneo que le seguía atormentando el cerebro; fumó un cigarrillo para poder tranquilizarse un poco; después, volvió a entrar en el dormitorio del tío; tía Isabel le hizo señas para que no hablase; tío Ramón, tenía

los ojos cerrados, pero entre las pestañas brillaba algo; se acercó silenciosamente. Tía Isabel se levantó y la acompañó fuera del cuarto.

-Debes descansar, Julita; ya me han dicho Ramón y Catalina que te han portado como una santa; ¡Dios te lo pague! Ahora a descansar, a dormir...

-¿Duerme tío Ramón?

-Hace algo mejor; está llorando.

Ella se despidió para ir a su casa; allí descansaría bien. Cuando su tía la besó, ya en la puerta, no podía saber que ~~ix~~ se despedían para una eternidad.

-Toma luminal, Julita, así podrás dormir...

-Gracias, tía...

-Hasta mañana, niña.

Y ella no tuvo valor para contestarle. Le apabullaba la serenidad de aquella mujer, la fuerza que emanaba de su interior, el caudal inmenso de la paz de su espíritu.

Y cuando llegó a su casa y tropezó con su padre en el vestíbulo - ¡oh, su padre era un personaje de novelón antiguo! - temió un interrogatorio que demorase su descanso hasta lo insospechado. Felizmente, don Miguel, la estaba esperando por pura fórmula; le habría despertado el toque de rebato; primero se llevaría las manos al estómago; "Una digestión pesada, que hasta parece que oigo tocar a fuego..."; se espabilaría por el constante ruido del campanario; saltaría un taco; "¿Fuego? ¿Arderá mi casa?" se echaría de la cama abriría la puerta, olfatearía; se volvería a tender; "En mi casa no ocurre nada; puedo seguir tranquilo cuidando mi digestión". Pero después, habría de pensar; "Estarán ardiendo mis campos, mis huertas, mis cortijos? No podré tranquilizarme hasta saberlo", y al salir del cuarto, como un tonel enorme pintado a rayas, se encontraría con la barragana que le daría la noticia; "Está ardiendo punta Alegre". Y respiraría de satisfacción y echaría con regodeo gases nauseabundos por su boca que abanicarían los pelos de su bigote. "A dormir. No pasa nada. A lo mejor se está quemando mi hermano Ramón, pero merecido se lo tiene si es así. A dormir". Y ya en la cama; "¿Habrá despertado Julia?". La buscaría Mariana por toda la casa y llegaría después llena de enojo; "No está en la casa; la puerta de la calle está abierta". - "¡Ah como nos roban la tranquilidad y el descanso los hijos." pediría el batín y las pantuflas para esperarla en el vestíbulo, porque él sabía siempre cuál era su deber y como debía de apaciguar su conciencia.

Y cuando ella le dijo sin esperar la pregunta;

-Vengo de casa de tío Ramón...ví el fuego...; salí a la calle...Tropecé con tío Ramón... - él se retiró a su cuarto, y ella pidió un despertador para estar a tiempo.

El timbre del reloj, la despertó con sobresalto, porque además el sueño no estuvo sembrado de malas y horrorosas pesadillas; pero cuando recordó lo

lo que le esperaba tras aquella llamada, le pareció un repique glorioso. Hasta ganas de cantar tuvo. Se bañó y cambió de ropa. En su armario, además, guardaba un abrigo viejo que le proporcionó un viaje agradable. Mariana le preparó un succulento desayuno. Estaba tan contenta, que hasta pensó abrazarla al despedirse. pero no lo hizo.

Su padre salió a la puerta a despedirle; y se creyó obligado a pronunciar unas cómicas palabras; cómicas para ella que todo le incitaba a la risa,

-Pórtate bien, Julita, pórtate bien, y sobre todo cuídate mucho...?Cuanto durará el viaje?...?Un més? ¡Ea! Pues hasta pronto, hija mia...Me pondrás unas letras ?no?...Hasta pronto.

-?Y si nó volviera más, papá? - le preguntó riendo.

-!Hija!... - y compuso un rostro de circunstancias.

-podría tener un accidente, ?no, papá...?

-Todos estamos expuestos a morir en un momento, cuando Dios tenga dispuesto. pero a tí no te pasará nada. hasta la vuelta, hija mia...

A pesar de todo, fueron unos minutos en que sintió apretada la garganta. Resolvió no pensar en aquello; evadirse de su propio problema; no tener más despedidas; cerró los ojos apretadamente; ni casas, ni calles, ni árboles, ni personas. Los ojos cerrados. A pensar en Germán; a empenarse en sentirlo materialmente junto a ella. Ni siquiera los alzó cuando el chófer, lanzó una exclamación de horror al pasar por punta Alegre.

-Anoche se recogió el cuerpo de la Vicenta cerca de una zanja que hay por ese lado; estaba según dice llena de quemaduras y se la llevaron al Hospital....Tambien se dice que ha muerto ya....La Guardia Civil anda buscando al Domingo por la sierra...!las cosas!...!la vida!...

Ella no contestó; ni siquiera se movió del asiento. ?qué pensaría el chófer de ella? No le importaba. Ella solo quería su tiempo para pensar en Germán.

"Dime, Germán, si tuvieras tú que morir irremediabilmente en un plazo muy corto, ?qué desearias hacer antes?" Y él, primero haría exclamaciones exageradas, con aquella mezcla graciosa de los dos idiomas, y luego la acariciaría dulcemente: "Morir en tus brazos, muñeca...vivir junto a tí hasta el último segundo." ¡Oh, Germán!

pensar en él, era una dicha; esperarlo, una felicidad tan tremenda, que era imposible la quietud y el sosiego. por eso ella no podía quedar sentada en el diván, y calmaba su nerviosidad anuecando los almonadones y repartiendolos artísticamente, combinando colores y formas; y por eso, cogía la botella vacía y las copas sucias para llevarlas a la cocina; y despues vació y limpió los ceniceros.

Era extraordinaria la fuerza que podía dar el amor; extraordinario el goce de poder cuidar los abjetos del amado.

Hasta sentíase ligera y le parecían que no tenía fiebre.

En el pasillo, junto al arcón, había una maleta perfectamente cerrada, y que al intentarla alzar del suelo comprobó que estaba llena.

Era maravillosa la tranquilidad y confianza que sentía; era un presentimiento mágico, que le hacía pensar en la sencillez de todos los acontecimientos. Porque Germán siempre fué escurridizo, no la trató nunca con seriedad; la consideró como a una buena amiga que visitaba su casa con frecuencia, que lo esperaba en el Bar cercano, o en la postería de la casa. Él le había dicho cierta vez, sonriendo:

-Te voy a dar otro llavín.

Y a ella le emocionó la promesa, que luego él olvidó. Pasaba las tardes en el estudio, viéndole trabajar, en silencio los dos. Cuando descansaba, buscaba sentarse junto a ella, y fumaban mientras él la tenía cogida por la cintura. Pocas veces estuvieron solos durante más de una hora; el piso donde Germán vivía era continuamente visitado por amigos. Una tarde le dijo a ella, como un chiquillo que quisiera hacer una travesura:

-Vámonos al cine, antes de que vengan los amigos...

Estuvieron juntos viendo la película, con las manos enlazadas, muy callados; ella, le miraba el perfil que se le destacaba en la sombra, bello y armonioso; parecía preocupado por algo; sin embargo a ella no la decepcionó; ella era feliz siempre que estaban juntos y solos. Después se fueron a comer. Él dijo:

-Como dos enamorados...

Ella le sobrió prometiendo. pero él no le pidió.

Cenaron con apetito, charlando muy animados; el local, modesto y sencillo, tenía un sello de agradable familiaridad; a la hora de pagar, él no pudo reunir dinero bastante en la cartera y en los bolsillos; los del mostrador le miraban desconfiados.

-podría pagar con un dibujo muchísimas cenas...

Ella rebuscó también en su bolso; entre los dos reunieron lo suficiente y hasta una buena propina. Luego se reían muy contentos por el incidente.

En su casa siempre había tabaco y vino para los amigos. Y un rincón para cavilar. Y unos compañeros con quienes charlar. Pocas veces pudo estar a solas con él. Aquella tarde de la tormenta fué inolvidable; llovía torrencialmente y los relámpagos mantenían casi constantemente el fuego en el cielo; ella había llegado con los pies y las piernas mojados; y él la obligó a sentarse en el sofá y le quitó los zapatos y las medias; ¡como se reían! Él estaba empeñado en seguir pintando, pero aunque no lo confesó, la tormenta le había puesto nervioso y acabó por sentarse a su lado. Entonces le habló de él mismo, de su infancia, de sus padres, de una hermana que se ahogó mientras se bañaba en un río.

-¿Te gustaría venir a Francia?- le preguntó.

-Me gusta Francia, - le había dicho.-¿Cuándo vuelves a tu país?

-No sé...por ahora no pienso marcharme de Sevilla - y luego; - ¿Te vendrías conmigo?

Ella rió y afirmó con la cabeza y después la dejó caer sobre su ancho pecho, en la carne que la camisa entreabierta dejaba descubierta; él pasó la mano por su garganta, por su escote, por el pecho, por los brazos; con los ojos cerrados, ella escuchaba la música deliciosa de sus palabras;

-Eres perfecta...; tendré que hacer un dibujo de tu cuerpo...

porque él no cerraba nunca la puerta, pudieron entrar dos amigos, armando escándalo y poniendolo todo perdido con el agua y el barro que traían.

Julia, impaciente, pero recreada en sus pensamientos iba de un lado para otro. Hasta que unos pasos en la escalera, puso alarma en su corazón. Era él.

Era él que llegaba apresurado por el corredor.

Quedó parada esperando anhelante y jubilosa su reacción al verla.

La luz de la ventana se volcaba directamente en la puerta de la entrada al gabinete; por eso, pudo advertir en la cara perfectamente iluminada de Germán, un leve gesto de estupor.

-Hola, muñeca...- dijo sin pasar del umbral.

Ella adelantó los pasos que la separaban y le ofreció un beso.

-¿Tú?...¿Estás sola?...

Julia no comprendía por qué se le enfriaban rápidamente las manos y le subía a la boca un extraño amargor.

-¿Cuándo has llegado?

-Hace un rato...

Germán parecía buscar a alguien que pudiera surgir de cualquier habitación.

El recuerdo de Ana, le subió de pronto, aplastandola nuevamente con el peso de la burla. Algo se interponía entre ellos.

Se atrevió a preguntar, con voz insegura;

-¿Esperas a alguien?

Germán sacó la pitillera y le ofreció un cigarro.

-Gracias - no lo tomé - ¿A una mujer?

Y él, que iba a encender el suyo, se rió muchísimo.

-No, muñeca, no; anoche te esperé a tí...

Se animaron los ojos de Julia.

-...es decir te esperamos; estábamos aquí Julián y Susi y Eduardo y yo...

-¿quien es Eduardo?

-¡Ah! Es verdad; no lo conoces... - hizo una pausa - Creí que estarías mala...

Julia advertía una mirada disimulada e inquisitiva; Julia advertía, que algo muy delgado existía entre ellos, que se debilitaba por momentos.

-No; 'no estoy mala...

-pero estás pálida; no es agradable mirarte; habrás pasado una mala noche o te ha estropeado el viaje; a ver, dame tu rouge...; te voy a pintar.

Ella reclinó la cabeza sobre el respaldo. Germán le cogió la barbilla y escudrinó su rostro.

-Tienes demasiadas ojeras;-le soltó la cara dándole unas palmaditas amistosas.

-Esta noche he dormido muy poco...

-Se te nota...?quieres una copa?

-No.

-Pues a mí me alegra mucho verte...La verdad es que sentía no despedirme de tí...

Julia sintió^{te}se desfallecer, aflojadas las manos y las piernas. ¿Había oído bien? ¿qué decía? ¿que espantosa palabra escuchaba?

-¿Despedirte...?

Germán se había puesto de pie. Se asomó a la ventana atenado la calle con marcada impaciencia. Toda su atención parecía concentrada en lo que pudiera ocurrir en ella.

-¿Despedirte has dicho...?

Se volvió jovial;

-Estoy muy contento, muñeca...Después del pequeño contratiempo con la campesina ¿recuerdas?... , una pobre chica sin pizca de sentido común; me fui a Córdoba con Pierre y Simone hasta que pasara la marea, por eso no pensaba volver por Sevilla hasta pasado mucho tiempo porque no me gustan los lios...pero, en Córdoba me encontré con Eduardo; a Eduardo hace muchísimo tiempo que no lo veía; nos vinimos aquí anoche mismo, porque justamente anoche me llegó la racha de la suerte vendiendo dos telas en un buen precio...; fué una noche de triunfos; anoche también decidimos la partida Eduardo y yo.

Julia aventuró esperanzada un poquitín;

-¿puedo ir con vosotros?...

Germán se rió con todas sus ganas.

-Tú a veces no sabes ver, muñeca; ¿como te vamos a llevar con nosotros?

Ella abrió el bolso y sacó el paquete del dinero.

-¿Ves? - enseñaba los billetes - No es seré gravosa...

-Pero, muñeca, ¿tú sabes a donde vamos?

-No me importa el lugar...

Germán se puso serio; la miró preocupado; se acercó para sentarse a su lado; soltó el cigarro, y le cogió las dos manos.

-¿Es por mí? ¿Es por estar conmigo, Julia?

-¡Oh, sí, Germán!

Se arrojó en su pecho con una dulce congoja.

La acarició con mucha suavidad, con una delicadeza exquisita.

-¡Qué contratiempo, querida!..Ya no puedo volverme atrás...Tenemos grandes proyectos; en Marruecos ¿sabes?, porque vamos a Marruecos...; nos espera allí la gloria y la fortuna...No puedes venir ¿sabes? no sé como explicartelo; no puedes... Eduardo y yo..; no puedes..; no sé... pero despues...

-¿Cuándo? - preguntó ansiosamente.

-¿Cuándo? ¿Cuándo? No sé exactamente...Tres meses..., acaso cuatro... No sé. Pero a la vuelta estaremos unidos...Entretanto tú recuperarás la salud, porque estás muy pálida y en estos momentos tienes fiebre...

-Yo iré a Marruecos contigo ahora...

Germán se levantó y comenzó a pasear muy contrariado.

-Ya tarda Eduardo...Me dijo que tuviera todo preparado y hasta la maleta la tengo ya en el pasillo...

Julia vió en su cara y en su mirada dura que era inútil todo. Se irguió. Se secó las lágrimas, Metió el dinero en el bolso y el pañuelo y el llavero.

-Tienes razón, Germán; a veces me pongo tonta; sé ya que te estoy fastidiando...A la vuelta hablaremos ¿verdad?

Sonó el timbre del telefono y German acudió sin oír las últimas palabras de la muchacha. Escuchaba atentamente, con una expresión de felicidad amorosa en su rostro.

-Bien; bien, - decía; - te esperaré media hora más....

Ella pensó: "¿Quién será Eduardo? ¿querrá ocultarme que es una mujer? No es posible hablar con un hombre con ese amor que le rebosa por todo su ser...O me lo querrá ocultar porque repara en la intensidad del daño que me hace."

-¿Decías, Julia...? - siguió preguntando sentandose nuevamente en el sofá.

-que a la vuelta charlaremos.

-Eres una chica inteligente; una verdadera amiga; siempre sabes adaptarte al momento, por eso resultas interesante; se lo decía anoche a Eduardo cuando me telefoneaste; "Es bonita; es inteligente; es mi mejor amiga"... Tal vez estés aquí cuando llegue Eduardo y os podréis conocer. A la vuelta...

-¿Y si a la vuelta no nos encontramos?

-¿Por qué razón no habíamos de encontrarnos?

-¡Hombre! Pueden suceder muchas cosas...Por ejemplo; un accidente; se dice que la Muerte pasea ahora por las carreteras...

-¡Bah! Eso ni se piensa.

-¿Por qué no? Todos estamos expuestos... Dime Germán, si tuvieras que morir enseguida ¿qué desearias hacer antes?

-Primero ir a Marruecos.

-¿Después?

-No sé; cualquier cosa; despues de lo de Marruecos me puede surgir otra ilusión...

Julia bajó la cabeza.

-Sí, - murmuró.

Germán se habia quedado pensativo. Dijo de pronto;

-¿Te he dicho alguna vez que tuve una hermana?

-Sí; que murió ahogada en un rio mientras se bañaba...

-No fué accidente ¿sabes?...

-¿Qué fué?

-Falta de ilusión.

Callaron los dos. Luego se miraron fijamente a los ojos. Ella dijo;

-Yo he asistido en estos dias a un desfile de egoismos, de vanidades, de mentiras, de asquerosidades y de infamias... He sentido la desesperación, la angustia, el deseo de desaparecer; como tu hermana. Hasta hace unas horas, unos minutos, conservaba una ilusión y una idea; la idea de que si la ilusión se me apagara yo dejaría esta vida por mi propia voluntad...

Germán le tomó una mano y la pulsó;

-¿Estás mala? - y no disimulaba una inquietud muy grande.

-Estoy mala, y tengo fiebre; pero no importa, Te aseguro que estoy perfectamente. Siento dentro de mí un temor que me hace valiente. Ya no me importa nada, de nada; he subido trabajosamente una cuesta y ya estoy en lo alto segura de no resbalar; he andado a oscuras, tropezando siempre con el mismo obstáculo; de pronto, ¡pero que tarde! he visto la LUZ!..

Julia dejó caer su cabeza agotada de emociones.

Germán con rapidez increíble, marcaba un número en el teléfono. Ella lo advirtió. El sudor corría por su cara, por su cuello y manos; en su boca se habia plantado bellamente una mueca de desdén.

-¿Qué haces? - pudo preguntar.

-Llamo a una Clínica..; creo que estás muy enferma...

-¿Temes que muera o que me suicide...?

Germán hablaba pidiendo una amonlancia.

¿Como pudo levantarse Julia? ¿De donde sacó aquella fuerza, para quitarle el telefono de la mano?

-No hace falta - dijo - Me voy...No seré un contratiempo para tí...

Él quiso protestar. Intentó retenerla. Acompañarla.

-Quédate...no pasará nada...

Salió al pasillo. Lo atravesó. Abrió la puerta. Se volvió a decir;

-Ahora lo sé todo.

y bajó la escalera.

Llorando iba. pero eran lágrimas que refrescaban el fuego de su piel;
; lágrimas balsámicas.

Paula Contreras

Firmado: PAULA CONTRERAS.

Calvo. Sotelo, 62.

telefono, 14.

PUERTO REAL (Cádiz).